



Maestría en Ciencias Humanas
Opción Historia Rioplatense

Tesis para defender el título de Maestría en Ciencias Humanas, opción
Historia Rioplatense

**Militancia y vida privada de trabajadoras comunistas en el
barrio Cerro de Montevideo (1968-1973)**

Autora: Nadia Birriel Golzarri
Directora de tesis: Graciela Sapriza
Montevideo, setiembre de 2022

Índice

Agradecimientos	4
Resumen.....	6
Abstract.....	6
I. Introducción.....	8
Justificación de la elección del tema.....	8
Antecedentes	12
Propuesta de investigación.....	19
Algunas consideraciones teórico-metodológicas en clave feminista.....	22
El tratamiento de las fuentes	26
II. Contexto	35
La Revolución y las mujeres.....	35
Crisis económica y política.....	39
Cruzando el paralelo 38	40
III. Discursos y prácticas en clave «femenina».....	42
Las <i>camaradas</i> : los discursos de igualdad y sus paradojas	42
«Al Partido, <i>salú</i> , aquí está la juventud»	51
Mujer no se hace, se nace.....	52
«Por todos los hijos, todas las madres»	56
IV. «La mujer obrera».....	61
El trabajo liberará a las mujeres.....	62
El trabajo doméstico: una militancia invisible.....	67
«Estaban los intelectuales y estábamos nosotros»	70
El difícil acceso a los bienes culturales.....	70
V. Entre la cocina y las barricadas.....	71
«Las mujeres metíamos para adelante igual que los hombres»	71
La solidaridad en clave masculina	79
VI. El amor y la familia: cambios y permanencias	81
Novios y compañeros.....	81
El ajuar y el casamiento	86
La violencia silenciada.....	90

«En el Cerro los varones resolvían los conflictos a lo macho»	90
VII. Discursos y prácticas en torno a la sexualidad	95
«La Revolución no se hace en la cama»	95
Planificación Familiar:	100
¿Imposición imperialista o derecho de las parejas?	100
«No quedar a destiempo».....	104
Métodos anticonceptivos y el recurso del aborto.....	104
El parto sin dolor: las pacientes del Dr. Hugo Sacchi.....	108
VIII Conclusiones	111
«La Revolución se hacía de la puerta de la casa para afuera»	111
Bibliografía	117
Fuentes	132
Publicaciones periódicas	134
Anexos	136

Militancia y vida privada de trabajadoras comunistas en el barrio Cerro de Montevideo (1968-1973)

Agradecimientos

Primeramente, quiero agradecer a mi familia, sin cuyo apoyo emocional y económico mi formación de grado y de posgrado hubieran sido imposibles; en coherencia con esta Tesis resulta pertinente mencionar que ellos me inculcaron desde pequeña la necesidad de defender las causas que considero justas, y de esforzarme por ser una mujer libre, independiente y realizada, más allá de los mandatos sociales.

Gracias a todas las mujeres que entrevisté, quienes me recibieron en sus hogares, para compartir conmigo sus memorias alegres y dolorosas, sus frustraciones, sus secretos y sus reflexiones actuales. Fueron tardes imborrables de risas y llantos, en las que aprendí mucho como investigadora, pero también como mujer, como feminista y militante de izquierda.

Así mismo, quiero agradecer a la Facultad de Humanidades, por la posibilidad de realizar un posgrado sin costo, lo cual confirma el principio democrático y público de nuestra Universidad y al Consejo Asesor de Posgrado, por la beca con la que me benefició en el año 2020 la cual fue fundamental para poder realizar esta investigación.

Quiero agradecer a Graciela Sapriza, mi tutora, quien tuvo la tarea titánica de guiarme con mucho amor y paciencia en un camino de formación sumamente responsable y profundo, compartiendo sus saberes, reflexiones y materiales, cuidadosa siempre de los aspectos humanos que atravesé en el proceso de investigación.

Así mismo, agradezco al tribunal de esta tesis, por la lectura atenta y las correcciones respetuosas.

Por otro lado, esta investigación fue posible gracias a diversos investigadores que colaboraron de forma completamente solidaria, reafirmando el compromiso de los intelectuales con su entorno y la construcción de saberes, a quienes no quiero dejar de mencionar.

Agradezco a Lourdes Peruchena, que en mis primeros años como estudiante de profesorado me enseñó que el género opera de mil formas, a veces imperceptibles y con

mayor efectividad que las normas escritas. Ella me persuadió de estudiar Historia desde esta perspectiva, me influyó en el tipo de docente que hoy soy, y me introdujo en el amor al arte. Gracias por el apoyo y la compañía todos estos años.

Al Grupo de Estudios sobre Trabajo, Izquierda y Género, por la oportunidad de aprender y gestar proyectos juntos, por el trasiego de materiales y saberes, así como por la lectura y comentarios de algunos capítulos de esta tesis.

A Rodolfo Porrini, Gerardo Leibner, Ana Laura de Giorgi, Lucía Martínez, Marisa Silva, Liber Romero, Natalia Montealegre, Francis Santana, Jazmina Suárez, Alesandra Martínez y Sabrina Álvarez por responder siempre a mis preguntas, y estar dispuestos a compartir materiales y conocimientos.

A los y las funcionarias de la Bedelía de Posgrados, de la Biblioteca Nacional y de la Fundación Rodney Arismendi por la colaboración y el respeto a la investigación.

A mis amigas y amigos por el apoyo incondicional y la paciencia en todo este proceso, especialmente a Florencia Gorski, Florencia Lema, Mariana Linares y Luisina Claret por su ayuda técnica.

Soy la primera mujer en mi familia en realizar una carrera de posgrado, y en gran medida eso se lo debo a todas las feministas, sin cuya lucha hoy las mujeres no podríamos habitar el mundo académico, y mucho menos desde la crítica feminista. Gracias por demostrar que es imposible pensar en la emancipación de las mujeres desde la lucha de clases exclusivamente y recordar la urgencia de la perspectiva de género en las luchas que se avecinan.

Militancia y vida privada de trabajadoras comunistas en el barrio Cerro de Montevideo (1968-1973)

Resumen

Propongo analizar, desde una perspectiva de género, la militancia pública y vida privada de militantes comunistas de clase trabajadora, en el barrio Cerro de Montevideo en los «largos sesenta». Aspiro a examinar los roles y modelos de *mujer/compañera* y las pautas sexoafectivas promovidas por el Partido Comunista Uruguayo (PCU) y la Unión de la Juventud Comunista (UJC), a través de su prensa, sus documentos oficiales y los discursos de sus dirigentes, confrontándolo con las memorias de algunas protagonistas entrevistadas para la presente investigación. Tanto la militancia, como la vida privada son pensadas en el diálogo entre los discursos hegemónicos del Comunismo Internacional – (CI) y del PCU-UJC, que en el marco de la Guerra Fría disputaban sentidos y construían identidades, en el marco de las transformaciones sociales que a nivel local impugnaban los viejos mandatos morales.

Palabras claves: Mujer / género / Partido Comunista del Uruguay / militancia / familia / sexualidad

Abstract

I propose to analyze, from a gender perspective, the public militancy and private life of working class communist militants in the Cerro neighborhood of Montevideo in the "long sixties". I aim to examine the roles and models of women/companions and the sex-affective patterns promoted by the Uruguayan Communist Party (PCU) and the Union of Communist Youth (UJC), through its press, its official documents and the speeches of its leaders, confronting it with the memories of some of the protagonists interviewed for this research. Both militancy and private life are thought of in the dialogue between the hegemonic discourses of International Communism - IC - and the PCU/UJC, which in the

framework of the Cold War disputed meanings and constructed identities, in the context of the social transformations that at the local level challenged the old moral mandates.

Key words: Woman/ gender/ Uruguayan Communist Party (PCU)/ militancy/ family/ sexuality.

I. Introducción

Justificación de la elección del tema

En la presente tesis pretendo analizar desde una perspectiva de género las tensiones, transformaciones y permanencias respecto a los roles y estereotipos de *mujer/compañera* que propuso el comunismo vernáculo,¹ contrastando sus discursos con la experiencia de jóvenes trabajadoras comunistas residentes en el barrio Cerro de Montevideo. En el entendido de que los procesos históricos tienen matrices territoriales, que las organizaciones políticas elaboran sus propias nociones sobre los debates coyunturales y que las experiencias y concepciones de clase condicionan esas nociones, resulta necesario realizar investigaciones capaces de mirar más allá del centro capitalino, de revisar el pasado a partir de organizaciones políticas concretas y de incorporar a la clase trabajadora como sujeto de estudio; siempre en relación con los procesos más generales.

Asumiendo que lo personal es político, y que lo que sucede en la privacidad del hogar influye en las prácticas políticas públicas, indagaré las pautas morales relativas al amor, la familia y la sexualidad que discurrían en el imaginario comunista, y cómo estas influyeron en la vida de las mencionadas militantes.

Como feminista considero que los debates actuales en el seno de las organizaciones de izquierda sobre la reproducción/deconstrucción del patriarcado y la necesidad, o no, de articular la lucha de clases con la lucha feminista, demandan estudios capaces de explicar cómo las nociones de género actúan más allá de los discursos «políticamente correctos». El periodo seleccionado resulta privilegiado para tal reflexión, ya que las mujeres ocuparon la arena política de manera inusitada y los testimonios aluden a ciertas transformaciones en las relaciones entre los sexos, y las normas de conducta en un sentido liberador, dentro del abanico de las izquierdas.

Las riquísimas investigaciones sobre la juventud realizadas hasta la actualidad (Paris y Ruiz: 1996; De Giorgi 2011 y 2015; Markarian 2011, 2011 b, 2012; Graña: 2019), han demostrado los sentidos y limitaciones de las mencionadas transformaciones entre los

¹Si bien estudiaré la experiencia de las mujeres insertas en PCU-UJC, no se desconoce que había comunistas en otras organizaciones como el Partido Comunista Revolucionario, de orientación maoísta.

estratos medios intelectualizados, resignificando los alcances y sentidos de la «revolución sexual».² Sin embargo, no se ha abordado con suficiente profundidad la experiencia de las trabajadoras que habitaban barrios con su propia idiosincrasia.

El historiador inglés Edward P. Thompson sostiene que:

la experiencia de clase está ampliamente determinada por las relaciones de producción en que los hombres [las personas] nacen, o a las que entran de manera involuntaria. La conciencia de clase es la forma en que se expresan estas experiencias en términos culturales: encarnadas en tradiciones, sistemas de valores, ideas y formas institucionales (Thompson; 1963 [1989:14]).

Michelle Perrot, supera esta visión identificando que, dentro de cada clase, existen diferencias entre las experiencias de hombres y mujeres (Perrot: 1978, citado por Peruchena: 2020); y sugiere que el estudio de las mujeres trabajadoras es inseparable del estudio de sus responsabilidades en el hogar.

Al hablar de *trabajadoras* me refiero a aquellas mujeres que integraban esa clase, independientemente de que trabajaran por la cuenta, que percibieran un salario/jornal o que realizaran trabajo doméstico no remunerado.

Cabe señalar que de acuerdo con Silvia Federici (2018 [2014])³ el trabajo doméstico es considerado trabajo en la medida que implica un esfuerzo físico y emocional sobre el que se sustenta el mundo productivo. Según las propuestas de la antropóloga mexicana Marcela Lagarde (2005 [1990]), en el patriarcado los cuidados y el espacio doméstico han recaído sobre las mujeres de manera naturalizada y se asociaron en un par con el

2 «Revolución sexual» fue un concepto originalmente acuñado por el psiquiatra austrohúngaro Wilhelm Reich (1897-1957) en su obra *La revolución sexual* (1936). El autor articula críticamente la teoría marxista con la teoría freudiana y sostiene que la represión sexual es funcional al sistema, y que por ende una verdadera revolución social sólo podría concretarse de la mano de la revolución sexual. Reivindicó la liberación económica y sexual de las mujeres, el sexo por placer, las relaciones sexuales consensuadas y la educación sexual. Se opuso a la obligatoriedad del matrimonio y de la monogamia, denunciando a la familia tipo como un órgano reproductor del sistema. Sus ideas fueron retomadas y resignificadas por intelectuales como Erich Fromm y por estudiantes del mundo occidental, en los años sesenta. En esta etapa los sentidos y alcances de la revolución sexual variaron según las regiones, pero coincidieron en haber propuesto la separación sexo/procreación, en haber renunciado a la castidad hasta el matrimonio y en aceptar tímidamente el derecho de las mujeres a gozar del placer sexual. Los estudios realizados para el Río de la Plata sostienen que estos cambios fueron significativos pero limitados y cautos, ya que continuaron sosteniendo la legitimidad de la monogamia y la heteronorma (Trías 2012; Vescovi 2003 y 2015), y erosionaron las pautas morales más como parte de una transformación general de la época, que como parte del proceso revolucionario (Cosse: 2007, 2010, 2017, 2019; Markarian: 2012).

3 El libro *Revolución en punto cero* fue publicado en 2014, sin embargo, retoma planteos que ya habían sido elaborados por las feministas en los años setenta.

amor, permitiendo así que la función productora/reproductora sea funcional a la reproducción del sistema capitalista.

Considero, entonces, que analizar la experiencia (Thompson: 1978; Scott: 1992) de las mujeres trabajadoras en clave de género, permite repensar las nociones de trabajo y militancia en relación con la reproducción de la vida. y encontrar tensiones, contradicciones y negociaciones, invisibles en las narrativas androcéntricas. También permite encontrar nuevos sentidos y límites al concepto de «revolución sexual», teniendo en cuenta las diferencias de acceso a los bienes culturales y materiales a partir de la condición de clase. Así mismo, tiene el potencial político de resituar la agencia de las mujeres y los contrapoderes que puedan haber construido para sobrevivir a la doble explotación; y también de cuestionar los alcances de aquellas propuestas emancipatorias que priorizan casi exclusivamente la lucha de clases. En última instancia, el feminismo nos llama a releer el pasado, teniendo en cuenta nuevas protagonistas, nuevas preguntas, hipótesis y fuentes para construir otro discurso histórico, que cuestione el *statu quo*, y de cuenta de las resistencias, tensiones y contradicciones sociales en torno a la sexualidad y la diferencia sexual.

Con el objetivo de visualizar si hubo diferencias entre los sectores intelectualizados y los obreros, es que propongo tomar como escenario el barrio del Cerro, teniendo en cuenta sus características en tanto enclave industrial, las diferencias en las condiciones de vida respecto a los estratos medios y las particularidades culturales de la barriada basadas en su autopercepción como vecindad tradicionalmente politizada y en el mito fundacional del crisol étnico.⁴

La distancia física del Cerro con el centro de la capital, el acceso local a muchos servicios, productos de consumo y fuentes de trabajo, generaron un sentimiento de particularidad barrial y de lejanía con el resto de la sociedad, tal como señala Fernando Couso: «Los rumores del mundo al llegar a la Villa⁵ demoraban sus ecos. El mundo era una cosa lejana, misteriosa, para nosotros era poco más que aquel pueblo» (Couso en Mateos, 2005: 55). Esto propició cierta endogamia atravesada por fuertes redes vecinales

⁴ Desde sus orígenes el Cerro tuvo un gran componente de inmigrantes ultramarinos. Si bien en mi periodo de estudio las grandes oleadas habían concluido, se mantenían las comunidades étnicas, a veces vinculadas a organizaciones políticas. Ejemplo de ello son el Centro Máximo Gorki y el Centro Lituano del Uruguay, relacionados con el Comunismo Internacional y con el PCU. Así mismo, hubo una significativa migración interna que llegó al barrio en busca de trabajo.

⁵ Por «Villa del Cerro», nombre oficial del barrio Cerro.

y estereotipos locales (Romero, 1995). Tal como observó la historiadora argentina Mirta Lobato (2001) para Berisso —barrio de trabajadores de la vecina orilla platense—, trabajo y armonía local parecen ser los ejes arteriales en las narraciones sobre el Cerro en tanto comunidad.⁶ Agregaría como un tercer eje identitario *la inmigración*. Este fue un elemento que al inicio de la investigación me llevó a considerar que la etnicidad habría influido en las concepciones de género/sexualidad; hipótesis posteriormente descartada, al menos para la experiencia de mis entrevistadas. Sin embargo, surgió con fuerza la estampa del cristianismo en las concepciones de algunas entrevistadas, noción subestimada en un principio por considerar —erróneamente— que todas las comunistas eran ateas.

Así mismo, la maternidad, que originalmente había sido pensada como un tema subsidiario, se convirtió en un núcleo central de la investigación, debido a que las entrevistadas lo plantearon como algo crucial que tuvo efectos en sus militancias —distintos a los que tuvo en los estratos medios intelectualizados—; y, por otra parte, porque en los discursos comunistas, la maternidad permanentemente fue construida como lugar político y se la asoció directamente con el ser mujer.

Otro eje que fue descubierto a partir de las entrevistas fue el de la violencia privada ejercida por miembros del Partido Comunista del Uruguay (PCU) sobre sus parejas. Esto permitió sopesar en profundidad las contradicciones entre los discursos emancipatorios y las experiencias concretas de los y las militantes.

Cabe aclarar que, si bien el centro de la investigación será el PCU,⁷ el propio trabajo de campo implicó abrir el abanico hacia la Unión de la Juventud Comunista (UJC)⁸ —en la medida en que muchas militantes iniciaron su trayectoria política en esa organización— y tener en cuenta ocasionalmente aspectos relativos al Frente Izquierda de Liberación (FideL) —en tanto era integrado por muchas militantes del PCU, como parte de sus responsabilidades político-partidarias—. Un rápido repaso de sus documentos permite

⁶ Siguiendo a la autora, las comunidades locales se construyen en la medida en que los habitantes, a partir de sus narraciones y liturgias, dotan de sentido e identidad al espacio que habitan. Ver también: Lobato, M. y Venturoli, S. (2013), y James, D. (2004).

⁷ Respetando el lenguaje nativo, se lo nombrará como «el Partido».

⁸ También respetando el lenguaje nativo, se la nombrará como «la Juventud».

demostrar el estrecho vínculo político y el trasiego de militantes entre estas organizaciones, bajo la égida de El Partido.

Según el artículo 1.º de los Estatutos de la UJC (1959),⁹ esta se constituyó como una organización guiada por la línea política del PCU, aunque con autonomía interna; más aún, según el artículo 42.º, debía ser un «activo auxiliar del Partido (...) las organizaciones respectivas de la UJC deben merecer toda la ayuda de las organizaciones partidarias».¹⁰ Por otro lado, el FideL, constituyó un intento por unificar a la izquierda «sin exclusiones» a partir de 1962, impulsado por el PCU. El Partido dedicó grandes esfuerzos a volcar allí su línea política, y mandató a una gran cantidad de militantes, entre ellas mujeres, a integrarlo, motivo por el cual resolví incorporar estas experiencias a mi análisis.

Por otro lado, el proceso de investigación demostró la pertinencia de incorporar un enfoque que, teniendo en cuenta las novedades sesentistas, tense los hilos históricos, y establezca encuentros y desencuentros en el *tiempo largo*, en términos braudelianos (1970). No pretendo encontrar una linealidad evolutiva sino sopesar las aceptaciones, rechazos y transformaciones respecto a las herencias comunistas políticas y mentales, en el entendido de que en los sesenta se encontraron las propuestas novedosas de la época con viejas nociones de intención revolucionaria.

Antecedentes

Respecto al tema de estudio que aquí propongo, no fue posible encontrar bibliografía específica, pero sí diversidad de publicaciones en temas adyacentes, tanto de historiografía —profesional y militante—¹¹ como de memoria. Esto permite configurar

⁹ Estatutos de la UJC, aprobados por el V Congreso (1959), publicados en *El Comunismo tiene la respuesta* (1984) Ed. Problemas.

¹⁰ *Estatutos del Partido Comunista del Uruguay*, aprobado por el XVII Congreso, 5-7 de agosto de 1958, art. 42.º.

¹¹ El historiador Rodolfo Porrini (2016) acepta la categoría de «historiadores militantes» como aquellos que no han realizado la carrera académica, pero han aportado significativas investigaciones al estudio de las izquierdas y el movimiento obrero donde en general militaban.

el paisaje local, marca rutas de investigación y realiza aportes teórico-metodológicos sustanciales para la presente investigación.

Con relación a la experiencia militante, la bibliografía publicada en Uruguay es posterior a la recuperación de la democracia (1985) y está mayormente vertebrada por una prosa épica que rescata las experiencias masculinas sin problematizar aspectos vinculados a las relaciones entre los géneros ni a la vida privada. Sin embargo, de la mano de un incipiente feminismo, algunas publicaciones comenzaron a ubicar a las mujeres como protagonistas con agencia política,¹² centradas mayormente en la militancia político-pública y/o experiencia carcelaria desde la perspectiva de género (Sapriza 1988; Celiberti, 1988; Fontora, 1989; Jorge, 1994). Este esfuerzo despuntó tras la primera Marcha del Silencio (1996),¹³ y la publicación de *Memorias para armar* (2000, 2001 y 2003),¹⁴ y decantó en publicaciones que habilitaron la voz de las mujeres para exponer sus experiencias como militantes, el vínculo con el cuerpo y los derroteros personales en el marco de un proceso de lucha política y clandestinidad, superando la visión encorsetada de víctimas y *sujetas* pasivas. (Aharonian, *et al.* 2002; Barboza *et al.*, 2006; Alcoba, 2014, Sapriza *et al.*, 2016).

En paralelo, surgió una línea de investigación preocupada explícitamente por profundizar en la vida privada, consagrada en la trilogía *Historias de la vida privada en Uruguay* (Barrán *et al.*, 1996) en la cual podemos encontrar la innovadora investigación de Juana Paris y Esther Ruiz *Ser militante en los sesenta* (1996). Las autoras desentrañaron la singularidad de las transformaciones privadas e íntimas que sacudieron el ser y hacer de los jóvenes militantes sesentistas de estratos medios, analizando su

¹² Previamente se podría mencionar *Tupamaras* (Ana María Araújo: 1980), que fue publicado en francés y nunca traducido al español.

¹³ Marcha convocada el 20 de mayo de 1996 por la organización Madres y Familiares de Detenidos Desaparecidos en reclamo de verdad y justicia respecto a los crímenes cometidos por el Terrorismo de Estado. Desde entonces miles de personas se dan cita cada 20 de mayo acompañando en silencio la lucha de esta organización.

¹⁴ Publicación de tres tomos (2001-2001 y 2003) que emergió del Taller de Género y Memoria Ex Presas Políticas que funcionó entre 1996 y 2001. Este taller tuvo la potencialidad de habilitar la escucha de las mujeres sobre las violencias que sufrieron y las luchas —a veces anónimas y solapadas— que desplegaron en sus casas, en el exilio o en los centros de detención. También permitió dimensionar las experiencias en términos políticos y visualizar al género como una relación de poder que influyó en las vivencias y en la legitimación de las memorias de las ex presas. Finalmente, las publicaciones incluyeron testimonios reales y ficcionados sobre la experiencia de algunas mujeres durante el periodo de facto, seleccionados por los docentes Graciela Sapriza, Rosario Peyrou, Lucy Garrido y Hugo Achugar.

vínculo con las doctrinas de las organizaciones que integraban, y los cambios que la coyuntura cultural imponía.

Respecto a las biografías y autobiografías de militantes, aquellas que refieren a militantes sociales del Cerro (Malagrabá: 1994; Jung y Rodríguez: 2006; Millán: 2020) focalizan y enaltecen mayormente la trayectoria de los varones, no obstante, son valiosas para esta investigación en tanto permiten reconstruir *grosso modo* el escenario político, las prácticas y la cultura de los *compañeros* en sus organizaciones políticas y sindicales, así como realizar aproximaciones a los modelos de masculinidad militante. La ya citada publicación de María Julia Alcoba constituye un caso particular, en tanto pone en el centro la trayectoria de su protagonista —y de mujeres allegadas a ella—, y recupera las múltiples formas de violencias y resistencias que atravesaron en tanto mujeres trabajadoras.

En el caso del PCU podemos encontrar biografías de mujeres —especialmente de Julia Arévalo (Gravina: 1970, Canoura 2001; Pellegrino: 2009; Yaffé: 2014 y 2016)— que suelen presentar visiones idealizadas, pero no por eso desdeñables. En general se centran en la militancia o la profesión, apenas mencionando aspectos de la vida privada y sin realizar análisis sobre las nuevas conductas y sensibilidades o las relaciones entre varones y mujeres; y permiten conocer las prácticas públicas del PCU con relación a las *camaradas*, los vínculos internacionales, y algunas pistas sobre las nociones de género.

En las últimas décadas ha crecido la preocupación por someter el pasado a un juicio crítico, problematizando las contradicciones entre los discursos de igualdad y las prácticas concretas en la relación entre varones y mujeres. En referencia al Partido Comunista del Uruguay, los trabajos del historiador Gerardo Leibner son sumamente prolíficos y enriquecedores. Leibner (2005) analiza los discursos de género implícitos en el periódico comunista *Nosotras* (1945-1953) —dirigido por Arévalo—, y las formas de participación política de las *camaradas* en la segunda posguerra. Si bien se enfoca en un periodo anterior al tratado en la presente tesis, permite conocer los antecedentes de la militancia «femenina», mapear sus estrategias discursivas, los lugares que ocupaban e identificar cambios y permanencias en el PCU hacia fines de los sesenta.

Leibner (2011) historiza al Partido distinguiendo entre la «era Gómez» (1941-1955) y la «era Arismendi» (1955-1973), incluye aspectos morales y culturales, así como pautas de sociabilidad y sexualidad consignando la participación política de las mujeres y el rechazo a la homosexualidad en el seno del PCU. Una producción posterior del mismo autor (2017) analiza las lógicas que pautaron la participación de mujeres desde 1920 a la

década de 1960, y reflexiona sobre los discursos que el Partido elaboró respecto a ellas. En los tres casos devela contradicciones y ambigüedad en los discursos que, aún comprometidos con la emancipación de las mujeres, reproducían mandatos de género que las mantenía orbitando en tareas «femeninas».

La investigadora uruguaya Marisa Silva Schultze (2009) examina el universo simbólico comunista y condensa el vínculo entre la cultura y la doctrina política. Arroja datos significativos sobre la estructura, la identidad, la formación y los contenidos artísticos, ritos y representaciones que hicieron a la identidad *bolche* viril, disciplinada y festiva.

En una línea semejante, la cientista política Ana Laura De Giorgi (2011) define a los *tupas*, los *bolches* y los *latas*¹⁵ como «tribus», analiza sus consumos culturales, así como las actitudes y valores que promovían. Subyacen en su análisis elementos relativos a las concepciones sobre las relaciones sexoafectivas desde una perspectiva de género.

En otra producción De Giorgi (2014), analiza la experiencia de las mujeres del PCU en tanto jóvenes estudiantes de estratos medios y reflexiona sobre las transformaciones que supuso en sus vidas cotidianas la participación política, y concluye que la revolución cultural y sexual tomó diversas derivas según la pertenencia de clase, de género y de filiación política. Como novedad, estudia las prácticas vinculadas a los abortos inducidos y las redes que se tejían dentro del Partido, para proteger a la mujer que decidía interrumpir un embarazo.

Vania Markarian (2011, 2011 b, 2012) se ha enfocado en los márgenes del Partido para presentar los años sesenta hasta el golpe de Estado de 1973 como un escenario donde se disputaron los sentidos de la revolución en diversos espacios políticos y sociales. Continuando la línea inaugurada por Ruiz y Paris, se focaliza en el cruce entre la vida pública y la privada para interpretar los alcances de las nuevas conductas y valores juveniles, teniendo en cuenta los vínculos sexoafectivos, el choque de viejas y nuevas prácticas militantes, así como los conceptos de familia y sus posibles repercusiones en la forma de ser de izquierda.

Recientemente el cientista social, y otrora joven militante sesentista, François Graña (2019), propuso comprender la diversidad de motivos que impulsaron las luchas de los estudiantes del sesenta y ocho, y resituar los debates sobre el quiebre generacional entre

¹⁵ Integrantes del Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros (MLN-T, organización foquista de guerrilla urbana), del Partido Comunista del Uruguay y del Partido Socialista, respectivamente.

esa generación y sus progenitores. Entre los motivos reconoce más continuidades que rupturas, tanto en las reivindicaciones propiamente políticas, como en la moral amorosa y sexual. Por último, dedica un capítulo a analizar discursivamente el lugar que las izquierdas le otorgaban a las mujeres y demuestra que su incorporación estuvo al servicio de «la Revolución» en general y no de una liberación de las mujeres, pues creían que la segunda sería indefectiblemente consecuencia de la primera. Como aporte fundamental, concluye junto con Trochón que entre los militantes subsistía un «prolijísimo machismo» (Trochón, 2011: 325).

Si bien estos aportes significan un punto de inflexión en la historiografía del pasado reciente, están centrados especialmente en los y las estudiantes y desatienden la experiencia de las jóvenes trabajadoras. Así mismo, aunque ocasionalmente mencionen barrios obreros como el Cerro (De Giorgi, 2011; Graña, 2019), miran fundamentalmente hacia el centro montevideano y sus zonas aledañas —Centro, Ciudad Vieja, Cordón, Aguada—, donde se realizaban las movilizaciones más multitudinarias, en la medida en que allí se encontraban la mayoría de los edificios de gobierno, así como las facultades y algunos de los liceos de mayor renombre en el movimiento estudiantil como el IAVA y el Miranda.¹⁶

Si bien la reciente investigación *El Partido Comunista bajo la dictadura* (Rico et al., 2021) se centra en el periodo 1973-1985, caracteriza la estructura, la estrategia y la línea política del PCU en el periodo 1968-1973, calibrando la articulación entre sus actividades legales y clandestinas. A partir de un fichero de afiliados incautado al PCU por el Servicio de Inteligencia en 1975, de la prensa, y de discursos partidarios, analiza la presencia de mujeres dentro del Partido y la carencia de una perspectiva de género para tratar los temas políticos.

Por otro lado, estos trabajos se ciñen al tiempo corto, sin prestar atención a los hilos de tiempo largo que influyeron en las representaciones de las mujeres militantes, la sexualidad y la familia. Así mismo, si bien analizan el pasado en el marco de la Guerra Fría, no profundizan en algunas novedades del contexto que fueron capitalizadas por los

¹⁶ Desde el siglo XIX, la configuración urbanística de Montevideo ha centralizado en esos barrios las casas de estudio terciarias, así como los liceos más grandes y de mayor renombre, configurando así una zona de sociabilidad política intelectualizada, signada por circuitos de debate y confraternización.

debates bipolares y que tuvieron implicancias en las experiencias y cuerpos de las mujeres como el control de la natalidad.

En otra línea, De Giorgi (2017) escrutó la retórica y línea estratégica del PCU en el marco de sus vínculos transnacionales y nacionales en clave femenina, cuyos discursos sobre las mujeres y la feminidad fueron proyectados a través de *El Popular*.¹⁷ Diversas autoras (Valobra 2014, 2015 y 2017; Valobra y Yusta: 2017) han demostrado que, si bien el Partido Comunista de la Unión Soviética influyó en esas representaciones, los Partidos Comunistas latinoamericanos tuvieron sus propias resignificaciones y modelos.

Por otro lado, las citadas académicas argentinas han incursionado en analizar desde el género el control moral en las relaciones sexoafectivas, los deseos y los placeres en las organizaciones revolucionarias (Andújar *et al.*, 2009; Cosse, 2017; Oberti 2015; Martínez 2015), así como las concepciones de los estratos medios bonaerenses sobre las familias y la sexualidad (Cosse 2010; Cosse, *et al.*, 2010). Estos enfoques resultan importantes referencias para la presente investigación en cuanto a sus metodologías, preguntas y consideraciones generales. Demuestran que pese a la imposibilidad de los actores contraculturales para impugnar el *statu quo* heteronormativo, se habilitó un marco en que las mujeres pudieron transgredir algunos roles de género naturalizados. Así mismo, Cosse (2006) reivindica la necesidad de comprender los alcances y sentidos de la revolución sexual en el Río de la Plata desde los antecedentes y características regionales, y no en comparación con los procesos del primer mundo, lo cual resulta fundamental para considerar la dimensión de los cambios y permanencias locales.

Lejos de mi tema central, pero cercano en cuanto al abordaje de la maternidad, se encuentra la tesis doctoral (inédita) de la historiadora uruguaya Lourdes Peruchena (2021), en la que se analiza la maternidad como un territorio instrumentalizado por el Estado batllista, que, si bien tamiza el modelo tradicional, lo reproduce en lo esencial. Esta investigación pone de manifiesto la historicidad de las construcciones discursivas sobre la maternidad y las tensiones en torno a los usos políticos que le confieren la doble posibilidad de apuntalar cierto «empoderamiento» al tiempo que oprime a las mujeres-madres con sus mandatos.

En otro sentido y en referencia a la cotidianeidad cerrense, existe una prolífica producción de memorias (Barreiro: 1984; Fagián: 1997 y 2000; Mateos: 2005) y de

¹⁷ Diario comunista que, si bien nunca se declaró parte del Partido, su consejo editor era elegido por el Comité Central del PCU. (Rico, 2021).

producciones históricas (Barrios Pintos: 1968, 1968 b; Barrios Pintos y Reyes Abadie: 1994) que aportan a la composición del lugar, rescatan aspectos del emplazamiento, la historia y la cultura, donde se desarrolló la vida diaria. La antropóloga Sonia Romero Gorski (1995) indagó los conceptos y mitos sobre los que se ha construido la identidad cerrense y demostró que existían conflictos y discriminaciones, superando así las narraciones idealizadas.

En las mencionadas producciones prácticamente se omiten las militancias de las mujeres y está ausente el análisis sobre las relaciones de género, pero permiten conocer el escenario en que crecieron las jóvenes sesentistas y en el que cimentaron sus primeras nociones de género y clase.

En otro orden, los aportes de los historiadores Rodolfo Porrini (2004 y 2018) y Lucía Siola (2019), son referencias ineludibles para abordar las luchas público-políticas de las y los trabajadores frigoríficos en la barriada del Cerro. Así mismo, la investigadora uruguaya Alesandra Martínez (2019), analiza la experiencia de mujeres trabajadoras en la barriada, distingue en primera instancia las múltiples formas de trabajo que allí se realizaban y demuestra cómo el trabajo no remunerado constituía una actividad económica. En este sentido, desde el feminismo se logró recuperar el quehacer reproductivo de las mujeres como una actividad fundamental para la producción (Federici, 2018) y para los quehaceres militantes. Por último, Martínez analiza las prácticas de control de la natalidad que se utilizaban en el barrio.

Como es notorio muchas publicaciones han visibilizado a las mujeres y sus militancias en otros ámbitos montevideanos. Entre sus logros se subraya haber destacado su compromiso más que sus padecimientos, poner en evidencia las desigualdades entre varones y mujeres, confirmar que los discursos hegemónicos están atravesados por relaciones de poder, y que desde una perspectiva de género podemos comprender los procesos sociales con mayor complejidad. Sin embargo, ninguna publicación intenta profundizar en las dinámicas de participación de mujeres en tanto militantes comunistas de un barrio obrero. Tampoco analizan los arquetipos de *compañera*, en relación con la moral sexual/familiar como aquí se propone. Este silencio llama la atención si tenemos en cuenta que las narraciones memorialísticas sostienen que fueron años en que con gran

vertiginosidad los jóvenes de izquierda cuestionaron los viejos valores morales y construyeron nuevas formas de disfrutar sus cuerpos y de vivir la intimidad.

Propuesta de investigación

El objetivo general de esta tesis es identificar los roles políticos, estereotipos de mujer/camarada y mandatos en torno a la pareja, la maternidad y la sexualidad que transitaron las mujeres comunistas en el barrio Cerro de Montevideo, indagando si hubo matices respecto a los estratos medios intelectualizados. Propongo analizar posibles contradicciones, resignificaciones y disputas entre las representaciones analizadas y la experiencia concreta de las entrevistadas, o más bien de sus narraciones sobre esas experiencias.

De allí se desprenden una serie de objetivos específicos:

- Identificar los discursos sobre las militantes, el amor, la maternidad y la sexualidad que proyectaban el PCU-UJC, teniendo en cuenta posibles herencias de viejo cuño comunista.
- Observar posibles influencias discursivas del Comunismo Internacional (CI) y de las transformaciones morales/culturales propias de los sesenta rioplatenses en el comunismo local.
- Mapear los vínculos con las organizaciones de mujeres existentes, a nivel local e internacional e interpretar sus configuraciones de género.
- Analizar las características culturales de la barriada obrera que puedan haber interactuado con las nociones de militancia, pareja, maternidad y sexualidad
- Analizar si la condición de trabajadoras y de esposas/madres influyó en el acceso a los bienes culturales comunistas y a la militancia.

Parto de la hipótesis de que —pese a los planteos emancipatorios— desde el comunismo internacional y local se establecieron discursos en defensa de las mujeres y

la maternidad que reproducían los mandatos de género y dejaban a las *camaradas* en un lugar subsidiario, limitadas en su militancia por el modelo de domesticidad tradicional.

En este sentido, propongo que las representaciones analizadas —mujer/camarada, maternidad, pareja y sexualidad— fueron ambiguas y contradictorias, fomentaron algunas innovaciones, y reafirmaron antiguos mandatos, como la maternidad, la monogamia y la heterosexualidad. Sugiero que dichas nociones tuvieron sentidos matizados para las jóvenes trabajadoras comunistas del Cerro respecto a las estudiantes del centro montevideano, pero que compartieron una cierta sensibilidad comunista que disputaba sentidos en el marco de la Guerra Fría.¹⁸

El trabajo se organizará en ocho capítulos. El primer estará dedicado a la presente introducción. El segundo se enfocará en un repaso del contexto en relación con mi tema de estudio, y se observarán las transformaciones sociales en torno a las mujeres como sujetos políticos y a la sexualidad. Así mismo, consignaré el avance represivo y la carestía, factores que influyeron en las experiencias vitales de mis entrevistadas. Por último, acercaré el microscopio al Cerro, para analizar las características y coyuntura barrial en el periodo estudiado.

El tercer capítulo, «Discursos y prácticas comunistas en clave femenina», está centrado en el análisis de los discursos históricos del Comunismo Internacional, del Partido Comunista del Uruguay y de la Unión de la Juventud Comunista respecto a los motivos para invitar a las mujeres a sus filas, así como los modelos de mujer y *camarada* que proyectaban. Así mismo, realizaré un breve repaso de la historia y estructura del PCU, pensada en relación con mi tema de estudio, y diferenciaré entre los espacios femeninos y los mixtos. Intentaré acercarme a las nociones y roles de género que construyó el PCU, en articulación con las herencias de viejo cuño comunista y con las transformaciones propias de la década del sesenta. A la luz de las entrevistas, este recorrido permitirá evidenciar transformaciones, permanencias y contradicciones entre los discursos emancipatorios y la experiencia de las *compañeras*, analizando por qué la retórica de la inclusión no alcanzó para superar las asimetrías entre *compañeras* y *compañeros*. En el

¹⁸ Propongo estas dos categorías que parecen dicotómicas: «jóvenes trabajadoras del Cerro» y «estudiantes del centro montevideano», en la medida en que eran dos polos sociales significativos en el universo femenino comunista montevideano de los años sesenta, pautados por diferentes condiciones materiales y accesos culturales. Sin embargo, lejos de considerar que se excluían, propongo que entre uno y otro oscilan casos que a pesar de la cuna obrera se vincularon a los circuitos profesionales y viceversa. Así mismo, las *camaradas* procedentes de distintos barrios se encontraban en instancias como el baile de la UJC o determinadas actividades partidarias. No en vano el PCU y la UJC apuntalaron la consigna «obreros y estudiantes, unidos y adelante».

último subtítulo de este capítulo titulado, «Por todos los hijos, todas las madres», analizaré las actividades que realizó el Comité Femenino del Cerro (CFC) durante el conflicto de la industria cárnica en el año 1969 y los discursos con que se acompañaron sus medidas desde *El Popular*. Este último apartado otorgará pistas para visualizar la influencia de los elementos estudiados a lo largo del capítulo en clave barrial.

En el cuarto capítulo, «La mujer obrera», analizaré las condiciones de vida de las entrevistadas en tanto trabajadoras asalariadas, los discursos del PCU respecto al trabajo de las mujeres, las reivindicaciones en tanto mujeres trabajadoras y el vínculo con la maternidad. Así mismo, analizaré las contradicciones en el discurso comunista respecto a los quehaceres domésticos e intentaré analizar si su condición de «amas de casa» —trabajadoras domésticas no remuneradas— limitó su militancia público-política, en tanto las obligaba a desarrollar la denominada «triple jornada» (Sagastizabal y Legarreta, 2016). También analizaré las diferencias en el acceso a los bienes culturales y a los tiempos militantes respecto a las jóvenes de estratos medios intelectualizados.

En el quinto capítulo, «Entre la cocina y las barricadas», analizaré los espacios de militancia que ocupaban las *camaradas* en el Cerro, y si los mandatos sociales respecto a los roles femeninos influyeron en sus prácticas políticas. Así mismo, intentaré ver más allá de las prácticas estrictamente políticas para analizar si hubo actividades desplegadas por ellas en su condición de mujeres, que puedan haber sumado a la estrategia del PCU-UJC, y a los quehaceres políticos de los varones. Analizaré el concepto de solidaridad que manejaban, en el entendido de que este estructuraba sus vidas y militancia.

En el sexto capítulo, «El amor y la familia: cambios y permanencias», abordaré estas dos esferas en el marco de los debates de la Guerra Fría, observando las trayectorias vitales de las entrevistadas, teniendo en cuenta los mandatos familiares y partidarios, así como los deseos que las motivaban. Sopesaré posibles diferencias con los sectores intelectualizado, e incorporaré al análisis dos momentos claves en tanto rituales: la elaboración del ajuar y la ceremonia matrimonial. Por último, en el apartado «La violencia silenciada: En el Cerro los varones resolvían los conflictos a lo macho», analizaré, a través de la experiencia de *camaradas* que sufrieron violencia en sus matrimonios, las contradicciones entre los discursos igualitaristas y liberadores del PCU, las prácticas concretas de algunos de sus miembros y la negligencia del Partido.

En el capítulo «Discursos y prácticas en torno a la sexualidad analizaré los alcances y límites» de la revolución sexual en las trayectorias de las comunistas del Cerro, a la luz de los discursos que el PCU-UJC propiciaban con relación a los debates sobre sexualidad

y planificación familiar. Finalmente analizaré el *Parto sin dolor*, en tanto práctica médica a la que recurrieron las entrevistadas y que le disputaba el prestigio médico al capitalismo y el cristianismo.

Por último, desarrollaré las conclusiones, bajo el título «La Revolución era de la puerta de la casa para afuera».

Algunas consideraciones teórico-metodológicas en clave feminista

Esta tesis es hija del feminismo en varios sentidos. En primer lugar, surgió tras constatar que las mujeres estaban ausentes de los relatos históricos, y que la voluntad política de aportar a un futuro en clave feminista demanda recuperar las huellas de nuestras antepasadas (Ciriza: 2015). Comprendí entonces que no existe *una* forma natural de ser, de vivir y de amar como mujer, sino que esta es una categoría socialmente construida a través de las nociones de género; entendiendo a éste como el *conocimiento* que tenemos sobre las diferencias sexuales, que naturaliza lógicas de poder e impacta en la vida social y política (Scott, 1990[1986]).

Siguiendo a la antropóloga Marcela Lagarde:¹⁹ «la condición de la mujer es una creación histórica cuyo contenido es el conjunto de circunstancias, cualidades y características esenciales²⁰ que definen a la mujer como ser social y cultural genérico: ser de y para los otros» (Lagarde, 1990 [2005]: 33). En este fragmento la autora sostiene que cada mujer sintetiza de distintas e irrepetibles maneras esas características compartidas que son orquestadas y jerarquizadas por el patriarcado en tanto «orden social caracterizado por relaciones de dominación y opresión establecidas por unos hombres sobre otros y sobre todas las mujeres y criaturas» (Moia 1981:231). Además de dividir

¹⁹ Antropóloga y política feminista nacida en México, pionera en analizar las múltiples formas en que las mujeres se encuentran cautivas en el sistema patriarcal producto de los mandatos sociales.

²⁰ No refiere a esencia en tanto algo metafísico que nos determina internamente sino a las cualidades básicas que a partir de nuestro cuerpo sexuado nos definen como mujeres en el marco de la sociedad patriarcal.

entre roles y atributos femeninos vs. masculinos, estos son jerarquizados subestimando y oprimiendo todo lo que se vincule con lo «femenino» a través de las nociones de género.

La Historia de Género²¹ analiza cómo el género opera y se reproduce en cada contexto, teniendo en cuenta que en ocasiones sus mandatos se imponen de forma más sutil, sofisticada y efectiva que las propias leyes objetivas. Considerar que el género articula el poder no implica pensar que sea la única variable ni que lo haga siempre de la misma manera (Bock: 1989), pues, suscribiendo al concepto de «interseccionalidad»²², entiendo que el poder se organiza a partir de varios factores como la raza, la clase, el género etc.

Tomando la Historia de Género como perspectiva, recurriré al encuentro un poco *bricolage*, de diversas corrientes historiográficas, con la aspiración de que puedan brindarme herramientas útiles para la presente investigación.

En primera instancia, la Historia Social permitió un acercamiento a las características compartidas por las militantes trabajadoras cerrenses, sus horizontes de expectativas y su referencialidad hacia un *deber ser*, condicionado por la cultura de época.

Abdicando tanto de las posiciones estructurales, como de las basadas exclusivamente en las mentalidades, me nutrí del concepto de «sensibilidad» propuesto por José Pedro Barrán (1989), que permite asumir la existencia de un sentir colectivo, matizado por la posición social. En ese cruce es posible encontrar a los sujetos con sus singularidades, sus coherencias e incoherencias, así como los márgenes de libertad en que se mueven, dentro de un cierto sistema de pautas e impulsos de cambio.

Comparto junto a la filósofa húngara Agnes Heller²³ (1977) la importancia de analizar la vida cotidiana, en la medida en que es allí donde los seres humanos se reproducen a sí mismos y a la propia sociedad. Ahora bien, si, como señala Lagarde (1990[2005]), en el patriarcado esta reproducción implica para las mujeres realizarse como seres humanos a través de su relación protectora y servil hacia los otros, resulta fundamental estudiar la

²¹ La Historia de Género surgió en los años ochenta entre feministas de Estados Unidos y Francia. En Uruguay comenzó lentamente a conquistar espacios desde fines de los ochenta y aún hoy en día es desdeñada como un asunto exclusivo de las feministas.

²² Concepto acuñado en 1989 por la abogada y profesora afro estadounidense Kimberlé Crenshaw, quien se inscribe epistemológicamente en la Teoría crítica de la raza. En 1989, en el Foro Legal de la Universidad de Chicago, publicó su artículo «Desmarginalizar la intersección de la raza y el sexo» en el que demuestra cómo género y raza se entrecruzan en las situaciones de opresión.

²³ Agnes Heller, filósofa húngara (1929-2019), que intentó elaborar una teoría sociológica de la vida cotidiana, que supere el estructuralismo a secas y de lugar al individuo como sujeto activo.

cotidianidad de las mujeres en tanto *madresposas*,²⁴ rol que ocuparon la mayoría de las entrevistadas.

No obstante, volviendo a Heller (1977), la toma de conciencia puede generar un margen para hacer uso del albedrío; justamente, retomando la línea de De Giorgi (2018), una noción clave que atraviesa el enfoque que aquí propongo es el de «agencia» (Guidens:1986), que destaca que los individuos no son meros reproductores pasivos de los sistemas sociales en que se inscriben.

En este sentido, lo cotidiano se caracteriza por ser tanto un espacio de reproducción cultural y material y de adaptación, como de creación (Rodríguez Villamil, *et al.*: 2006), donde lo heredado puede tomar nuevos cauces, aunque nunca haya un quiebre total respecto a los significados compartidos con los contemporáneos.

La Historia de la Vida Cotidiana tiene en cuenta aquellas dinámicas sociales que estructuran la percepción del mundo y un determinado deber ser, visualizando el cruce entre las rutinas y los acontecimientos (Trochón: 2011). En este sentido brinda herramientas para analizar aquellos elementos que hayan configurado las nociones y estereotipos que se reproducían en los entornos que las *camaradas* habitaron y militaron, encontrando puntos en común y disrupciones.

Esas nociones y estereotipos influyen en la vida privada, invisten de sentido a las relaciones y dinámicas que suceden dentro del hogar. En última instancia, lo privado es uno de los escenarios donde transcurre la vida cotidiana (Rodríguez Villamil *et al.*: 2006). Desde la modernidad la vida privada ha sido vinculada al mundo familiar/doméstico, resguardada de las miradas ajenas, y despreocupada de las apariencias. Es el mundo de los sentimientos, las pasiones y la sexualidad; donde los sujetos suelen expresarse más libremente (Ariés y Duby, 1992; Barrán, *et al.* 1996; Bolufer y Morant:1998). Este espacio recibe los asaltos del exterior, capaces de propiciar cambios en los roles, las pautas de sociabilidad entre los géneros, los deseos y los afectos (Ariés y Duby 1992). En este sentido Barrán *et al.* (1996) proponen que vida pública y privada pueden influirse mutuamente en «procesos de intercambio e hibridación entre ambas esferas» (Barrán *et al.*; 1996: 23).

Siguiendo a Bolufer y Morant (1998), la perspectiva feminista ha permitido visualizar que en la modernidad las mujeres han quedado adscriptas a la esfera privada y los varones

²⁴ Lagarde define los estereotipos vitales que habitan las mujeres en el mundo patriarcal, y explica los mecanismos por los cuales estos funcionan como cautiverios, a partir de los mandatos, normas, instituciones etc. En este sentido distingue entre *madresposas*, putas, monjas, presas y locas.

a la pública. En este sentido, estudiar a las mujeres desde la vida privada es importante en la medida en que ha sido su espacio socialmente asignado y considerado natural, por ende, condicionante de su participación en la vida pública-política, y condicionado por los sentidos que se tejen en las expresiones públicas de la vida cotidiana. La estrategia consiste en identificar a las mujeres comunistas modélicas, para luego conocer a través de las entrevistas cómo diversas mujeres sintetizaron las conductas arquetípicas mandatadas.

Por otro lado, en el mundo privado se reproducen y/o se interpelan lógicas de poder basadas en la diferencia sexual, de forma mucho más «espontánea» que lo que se dice en público. En este sentido, si los discursos políticamente correctos de la militancia sesentista abogaron por relaciones sexoafectivas más fraternas y sexualidades más libres, resulta pertinente analizar sus sentidos y alcances en la vida concreta de las jóvenes de entonces, y esto solo puede lograrse adentrándose en la vida privada.

En otro orden, dentro de la perspectiva micro elegí la línea que analiza lo local en relación con lo general (Burke: 2008), en el entendido de que la sociedad está interconectada pese a los particularismos de cada zona. Esta visión pendular entre lo macro y lo micro, intenta ver la diversidad en el marco de procesos generales interconectados. Como propone Levi (2019), una de las exquisiteces es encontrar a los eventos y a las personas en las intersecciones de la coacción y la libertad de elección, que constituyen el motor, siempre conflictivo, del cambio social. En este sentido, no sería una historia local, «sino un uso de lo local como lugar que propone problemas y puntos de vista, que por ahora no han sido identificados o han quedado desatendido» (Levi; 2019: 444). Por último, sostiene el autor, que esta visión nos permite aceptar la no linealidad del desarrollo social, la incoherencia y contradicciones en los procesos.

Una de las dificultades de ahondar en la línea que aquí se propone es la falta de bibliografía disponible, sin embargo, la ventaja de estudiar el pasado reciente²⁵ radica en la posibilidad de recurrir a una multiplicidad de fuentes que se complementan. En este sentido, la Historia Oral con todas sus complejidades es central en la presente tesis.

El sociólogo austríaco Michael Pollak ([1989] 2006) sostuvo que la manera de llegar a las memorias subterráneas es a través de la historia oral; esta devela aquello que sucedía

²⁵ Según Débora D'Antonio (2020), si bien no existe una definición concreta de «pasado reciente», en el Río de la Plata esta expresión alude a los procesos de conflictividad sociopolítica y avance represivo de las décadas del sesenta y setenta, cuya última etapa se caracteriza por el autoritarismo y la violencia que pretendían obturar el proceso de radicalización anterior.

paralelamente a los hechos políticos y las figuras destacadas, recuperando datos y protagonistas que no están presentes en la bibliografía académica ni en la prensa de la época. Es una fuente privilegiada para estudiar las maneras cotidianas en las que actúan los poderes en distintos niveles, las formas de resistencia ocultas, los cambios y permanencias en las sensibilidades, los hábitos y costumbres. No obstante, la indagatoria debe realizarse a sabiendas de que las memorias y las narraciones están mediadas por las resignificaciones desde el presente y los proyectos futuros. Es una reconstrucción y como tal es subjetiva,²⁶ pasible de cambio según la coyuntura, los procesos de aceptación de ese pasado, y los análisis políticos actuales. Quien relata otorga sentido a sus circunstancias, reafirma su identidad y la del proyecto político que integró —o lo cuestiona— a través de sus narraciones. Estas últimas transitan el puente que une al pasado con el presente, hablan más de los significados actuales que las protagonistas le confieren, que de lo que efectivamente sucedió. Portelli (2016) entiende que las memorias individuales pueden deformar el pasado, y resalta la importancia de contextualizarlas.

Como señalan Oberti (2010) y De Giorgi (2018),²⁷ las narraciones elaboradas por mujeres permiten desestabilizar las dicotomías jerarquizadas entre el mundo público y privado, resignifican y rescatan tareas, actividades, haceres y deseos ajenos al mundo estrictamente público, pero que sin embargo hicieron a sus prácticas políticas y las relaciones entre *camaradas*.

El tratamiento de las fuentes

Comencé analizando las publicaciones sobre el Cerro a fin de descubrir sus hábitos, sus contornos físicos, su autopercepción y características. Por otro lado, la diversa bibliografía referente a la época arrojó saberes sobre las sensibilidades que recorrían Montevideo respecto a la familia, el amor y la sexualidad y otorgaron herramientas para

²⁶ Sin negar que todas las fuentes sean subjetivas, esta aclaración nos introduce en las particularidades de los relatos memorialísticos que se desarrollarán en adelante.

²⁷ Tesis doctoral que posteriormente publicó en formato de libro. Para la presente investigación utilicé el texto original de la tesis facilitado por la autora en 2019.

delinear un concepto preliminar de «compañera», centrado fundamentalmente en los circuitos intelectualizados y en la lucha armada.

Para comprender las implicancias concretas de este espíritu general en el PCU-UJC debí acercarme a su contenido ideológico, estructuras y dinámicas. El accionar de las *camaradas*, las representaciones y mandatos de las organizaciones sobre ellas y la intimidad, aguardaban en diversidad de fuentes. Comencé revisando *Estatutos del PCU* (1958), informes y balances del Comité Central para la discusión de los Congresos del PCU (1958-1970),²⁸ así como las *Resoluciones Generales del XVII al XX Congreso*, y las actas de la Comisión sobre mujer y familia del FA (1971), intervenidas por Massera.²⁹ Estos arrojaron pequeñas, pero muy significativas pistas sobre las formas en que el Partido pretendía organizar a las mujeres, la necesidad de crear un movimiento femenino amplio, la agenda que debía congregarnos y las concepciones sobre qué implicaba ser mujer. Así mismo, fue analizada la línea ideológica impresa en los discursos de Rodney Arismendi, tanto en los informes del Comité Central como en sus intervenciones parlamentarias durante el periodo estudiado³⁰ (aunque sus discursos en la cámara de diputados no arrojaron datos significativos para mi tema de estudio).

Por otro lado, fueron incorporadas al análisis las propuestas realizadas por Julia Arévalo³¹ en el Parlamento, en torno a la condición de la mujer, que aun teniendo en cuenta su distancia en el tiempo, permiten visualizar las nociones que sobre el trabajo de las mujeres manifestaba el PCU en un periodo de expansión de la mano de obra femenina. Así mismo, a partir de las entrevistas se constató que la figura de Arévalo tuvo gran influencia en tanto símbolo y representación de un modelo de mujer obrera con que las

²⁸ El XVII Congreso se realizó en 1958 y es incluido en la presente investigación en tanto contiene aspectos fundacionales para el periodo, incluida la definición de los estatutos. El XVIII Congreso se realizó en 1962 y el XIX en 1966. En 1970 se realizó el Congreso XX, el último antes del golpe de Estado de 1973. En todos los casos el informe de balance del Comité Central y el resumen de la discusión estuvo a cargo del secretario general del Partido, Rodney Arismendi. Estos documentos fueron estudiados en aras de visualizar líneas de continuidad y cambio.

²⁹ José Luis Massera (1915-2002) fue un prestigioso matemático, dirigente del PCU y parlamentario. El texto aquí analizado es una copia del documento programático del Frente Amplio (1971) propiedad del mencionado dirigente, disponible en el Archivo Massera en el Centro de Estudios Interdisciplinarios Uruguayos, Facultad de Humanidades, UdelAR.

³⁰ Se analizaron las actas parlamentarias y Cores, H. (1993) *Arismendi; discursos parlamentarios*. Tomo 1, sin editorial, Uruguay.

³¹ Diputada desde 1946 a 1947, y como senadora de 1947 a 1951.

entrevistadas se identificaban, y cuyas posturas reivindicaban aun trascendiendo distancias etarias.

Los medios de comunicación partidarios tienen la fuerza de concentrar las ideas y nociones que la organización pretende transmitir a sus seguidores, en este sentido examiné la revista *Estudios*,³² destinada a las discusiones teóricas del Partido, sin embargo, allí apenas encontré datos significativos sobre las nociones de género. Finalmente, *Juventud 65*,³³ *Ujotacé*,³⁴ *Mujeres en Lucha*³⁵ y especialmente *El Popular*³⁶ resultaron fundamentales, en la medida en que vehiculizaron el discurso —en el sentido foucaultiano— vertebrador de los mandatos de género y posturas políticas sobre las familias y la sexualidad. Así mismo, fueron revisados algunos ejemplares de *Nosotras*³⁷ y del boletín de Unión Femenina Uruguaya (UFU)³⁸ para identificar nociones y posturas políticas de larga data, y distinguir las novedades. Lamentablemente, no fue posible conseguir los ejemplares de *La Mujer Soviética*³⁹ editada en los años que estudio.

Me interesa mencionar que, según explican Leibner (2011) y Rico (2021), el diario *El Popular* nunca se definió como órgano de prensa oficial del PCU, esto le otorgó mayor flexibilidad para proponer algunos temas considerados secundarios. No obstante, sus directores eran nombrados por el Comité Central, y era considerado como «la principal herramienta ideológica, política y de organización en manos del Partido (...)»,

³² *Estudios* era una revista teórica destinada a los sectores intelectuales. Su análisis prácticamente arrojó silencio sobre los temas vinculados a las mujeres y la sexualidad, esto lejos de ser un dato menor, demuestra que estas temáticas eran subsidiarias y que no estaban dentro de las preocupaciones de la vanguardia intelectual.

³³ Revista de la Unión de la Juventud Comunista publicada en 1965.

³⁴ Revista de la Unión de la Juventud Comunista publicada de manera irregular.

³⁵ Periódico femenino del FideL con tiraje durante 1971.

³⁶ Diario publicado entre 1957 y 1973 —salvo durante pequeños periodos de censura— que contó con un gran compromiso honorario y militante de los comunistas y con el apoyo económico del extranjero. Fue una referencia para comunistas y allegados en distintos puntos del país. Era leído frecuentemente por mis entrevistadas, incluso Rosa y Juana lo repartían desde la infancia.

³⁷ Revista femenina del Partido Comunista del Uruguay publicada entre 1945 y 1953.

³⁸ Heredera de Acción Femenina por la Victoria, organización que nucleó a mujeres antifascistas durante la Segunda Guerra Mundial, la Unión Femenina Uruguaya centraba «su lucha en los problemas sociales, que tienen como centro a la mujer y el niño» (Boletín, UFU, 1949: 8). A nivel local, tejieron redes con diversas organizaciones vinculadas al Partido Comunista como la UGT.

La UFU pasó a ser la Unión de Mujeres del Uruguay, cuya asamblea de julio de 1968 resolvió disolverse para fundirse en la Comisión Femenina de la CNT; legándole a esta la representación internacional en la Federación Democrática Internacional de la Mujer, sus bienes y el manejo de la Clínica de la Mujer.

³⁹ Revista soviética publicada entre 1945 y 1991; se tradujo a varios idiomas y su versión en español se difundió en Uruguay.

(Arismendi, en el XVII Congreso, 1958). En este sentido condensó los mayores esfuerzos por hacer llegar a un público amplio y diverso los discursos y representaciones fundamentales del PCU; vehiculizados en notas y noticias tanto políticas como culturales, de entretenimiento, científicas y «femeninas» en la página semanal «Para la mujer y el hogar».⁴⁰ En este sentido, fue la publicación de difusión que más pistas arrojó para la presente investigación, y por este motivo la tomé como una fuente privilegiada.

Cabe señalar, que las fuentes antes mencionadas fueron estudiadas en tanto herramientas del Partido para crear conciencia y ganar adeptos, por lo tanto, las noticias y notas interesan en su valor performativo y discursivo, y no como un reflejo de la realidad.

Así mismo, fue consultada la prensa de otras filas políticas, con las que se disputaban sentidos y puntos de vista. Entre ellas, *Marcha* y *Compañero*,⁴¹ semanario y periódico de izquierdas respectivamente; el semanario sensacionalista *Al rojo vivo* —cuyo fundador Antonio García Pintos escribió también para *El Popular*—; los periódicos de derechas *El País* y *Acción*, y la publicación *UJC: Escuela del comunismo*,⁴² todas ellas ofrecieron menos datos de los que esperaba respecto al tema de la presente tesis.

Por otro lado, se analizaron algunas publicaciones difundidas por el PCU como *La mujer obrera* (Krupskaya: 1899 [1970]),⁴³ *La Mujer en la RDA* (Arévalo, 1968),⁴⁴ *Conversaciones con los jóvenes: Algunos temas en debate acerca de nuestra revolución* (Arismendi: 1968), *Igualdad de derechos de las mujeres en la URSS* (Moscú: 1956),⁴⁵

⁴⁰ Según Elsa Méndez, una de las redactoras de la página, la sección habría nacido a impulso de Julia Arévalo (*El Popular*, 3 de julio de 1968: 7)

⁴¹ Publicado por la Resistencia Obrero Estudiantil, brazo social de la Federación Anarquista Uruguaya. Analizo esta publicación porque tanto FAU como ROE tuvieron inserción en el Cerro.

⁴² Texto publicado por el Ministerio del Interior y la Universidad de la República, probablemente en 1978.

⁴³ Traducido por Rita Ibarburu y publicado por Pueblos Unidos, editorial del PCU, en el año 1970. En la medida que el texto analizaba la situación de las mujeres, su potencial de lucha y las soluciones a sus opresiones desde una perspectiva marxista, se consideró necesario difundirlo entre las mujeres comunistas de los setenta.

⁴⁴ En octubre de 1967, Julia Arévalo concurrió como delegada de la UFU a una reunión del buró político de la Federación Internacional de Mujeres (FEDIM). La Federación de Mujeres Alemanas invitó a Julia y a otras camaradas de América y Oriente a recorrer durante una semana la RDA. Arévalo sintetizó su experiencia de viaje en el libro *Las mujeres en la RDA* en el que informa las funciones y desafíos de las mujeres en ese territorio. Como fuente permite ver cuáles fueron las ideas y representaciones que Arévalo quiso transmitir a sus *camaradas*.

⁴⁵ Documentos del seminario internacional «Igualdad de derechos de las mujeres en la URSS», en 1956, en el cual participó María Acosta Ferreira como representante de la Unión de Mujeres del Uruguay. El texto fue traducido al español por Ediciones en Lenguas Extranjeras en el mismo año. Se encontró una copia en la biblioteca personal de Rodney Arismendi y Alcira Legaspi, facilitada por la fundación homónima.

Diario del Che en Bolivia (1968),⁴⁶ y la carta del Che a sus hijos publicada en *El Popular*. Las huellas me llevaron hacia atrás, siguiendo el «hilo de Ariadna» cuyo nodo central fueron las obras pioneras del comunismo como *El manifiesto comunista* (Marx y Engels: 1999 [1848]) *El Origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* (Engels: 2006 [1884]) *La mujer y el comunismo*, en *Obras escogidas de Marx, Engels y Lenin* (Ed. Anteo: 1956), y *La mujer y el socialismo* (Bebel; 1876 [1979]).⁴⁷ Sorpresivamente, identifiqué que los prolíficos aportes realizados por Alexandra Kollontai respecto a las mujeres y la sexualidad fueron desconocidos por mis entrevistadas y brillaron por su ausencia en las publicaciones del PCU; lo mismo sucedió con las propuestas de las anarquistas rioplatenses a comienzos del siglo.

Por otro lado, la legislación y los relatos soviéticos sobre las mujeres fueron repasados, ya que a través de la prensa comunista se consignaban como un ejemplo —idealizado— a seguir.

Tal como señala De Giorgi (2018) los acervos documentales, lejos de ser espacios «objetivos», son el resultado del esfuerzo por proteger cierta memoria, en este sentido los archivos consultados resguardan las fuentes partidarias oficiales y públicas que consignan las formas «políticamente correctas» en que las *camaradas* fueron nombradas y definidas. Lamentablemente, fue vano el esfuerzo por acceder a otras fuentes como apuntes en cuadernos, actas de las comisiones femeninas o comunicaciones epistolares, en este sentido cuando de mujeres se trata «su presencia suele estar tachada, sus huellas borradas, sus archivos destruidos» (Perrot, [2006] 2009: 14). Así mismo, por el avance represivo, o por subestimar la importancia de sus correspondencias o libretas de apuntes, muchas explicaron haberse deshecho de ellas; también hubo quien eligió evitar el dolor que le implicaba abrir sus cajas de recuerdos.

Si cayera en la «seducción de los archivos» (Farge, 1991; De Giorgi, 2018), asumiría que el PCU fue la panacea emancipatoria para las mujeres y que allí estaban en pie de igualdad respecto a sus compañeros. Sin embargo, está claro que de la mencionada multiplicidad de fuentes emana lo que el PCU-UJC quería mostrar: sus mandatos, estrategias y redes —transnacionales y locales— respecto a las mujeres; no así las

⁴⁶ Publicado por la editorial Pueblos Unidos y reproducido en forma parcial en *El Popular*.

⁴⁷ Estos textos se encontraron en la biblioteca personal de los dirigentes comunistas Rodney Arismendi y Alcira Legaspi; no fue posible comprobar si los subrayados en los libros pertenecieron a alguno de ellos dos, pero demuestran que fueron leídos prestando atención a la situación de la mujer y a las visiones de los líderes de «la vieja guardia».

experiencias concretas de las militantes, ni los sentires y disputas más íntimas cuyas huellas pueden ser rastreadas a partir de las narraciones memorísticas de las propias mujeres. De alguna forma, los testimonios permiten descubrir, tras las imágenes monolíticas de los documentos oficiales, un repertorio de contradicciones y fisuras. Así, el contrapunto del discurso oficial son esas narraciones capaces de arrojar pistas sobre las tensiones y las diversas experiencias que se vivían en los márgenes partidarios, siempre problematizadas a la luz de la bibliografía existente.

Si bien para llegar a las entrevistadas utilicé la técnica de la «bola de nieve», hubo algunas categorías que consideré necesario contemplar con el fin de ver matices, ellas son: diversidad ocupacional y étnica, y tendencia política de la familia de origen. En el propio proceso de investigación surgió el catolicismo/ateísmo como otra categoría que influyó en la vida de las entrevistadas. Pese a los esfuerzos, no fue posible encontrar mujeres que hayan formado parte del aparato armado del Partido.

Las entrevistadas eran consideradas jóvenes entre 1968 y 1973, pero sus condiciones materiales, así como sus círculos de discusiones y su acceso a la nueva literatura política, eran, en general, distintas al de aquellas jovencitas que integraban el movimiento estudiantil universitario.

Elegí entrevistar a militantes orgánicas del PCU, el Fidel y la UJC con diferentes responsabilidades. También procuré que estuvieran presentes las voces de personas que hoy continúan participando del PCU y otras que se hayan alejado. En este sentido, resulta notorio que quienes actualmente se encuentran en otros colectivos, o son independientes, son mucho más críticas respecto al pasado. Así mismo, quienes hoy integran filas feministas, encontraron fácilmente desigualdades y violencias de género en sus trayectorias y las de sus compañeras.

En un primer encuentro realicé una serie de entrevistas exploratorias, organizadas a través de preguntas guía desarrolladas en torno a ejes referentes a los hábitos, costumbres y prototipos de género entre los que estas mujeres crecieron, los orígenes de su militancia, las prácticas de la organización y las responsabilidades de cada una en ella. En una segunda instancia indagué sobre los cambios y permanencias en las pautas y comportamientos respecto a la sexualidad y la vida privada, y especialmente intenté confrontar con las fuentes escritas y con las entrevistas exploratorias.

En ambos casos se utilizaron cuestionarios semi abiertos, y se tuvieron en cuenta los emergentes que las propias entrevistadas consideraron necesario aportar. Este proceso permitió visualizar cuáles son los registros actuales de sus años de juventud, más allá de

lo que como investigadora esperaba. Tal vez por los debates actuales en torno a la violencia de género, algunas comenzaron a hablar por sí solas respecto a la violencia que sufrieron de parte de sus parejas, lo que me llevó a incorporar el tema en siguientes entrevistas. Algunos ítems, como las interrupciones de los embarazos o la conquista del placer sexual fueron más difíciles de abordar. Para ello recurrí a cierta «intuición» para evaluar quiénes estaban dispuestas a contar sus experiencias y quiénes no; sorprendentemente quienes más se explayaron fueron las que otrora profesaron el cristianismo.

Quisiera aclarar que luego de varios intercambios con colegas y docentes, decidí utilizar seudónimos en lugar de los nombres reales para proteger a mis entrevistadas en la medida en que aquí se abordan temáticas muy íntimas. Las protagonistas son Mariana,⁴⁸

⁴⁸ Mariana (1941-2021) fue dirigente del Centro de Estudiantes de Arquitectura y del PCU, si bien no creció en el Cerro, fue entrevistada en tanto en 1971 fue electa edila por ese barrio. Entrevista realizada en su hogar en diciembre de 2020.

Alejandra,⁴⁹ Alba,⁵⁰ Elena,⁵¹ Juana,⁵² Rosa,⁵³ Sara⁵⁴ y Luisa.⁵⁵ También fue consultada María, que ya no militaba orgánicamente en el periodo estudiado, e Isabel, que provenía de otro barrio, pero compartió militancia con las cerrenses. Así mismo, en cuestiones puntuales se consultó a algunos varones del PCU, y a militantes anarquistas del barrio como Juan Carlos Mechoso, Jorge Bentancourt, Zelmar Dutra y Marina Barcia, ya que la Federación Anarquista Uruguaya (FAU) y el PCU fueron dos organizaciones que

⁴⁹ Alejandra (1942-) docente. Si bien no vivió ni militó en el Cerro, fue entrevistada en su condición de militante del PCU, dirigente del FideL y del Frente Amplio. Entrevista realizada en su hogar en marzo de 2021.

⁵⁰ Alba (1935-1921), proveniente de una familia de origen vasco, nació en el Cerro y creció en una época de bonanza que le permitió desarrollar estudios universitarios. Fue hija de un friyero sindicalista, y una madre ama de casa que apoyaba los conflictos. A mediados de los sesenta se afilió al PCU; resolvió no tener hijos, aunque participó de la crianza de sus sobrinos con quienes convivía. Su hermana también fue una profesional afiliada al PCU. Fue entrevistada por la autora en su hogar, en diciembre 2019 y en marzo de 2020.

⁵¹ Elena (1948-), nacida y criada en el Cerro junto a su abuela comunista, de origen polaco y su madre friyera ajena a las luchas sindicales y políticas. Su infancia y adolescencia estuvo atravesada por la participación en la Comunidad Lituana —vinculada al comunismo— y la formación católica en un colegio privado «de señoritas». A los catorce años comenzó a trabajar en la industria textil y posteriormente se cambió al liceo público Bauzá donde se afilió al PCU. En 1973 se casó con su novio (quien no pertenecía al Partido), y se divorció tras ser víctima de violencia doméstica —situación que volvió a vivir con un miembro del PCU en los años ochenta—. Entrevistada por la autora en su hogar, en noviembre y diciembre de 2020.

⁵² Juana (1948-), proveniente de familia criolla y comunista, nació en el Cerro. Su padre fue un dirigente sindical astillero y activo militante del PCU que murió cuando ella comenzaba la secundaria. Su madre, realizaba tareas de costuras desde el hogar, y según Juana, «no militaba», pero estaba afiliada al PCU, cuidaba a los hijos de Arismendi y Arévalo cuando estos tenían actividades en el barrio y recibía en su casa delegaciones locales e internacionales. Desde pequeña, Juana realizó tareas militantes como repartir *El Popular* o cobrar la cotización. A los 15 años comenzó a trabajar en la industria textil y dejó los estudios secundarios. A comienzos de los setenta se casó con un miembro del PCU, y tuvo una hija, aunque, víctima de violencia doméstica, prontamente se separó. Entrevistada en su hogar en noviembre de 2020 y marzo-abril de 2021.

⁵³ Rosa (1959-), proveniente de familia rusa, nació y creció en el Cerro. Su padre y su madre fueron friyeros, y tanto el padre como los hermanos fueron dirigentes del PCU. Al igual que Juana, desde niña cumplió tareas militantes. A su casa llegaban constantemente delegaciones y personajes como Sacchi, Arévalo y Arismendi. A los quince años comenzó a trabajar como promotora y a los dieciocho ingresó como administrativa a *El Popular*, donde permaneció hasta 1973. Se casó con un compañero del PCU y en el periodo estudiado tuvo al primero de sus tres hijos. Entrevistada en su hogar en noviembre de 2020 y en febrero y marzo de 2021.

⁵⁴ Raquel (1959-), se crio en el Cerro junto a su madre y abuelos, quienes lejanos a los asuntos políticos, igualmente le enseñaron la importancia de ser solidaria. En 1970 ingresó al liceo N.º 11 del Cerro, e inmediatamente se afilió al FideL, y militó codo a codo con los *compañeros* de la UJC. Debido a su edad, en el periodo estudiado no tuvo pareja ni hijos. Entrevistada en su hogar por la autora en noviembre de 2020 y marzo de 2021.

⁵⁵ Luisa (1949-), proveniente de una familia criolla y católica, nació y creció en el Cerro. Recibió formación católica en un colegio privado y comenzó a frecuentar el canteñil La Cachimba del Piojo donde se despertaron sus inquietudes políticas y en 1965 se afilió a la UJC. Entre 1968 y 1970 trabajó en el frigorífico; en 1971 se casó con un miembro del Partido y pronto tuvo a su primera hija. Poco tiempo después, él se desafiló y la presionó para que ella también lo hiciera. Víctima de violencia doméstica, se divorció en los ochenta. Entrevistada por la autora en su hogar en marzo y abril de 2021.

contemplaron al Cerro como un espacio de inserción importante, y disputaron la injerencia en el barrio. Por otro lado, Mechoso también fue entrevistado en tanto dirigente friyero,⁵⁶ y Barcia en tanto proveniente de familia friyera, lo que permitió cotejar/complementar memorias sobre el conflicto frigorífico de 1969.

Me interesa mencionar que, de las entrevistas y conversaciones, surgió un arsenal de palabras coloquiales que las entrevistadas utilizaban en su juventud y que serán consignadas en cursiva para, a través del acercamiento a su lenguaje, lograr una mayor cercanía con su cotidianeidad.

Por último, quisiera mencionar que diversos intelectuales han contribuido en cuestionar las oxidadas pretensiones de objetivismo positivista, demostrando que el proceso de investigación y narración está determinado por el contexto de producción (De Certeau: [1978] 1999); en este sentido, Haraway ([1991] 1995) destrona la idea de saberes universales y neutrales, para proponer que los conocimientos son situados, elaborados desde un determinado lugar y punto de vista, entendidos como una posible visión entre tantas. Por ello, resulta honesto aclarar que soy una mujer feminista, sensibilizada con el periodo que ahora estudio y con las luchas de quienes en esa etapa fueron jóvenes. Tal vez este *collage* de simpatías y la esperanza en un futuro antipatriarcal y anticapitalista, haya sido lo que me llevó a revisar ese pasado, indagando la instrumentalización que desde el comunismo se hizo en torno a las mujeres, pero sobre todo sus rutas emancipatorias, incluyendo las formas de resistencias subterráneas que hayan podido idear (Farge: 1991; Scott: 2002).

En el transcurso de la investigación, descubrí que los sesenta están tan lejanos, que muchas de las mujeres que hubiera querido entrevistar habían fallecido o se encontraban delicadas de salud por lo que no pudieron dar entrevistas. De una lista preliminar de unas treinta mujeres, solo pude encontrarme con diez, de las cuales tres no eran del Cerro. Debí enfrentar la profunda tristeza de que en el proceso de investigación murieron tres entrevistadas, a su memoria mi más sentido reconocimiento.

Pese a la distancia emocional que una investigación requiere, quise y pude, mantener vivo el agradecimiento hacia esas mujeres, que estuvieron dispuestas a ofrecer sus vidas

⁵⁶ Relativo a frigorífico; obrero del frigorífico.

por el futuro, y que movieron y seleccionaron recuerdos felices y dolorosos para compartir conmigo.

II. Contexto

La Revolución y las mujeres

En el Uruguay del siglo XX se legisló un modelo de ciudadanía de aparente «igualdad» entre varones y mujeres,⁵⁷ sin embargo, ese modelo fue incapaz de terminar con las asimetrías entre los sexos, ya que la ideología patriarcal se mantuvo intacta. A comienzos de los sesenta, en general, las mujeres llegaban vírgenes al matrimonio, los noviazgos requerían la autorización paterna y la mirada vigilante de la *chaperona* hasta las nupcias, y el casamiento se presentaba como única forma legítima de compartir la intimidad (Markarian, 1996). Luego de la noche de bodas las nóveles esposas debían tener relaciones sexuales, siempre que el marido lo deseara, sin que el placer de ella fuera tenido en cuenta y priorizando la procreación. El modelo de domesticidad implicaba que ellas cumplan con todas las tareas domésticas, que trabajaran fuera del hogar solo si el salario del *pater familia* no alcanzaba. Solían mantenerse al margen de los debates políticos y de las actividades sindicales, aunque algunas corrientes políticas, como el anarquismo, el comunismo y el batllismo siempre propiciaron —al menos discursivamente— la participación política de las mujeres.

Por supuesto que esta visión esquematizada refleja los mandatos sociales que siempre fueron burlados de diversas formas más o menos ocultas, pero nadie «decente» confesaba escapar al sentir colectivo, no era un tema de debate y mucho menos una forma de resistencia explícita. Los tabúes trascendían las fronteras ideológicas, incluso afectaban a

⁵⁷ Cuyos hitos pueden ser las leyes de divorcio en 1907 y 1913, la Constitución de 1916 que habilitaba que una eventual ley regulara el sufragio femenino, y el Código Civil de 1946 que eliminaba la obligatoriedad de la obediencia al marido y el manejo de este sobre los bienes de la mujer y la patria potestad de los hijos (Sapriza y Villamil: 1984). Esta legislación consolidó «el sentimiento de excepcionalidad uruguaya en el contexto latinoamericano, que alentó el “mito” de la perfecta igualdad entre varones y mujeres en el Uruguay de los años 50». (Sapriza; 2018:53)

los sectores más libertarios, tal como reflexionó en 1970 un testimonio anónimo en la investigación *Sexo y amor en Uruguay*:⁵⁸

Nosotros fuimos educados en el sagrado temor del infierno, y eso es válido para los que recibieron educación religiosa y atea, para católicos y anarquistas, protestantes y comunistas. Era la moral de una sociedad en la que todos participábamos. Lo sexual se desagotaba por una cloaca. (Anónimo; 1970:177)

Las jóvenes del sesenta crecieron socializadas en este modelo que comenzó a transformarse a fines de la década cuando las parejitas intentaron verse *a piacere* y sin horarios, cuestionaron la sacralidad del matrimonio y prescindieron del aval paterno. Las relaciones sexuales antes del casamiento fueron reivindicadas. Algunas mujeres —al menos de los ya estudiados estratos medios— se animaron a experimentar, a hablar de sexo y reclamar el derecho al placer. La introducción de la pastilla anticonceptiva al mercado uruguayo en 1961 favoreció este clima y remolcó los debates internacionales sobre planificación familiar, tipificada como una avanzada imperialista o reivindicada como un derecho de las parejas en el seno de las izquierdas.

Estos cambios constituyeron la expresión local de una nueva sensibilidad de alcance global,⁵⁹ donde se cruzaban diversos proyectos revolucionarios e impulsos conservadores. Su punto álgido fue el año sesenta y ocho, recordado como el año en que la juventud del mundo se levantó contra el orden instituido, protagonizando oleadas de revueltas anticapitalistas, antiautoritarias, e internacionalistas, con la potencia de reivindicar que «todos» podían ser sujetos políticamente activos, incluso las mujeres. Cabe señalar, que la influencia de los feminismos fue casi nula y muy indirecta, pero se puede pensar que favoreció a una atmósfera de cuestionamientos. Podemos destacar a la artista comunista Leonilda González que par en sus series *Las novias revolucionarias* y

⁵⁸ Investigación anónima publicada por la Editorial Alfa, realizada por psicólogos, médicos y periodistas, y que, según relata, cuenta con más de 200 entrevistas a personas de diversas franjas etarias y profesiones. Fue utilizada como fuente por algunas investigaciones académicas como Markarian (2012).

⁵⁹ Siguiendo a Cosse (2006) el primer mundo no es tomado como punto de comparación con los procesos regionales, sino que son mencionados aquellos debates de circulación global, que por distintos vehículos llegaron en menor o mayor medida al país.

Novias muy enojadas parece haber cincelado críticas de cuño feminista, probablemente de forma no deliberada ni consciente.⁶⁰

En América Latina despuntaba el revolucionario con rifle al hombro, cuya vida despreocupada de lo sexual y de los deseos personales era ofrendada a los proyectos colectivos. Particularmente, el año 1968 se inauguró con la muerte de Ernesto Che Guevara,⁶¹ cuyos escritos proliferaron en las editoriales de izquierdas, santificados por jóvenes que encontraron en su figura el modelo de «Hombre Nuevo» a seguir.⁶²

En este escenario cobraron especial vigencia las nociones marxistas y anarquistas, que coincidieron desde sus albores en identificar a la familia como una institución con desarrollo histórico, contrariamente a quienes la consideraban un hecho natural.

Así mismo, en los febriles sesenta se resignificó el ser joven/adulto. Se ubicó a los jóvenes estudiantes como protagonistas de los procesos revolucionarios, disputando por primera vez el protagonismo a los obreros; guante recogido por una juventud montevideana que ya venía envalentonada desde las luchas por la Reforma Universitaria en el año 1958.

Para el Partido Comunista del Uruguay la irrupción juvenil se ordenó bajo la consigna «Obreros y estudiantes unidos y adelante», obliterando las posturas de quiebre generacional y apostando a una unidad ideológica y estratégica, capaz de contemplar las particularidades de los jóvenes.

Estas tendencias coexistieron en tensión con la apertura sexual que impulsaba el liberalismo desde el primer mundo, donde el trinomio «sexo, droga y el rock and roll» encabezó la búsqueda de nuevas sensaciones, conquistando a muchos jóvenes uruguayos que sostenían la necesidad de liberar los cuerpos y los deseos. Se desarrolló una gran

⁶⁰ Artista plástica uruguaya nacida en 1923. Recibió una beca para estudiar en Francia en 1949 en coincidencia con la publicación del texto feminista *El segundo sexo* de Simone de Beauvoir. Según Pérez Buchelli (2021), si bien nada asegura que haya leído esa publicación, es posible identificar que esas ideas circulaban en el contexto cultural que frecuentaba González.

En Uruguay estuvo afiliada al PCU, fue dirigente de la Unión de Artistas Plásticos Contemporáneos del Uruguay y fundadora del Club de Grabado del Uruguay. Entre sus obras se destacan las series de grabados *Novias muy enojadas* y *Novias Revolucionarias*, que, realizadas en el año 1968, cuestionaron la institución matrimonial (Pérez Buchelli; 2021).

Sapriza y Rostagnol (2021) demostraron que en general las militantes accedieron a las lecturas feministas durante el periodo carcelario o el exilio. Sin embargo, es necesario tener en cuenta la irrupción feminista como parte de los debates a escala global.

⁶¹ Ejecutado el 8 de octubre de 1967, en Bolivia.

⁶² Concepto medular en la militancia de izquierda en las décadas de 1960 y 1970, cuyo referente central fue Ernesto Guevara. Alude al compromiso de superar la moral y hábitos heredados del capitalismo (egoísmo, mezquindad etc.) de cara a la construcción de un sistema sin explotados ni explotadores.

industria sobre los hombros de la cosificación de las mujeres, que en Uruguay se expresó en las proyecciones del cine erótico internacional, la propaganda y el consumo de revistas como *Playboy*.

En oposición a toda liberación sexoafectiva, encontramos la voz alarmada de los sectores más conservadores, que compartieron el antiliberalismo, el antiizquierdismo, el cristianismo, el hispanismo, y el antimodernismo (Broquetas: 2014; 2016 y Broquetas *et al.* 2021); entre las que se desarrolló la Juventud Uruguaya de Pie (JUP), cuya base de operaciones en el oeste montevideano fue el Liceo Bauzá al que concurrían muchos cerrenses.

Cabe señalar que estos debates fueron gestionados en el marco de la Guerra Fría en cuyo frente las potencias y Cuba desplegaron importantes sumas de dinero e insumos tecnológicos para generar «estructuras de sentimiento» afines al *American way of life* y a los modelos soviético/cubano, respectivamente (Rodríguez: 2012: 298).⁶³ En esta línea, la moral fue izada como un estandarte central en disputa, desde una visión completamente maniquea que distinguía la moral de izquierdas (sintetizada en el «Hombre Nuevo»), la moral liberal, y la moral conservadora. Cada una consagraba distintas formas de hacer política, actitudes, sentimientos y sujetos.

En esta confluencia de ideas, las jóvenes comunistas fueron construyendo su identidad, incluyendo el modelo de feminidad⁶⁴ en el encuentro conflictivo de lo viejo y lo nuevo, ya que «todo presente se encuentra constituido por estratos más o menos densos

⁶³ Conviene aclarar que la circulación de productos no implica que todo el mundo los conozca, los consuma y mucho menos que se apropien de ellos; pero es importante tener en cuenta que todas las posturas aquí esquematizadas formaban parte del clima montevideano, cincelandó la sensibilidad vernácula.

⁶⁴ Con «feminidad» refiero a una suerte de atributos socialmente contruidos e históricamente situados que se les impone a las mujeres desde su nacimiento bajo la creencia de que son naturales. Siguiendo a Lagarde (1990 [2005]), la feminidad está eternamente a prueba.

de pasados residuales y otros de novedades también de diverso espesor» (Barrán; 2008:74).

Crisis económica y política

Por otro lado, este periodo coincidió con el ocaso de la «Suiza de América»,⁶⁵ reflejado en la pérdida del poder adquisitivo, el desempleo y el avance del autoritarismo estatal. Así mismo, fue una época pautada por el crecimiento y radicalización de las organizaciones de izquierdas y de derechas, por el desprecio visceral entre capitalistas y anticapitalistas y por la aceptación generalizada del uso de la violencia como estrategia de lucha en el marco de la Guerra Fría.

El triunfo de la Revolución Cubana (1959) se convirtió en un faro para los rebeldes latinoamericanos al ser confirmada la posibilidad de la utopía y la legitimidad del uso de armas —incluso en manos de mujeres—. Así mismo, fue una alerta, para los grupos antiizquierdistas (Aldrich 2009 y 2001; Markarian 2012).

El debilitamiento de los partidos políticos tradicionales y el desplazamiento de las Fuerzas Armadas hacia la arena política generalizó la pérdida de confianza en las instituciones democráticas y sus representantes (Demasi; 2019) cuyo autoritarismo hizo juzgar a la etapa como una dictadura «legal» o «constitucional»⁶⁶ (Véscovi, 2003; Markarian, 2012). El país ingresó en una espiral de violencia inusitada, especialmente luego que en agosto de 1968 se abriera la lista de mártires en la femoral de Liber Arce, bajo el gobierno de Pacheco Areco (1967-1972).

El proceso represivo se profundizó bajo el gobierno de Juan María Bordaberry,⁶⁷ hasta que en febrero de 1973 los comunicados 4 y 7 de las Fuerzas Armadas y la creación

⁶⁵ Expresión comúnmente utilizada para referir a la época de bonanza económica y estabilidad política que atravesó Uruguay entre los años cuarenta y cincuenta. No obstante, los sectores más vulnerados seguían viviendo en paupérrimas condiciones económicas y sus derechos eran constantemente vulnerados.

⁶⁶ En 1968 el decreto de las Medidas Prontas de Seguridad, la militarización de algunos entes públicos y la congelación de precios y salarios —con efectos inmediatos sobre los salarios, pero muy reducido sobre los precios— marcaron un hito en las trayectorias de los y las militantes. La congelación es recordada por las mujeres que administraban los ingresos del hogar. En los barrios obreros la militancia de las *compañeras* se vio incentivada y organizada con relación a esa medida.

⁶⁷ Bajo su gobierno se declaró el «Estado de Guerra Interno» y la suspensión de las garantías individuales (15 de abril de 1972); posteriormente se estableció la Ley de Seguridad del Estado y el Orden Interno (10 de julio de 1972), mediante la que primó la jurisdicción militar sobre la civil. Las Fuerzas Armadas vieron

del Consejo de Seguridad Nacional (COSENA), significaron el comienzo del Golpe de Estado (Demasi, *et al.* 2009), cuyo corolario fue la disolución de las Cámaras el 27 de junio del mismo año, dando comienzo a una feroz dictadura civil-militar, en el marco de una política continental.

En este marco, los proyectos políticos de izquierdas fueron arrasados y los cuestionamientos sobre la vida privada y la sexualidad acallados y combatidos desde un autoritarismo cultural que impregnó las instituciones y los discursos oficiales. La censura evitó que concepciones alternativas disputaran abiertamente las premisas sobre la moral sexual y la familia; motivo por el cual mi periodo de estudio culmina en el año del Golpe.

Cruzando el paralelo 38⁶⁸

Fundada en 1834, la Villa del Cerro albergó en su falda a la industria cárnica. En el marco del modelo agroexportador, se inauguró en la década del veinte una época de bonanza conocida como «la era de los frigoríficos». Allí se consolidó un proceso poblacional en clave obrera que tuvo expresión en el desarrollo de sociedades recreativas y gremiales, protagonizando hasta la década de 1950 cierta estabilidad laboral y un humilde bienestar (Porrini; 2006 y 2018).

«La era de los frigoríficos» agonizó en las postrimerías de los sesenta hasta su culminación definitiva en los setenta (Camou: 2010; Camou y Mubrigades; 2006 Porrini; 2006 y 2018; Siola, 2019). En el proceso, al compás del avance represivo, se acentuó en el barrio la pobreza y la lucha. Si bien 1968 y 1972 fueron años claves, en la memoria

allanado el camino para perseguir y encarcelar a quienes consideraba enemigos, disponiendo de los presos sin las garantías que la legalidad civil ofrece e irrespetando abiertamente los Derechos Humanos.

⁶⁸ Así comenzó a llamarse al límite del Cerro sobre el arroyo Pantanoso a comienzos de los años 50, en alusión a la Guerra de Corea, en tanto en el marco de los duros conflictos, los vecinos cerrenses cortaban el puente y separaban al barrio del resto de la ciudad.

local el conflicto friyero de 1969 surge como un momento bisagra que pautó la decadencia económica y las luchas barriales.

A la suba exorbitante de precios y el recorte en las jornadas laborales⁶⁹ se sumó la quita de los dos kilos de carne⁷⁰ en abril 1969, por decreto gubernamental dejando a unos 14. 000 obreros de todo el país y sus familias sin la certeza del alimento,⁷¹ lo que provocó una huelga frigorífica a nivel nacional.

El conflicto fue asumido por las familias enteras —en tanto atacaba el sustento de los hogares— y acompañado por el movimiento popular en general. Todas las entrevistadas tuvieron familiares empleados en lo frigoríficos.⁷² Aseguran que la evolución de esa industria pautó las condiciones materiales de sus hogares y recuerdan los conflictos de la carne como propios, aunque ellas no fueran friyeras.

En síntesis, la trayectoria vital de mis entrevistadas se inició en ese periodo de cierta prosperidad económica y cultural, mojonado por los conflictos sindicales. Siendo niñas escucharon relatos del endurecido movimiento obrero, repletos de nociones viriles con relación a la militancia, y aprendieron a despreciar a los aparatos represivos y a los rompehuelgas. Crecieron y desarrollaron su militancia en el declive de esa época, mientras se consolidaba el vínculo obrero-estudiantil, generando un trasiego de ideas, concepciones y experiencias que construyó relaciones porosas entre las generaciones. Recuerdan al barrio con sus puertas abiertas para compartir el pan y para esconder desconocidos y desconocidas cuando la policía reprimía. Respecto a esto último, Alba

⁶⁹ Para reducir los costos algunas empresas despidieron obreros o recortaron las jornadas de trabajo. Por ejemplo, en el Frigonal, la interventora resolvió que de seis días de trabajo semanal cada empleado cumpliera solo tres, reduciendo el salario a la mitad.

⁷⁰ Este beneficio se aplicaba desde 1942 y estaba consagrado definitivamente desde el laudo de 1956 tras una huelga frigorífica, cuyo mayor saldo fueron cuatro mártires.

La quita de los dos kilos de carne implicó desconocer los derechos conquistados y fue considerada un atropello anti obrero. A partir de ese decreto se comenzó a pagar, a modo de compensación, \$93,05, lo cual equivalía aproximadamente a medio kilo de carne por seis jornadas semanales de ocho horas, según recuerdan las entrevistadas.

⁷¹ Además de incluir en sus comidas la carne como plato principal, también la vendían para comprar otros productos.

⁷² Si bien era un rubro muy masculinizado, hubo mujeres, sobre todo en las tareas subestimadas y peores pagas como hojalatería y envasados (Siola, 2019). Las madres y abuelas de varias entrevistadas trabajaron allí, al igual que los varones de sus familias.

reflexionó: «y si una crece así, ¿qué puede ser de grande? Solidaria. No podés ser otra cosa».⁷³

Posteriormente ingresaron al mundo laboral, se enamoraron, descubrieron la sexualidad, y formaron sus familias en la encrucijada de viejos y nuevos valores y en la miseria económica y la vertiginosidad de los tiempos políticos que, según creían, auguraba el final del sistema capitalista. Al compás de la crisis maduraron como militantes y aprendieron a ser mujeres o, mejor dicho, cómo ser buenas mujeres comunistas.

III. Discursos y prácticas en clave «femenina»

Las camaradas: los discursos de igualdad y sus paradojas

El PCU se fundó en 1920 como escisión del Partido Socialista, se acercó a los lineamientos ruso-soviéticos, aunque mantuvo su autonomía. En este sentido, si bien el Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) ejerció influencia política, simbólica y cultural sobre los Partidos Comunistas latinoamericanos, estos no fueron poleas de transmisión de sus propuestas, sino que desarrollaron sus propios caminos (Anderson: 1984, y Valobra: 2014 y 2017). Comprender las nociones y roles de género fraguados por el PCU en los años sesenta, implica visualizarlos como el resultado de la confluencia entre las posturas de larga data y las innovaciones de la década, sopesando el diálogo entre los aportes globales y vernáculos.

Desde sus orígenes, el PCU fue un partido legal y público que participó del sistema político, tuvo alcance nacional —aunque mayormente capitalino— y prensa regular. Apuntó fundamentalmente a afiliar a la masa trabajadora,⁷⁴ consagrándose como una organización de cuadros y masas (Rico: 2021). Se organizó a partir del centralismo

⁷³ Entrevista realizada por la autora en su domicilio en diciembre 2019 y en marzo 2020. Ver nota al pie 50.

⁷⁴ Según los datos relevados por Rico (2021) el 1,77% de los afiliados al PCU provenían de la industria frigorífica, el 4,20% de la textil, y el 5,5% eran empleadas domésticas. Si bien el relevamiento identifica más ramas de actividades, aquí se consignan solo aquellas significativas para la presente investigación, llama la atención la alta presencia de empleadas domésticas.

democrático tal cual lo propuso Lenin (1902), con una estructura piramidal en cuya cúspide se encontraba el Comité Central, el Secretariado y el Comité Ejecutivo, y en sus vértices funcionaban diversas comisiones. Los órganos de mayor jerarquía solían ser monopolizados por varones; a excepción de Julia Arévalo,⁷⁵ quien, desde los albores del Partido, hasta su muerte en 1985, encarnó la cara visible de la organización y de su línea estratégica respecto a las luchas femeninas.

Consideraban fundamental que los y las *camaradas* incorporasen tanto los principios teóricos del marxismo-leninismo⁷⁶ y el conocimiento de la coyuntura, como sus nociones morales, teniendo en cuenta que «[El Marxismo] representa una ordenación existencial, y hasta cierto punto moral de la vida del militante» (Caetano y Alfaro, 1995:13).

Filosóficamente, el comunismo se basa en el materialismo dialéctico, que, considerado una ciencia, pretende explicar el mundo y el desarrollo histórico, con una visión teleológica que promete la liberación de los explotados por medio de la revolución social.

La disciplina consagrada por Lenin (1902) y normada por los estatutos partidarios del PCU y de la UJC, implicaba cumplir con la línea del Partido y mantener una cierta conducta encuadrada en los arquetipos delineados. Se abonaba la convicción de que, desde las responsabilidades más destacadas hasta las más pequeñas y engorrosas eran fundamentales, y se privilegiaba la acción cotidiana, la actitud propositiva y dirigente rigurosamente encuadrada, la paciencia, el largoplacismo, y la racionalidad (Silva: 2009; De Giorgi: 2011; Leibner: 2012).

En el periodo estudiado el Partido hizo coincidir la lucha legal con la clandestina en la medida en que propició la inserción de masas, la acción parlamentaria y la preparación de un aparato armado.⁷⁷ Esta estrategia y la convicción de que la clase obrera, en tanto vanguardia revolucionaria, debía establecer alianzas con otros sectores —como las capas

⁷⁵ Nacida en 1898, en una familia muy humilde, a los 10 años comenzó a trabajar en una fábrica de fósforos, y luego en una tabacalera e ingresó a temprana edad al mundo sindical. Integró el Partido Socialista y fundó posteriormente el PCU, donde dirigió la Comisión de Mujeres y conformó el Comité Ejecutivo. Fue la primera diputada mujer en 1942, junto con la batllista Magdalena Antonelli, y la primera mujer y primera comunista en ocupar un puesto en el senado en 1946.

⁷⁶ *Estatutos del PCU*, art. 11.º y *Estatutos de la UJC*, art. 3.º, inc. e.

⁷⁷ La reciente investigación *El Partido Comunista bajo la dictadura. Resistencia, represión y exilio (1973-1985)* (Rico *et al.* 2021) confirmó la existencia de un aparato armado en el PCU, cuyo uso probable estaba atado a la estrategia y a las condiciones objetivas. Anteriormente testimonios como el de Jaime Pérez ya habían reconocido la existencia del aparato armado; así mismo, Carlos, vecino del Cerro, asegura que fue invitado a participar y que conoció varios varones del barrio que lo integraron, pero ninguna mujer (comunicación personal, noviembre 2020).

medias urbanas y la burguesía antimperialista— implicaron una versátil gama de afiliadas.

Desde *El Popular* y *Mujeres en Lucha* se representaba como *compañeras* necesarias a las madres abnegadas, muy humildes, de apariencia vulnerable, que concurrían a las ollas y acompañaban a sus maridos en los conflictos; a las señoras de peinados altos y sacos coquetos que encabezaron el *movimiento femenino*; a las modestas, fuertes, y prolijas dirigentes sindicales; a las intelectuales vestidas a la moda o las jóvenes estudiantes disciplinadas, combativas y solidarias, cuyo ejemplo emblemático fue Susana Pintos.⁷⁸ También protagonizaban las representaciones las heroicas guerrilleras internacionales cuya bravura y fortaleza las habría llevado a ofrendar su vida por la Revolución;⁷⁹ o las cubanas y soviéticas, integradas al mundo del trabajo, la cultura y la política, responsabilidades que cumplirían «siempre cantando, siempre animando la rueda, en general llevando con gracia y plena feminidad fuertes pantalones de trabajo, encantadoras, alegres y graciosas como siempre».⁸⁰

Las crisis y utopías de 1968 significaron el mayor número de afiliación de mujeres al PCU⁸¹ hasta el momento. Durante el quinquenio estudiados el PCU y el FideL, más que ninguna otra organización de izquierda en Uruguay nombraron a las mujeres, las definieron insistentemente y las invitaron a participar en las *comisiones femeninas*; en *El Popular* tenían habilitada una página semanal y las mujeres del FideL tuvieron su propia publicación denominada *Mujeres en Lucha*.⁸² Sin embargo, las entrevistadas coinciden en que subsistían grandes desigualdades entre varones y mujeres; en este sentido indagaré

⁷⁸ Estudiante y trabajadora comunista asesinada por la represión policial en el marco de una movilización en el centro montevideano el 21 de septiembre de 1968.

⁷⁹ *El Popular*, 14 de abril de 1968: 7. *El Popular*, 19 de mayo de 1968: 7.

⁸⁰ *El Popular*, 11 de enero de 1970, por Juan Carlos Urruzola, sobre las mujeres cubanas.

⁸¹ Según indica Rico *et al.* (2021), los ficheros del PCU incautados por el Servicio de Inteligencia señalan que entre 1921 y 1971 el 64,6 % de los afiliados eran varones, el 26,5 % mujeres, y se carecía de datos sobre el restante 8,7% (Rico 2021). Según el *Informe del Comité Central para el XX Congreso del PCU*, en 1968 el 31% de los ingresos al Partido fueron mujeres, ascendieron en 1969 al 34,7% y al 36,4% en 1970. Así mismo, el informe de Alberto Suárez a la Conferencia Nacional de Organización en 1973, indica que el 36% de los afiliados en 1972 fueron mujeres, de las cuales un 15% eran amas de casa. Cabe aclarar, que como señala Rico (2021) no existe consenso sobre el número real de afiliados y afiliadas al PCU antes del golpe de Estado, se encuentran cifras disímiles en la prensa y los organismos represivos.

⁸² Ni siquiera los anarquistas impulsaron comisiones ni publicaciones de mujeres, pese a ser pioneros en ese tipo de prácticas a comienzos de siglo. Los militantes de la Federación Anarquista Uruguaya argumentan que era innecesario, en la medida en que consideraban a las mujeres incluidas en el neutral «compañeros», en pie de igualdad respecto a los varones, aunque los testimonios demuestren que dicha igualdad era ilusoria (Birriel, investigación inédita.) Mencionar las prácticas de FAU resulta significativo en la medida que tenían una presencia destacable en el Cerro donde disputaban sentidos con el PCU.

los motivos y argumentos con que invitaban a las mujeres a militar, la caracterización que se hacía de ellas, y por qué la retórica de la inclusión no alcanzó para superar las asimetrías entre *compañeras* y *compañeros*.

Propongo comenzar analizando un fragmento de una oratoria pronunciada por Rodney Arismendi⁸³ al XX Congreso del Partido Comunista, porque condensa las ideas oficiales sobre los problemas que acuciaban a las mujeres, su atraso en términos de conciencia de clase, su potencial político y las estrategias pedagógicas para convertirlas en *camaradas*. Si bien la cita es larga, considero fundamental su reproducción:

Las mujeres han participado también de una manera muy destacada en estos años de lucha. Centenares de miles de mujeres son dolorosamente golpeadas por la crisis económica, por el deterioro de la enseñanza y la salud pública, que afectan la vida de sus hogares y el presente y futuro de sus hijos. Transformar la indignación y protesta espontánea que esta situación engendra en lucha consciente, en una comprensión justa de las raíces estructurales y políticas de esos problemas, superando dificultades objetivas muy grandes, derivadas de sus condiciones de vida como obreras, empleadas y amas de casa, y del lastre de ideas y prejuicios secularmente arraigados en su conciencia, es una tarea de primordial significación para el movimiento revolucionario. Ello exige de los hombres, para facilitar y estimular la intervención de las mujeres en todas las esferas de la vida social y política. La experiencia demuestra que cuando las mujeres alcanzan aquel nivel de militancia y conciencia, se transforman en una extraordinaria fuerza revolucionaria. (...) es preciso atender su transformación en militantes activos, dándoles ayuda expresa y elaborando las formas organizativas más adecuadas

⁸³ Teórico y secretario general del Partido Comunista del Uruguay entre 1955 y 1987.

para su encuadramiento, en especial con un amplio desarrollo de las agrupaciones femeninas.⁸⁴

De esta cita se desprenden varias líneas de análisis, que se anudan tanto con el pensamiento de los comunistas pioneros,⁸⁵ como con el contexto local de Arismendi.⁸⁶

Desde los orígenes del comunismo se planteó la necesidad de incorporar mujeres trabajadoras a sus filas. Se denunció la situación de doble opresión en la que ellas se encontraban, producto de la propiedad privada de los medios de producción (Engels y Marx, [1948], 1999; Bebel, [1879] 1976; Engels, [1984], 2006), premisa que vertebró el pensamiento del CI y del PCU durante todo el siglo XX. Destacadas *camaradas* teorizaron sobre la liberación de las mujeres, propusieron temas para la agenda comunista, y consagraron un determinado modelo de *camarada mujer* al tiempo que tomaron distancia del *feminismo burgués* enfatizando en que «(...) sus condiciones están estrechamente ligadas a las condiciones de toda la clase trabajadora, y sólo la victoria de la clase trabajadora, del proletariado, puede liberar a las mujeres» (Krupskaya: 1899 [1970]: 12).

Históricamente, en los esfuerzos por incluir a las mujeres convergieron varios factores: el deseo de liberarlas de su doble condición de explotadas (Krupskaya; 1899 [1970]: 16), la gran potencia revolucionaria que dicha condición supuestamente les confiere, la necesidad de contar con sus fuerzas durante el proceso revolucionario —y posteriormente productivo— y evitar que su conciencia limitada al hogar perjudique la militancia de los hombres (Lenin, 1924; Krupskaya: 1899 [1970]: 32). Puntualmente en Uruguay, donde el voto nacional femenino se conquistó en 1932⁸⁷ y donde las mujeres

⁸⁴ Resolución general del XX Congreso del PCU (1970) sección IV. Por un amplio y poderoso Partido Comunista, en *Cursos de educación Partidaria*, selección de textos, Tomo 1 s/f p.41 y 42.

⁸⁵ Refiero a aquellos comunistas de fines del siglo XIX y comienzos del XX, que sentaron las bases del ideario comunista y cuyas propuestas frecuentemente eran retomadas en la prensa y discursos del PCU o formaban parte de su biblioteca. Entre ellos se destacan Karl Marx, Friedrich Engels, August Bebel, Vladimir Lenin y Nadezhda Krúpskaya.

⁸⁶ Procuraré seguir el rastro de los hilos discursivos en contrapunto con las propuestas del CI y con la estrategia del PCU, para ello sacrificaré el orden en que las ideas aparecen en el texto y así respetar el orden diacrónico de las nociones.

⁸⁷ Uruguay fue el primer país latinoamericano donde las mujeres pudieron votar. En 1927 algunas sufragaron en un plebiscito municipal; y si bien en 1932 se aprobó su capacidad de votar a nivel nacional, debido a la dictadura de Terra debieron esperar a 1938 para ejercer ese derecho.

constituían la mitad de la población, disputarse su simpatía también era una necesidad parlamentaria.

En los años sesenta, los discursos para invitar a las mujeres ponían un fuerte énfasis en su sensibilidad y en su rol materno:

particularmente sensibles a las repercusiones de la crisis, especialmente en la carestía de la vida y a su incidencia negativa sobre el bienestar físico, la salud y las posibilidades educativas de sus hijos, en determinadas condiciones ellas dan prueba de su combatividad, espíritu de sacrificio y eficacia en la acción política. (Arismendi: 1966)⁸⁸

Según estos argumentos existe una sensibilidad femenina concreta vinculada directamente al cuidado de otros. La crisis generalizada habría generado lo que la psicóloga española Victoria Sau (1997 y 2004) denomina «vacío de maternidad», en tanto imposibilidad de decidir y gestionar la vida familiar, tal como se espera. Así, me atrevo a arriesgar que, siguiendo la lógica de los discursos analizados, luchar contra esa crisis sería la forma de reafirmar y trascender el rol materno.

En coherencia con los planteos expuestos por Arismendi, las entrevistas realizadas casi semanalmente en la página «Para la mujer y el hogar», aluden a un itinerario militante que comenzaba a raíz de las penurias familiares provocadas por la carestía y la represión, para dar paso a la toma de conciencia en el encuentro con las *compañeras*. Finalmente, el último eslabón de esta evolución política era el reconocimiento del marxismo como la doctrina capaz de interpretar y transformar el mundo y de garantizar un futuro feliz y libre para los pueblos.

La postura de Arismendi parte de considerar a las mujeres rezagadas política y culturalmente, a causa de «la absorción por las tareas domésticas, los desniveles culturales, la falta de independencia respecto al hombre» (Arismendi: 1966), idea que parece heredada de Engels (1884)— las causas de ese «retraso» se encuentran en las condiciones de vida y no en la naturaleza. Comulga con el tradicional anhelo comunista de convertirlas en *compañeras*, ya sea integrándolas a las organizaciones de masas mixtas, o creando comisiones femeninas tal como preveían los Estatutos del PCU,

⁸⁸ Proyecto de resolución general del XIX Congreso del PCU. *Estudios*, n.º 40, marzo-junio 1966: 40.

«cuando así lo determinen las dificultades de participación regular en las comisiones».⁸⁹ Para facilitar la concurrencia, estas funcionaban en horarios armónicos con las tareas domésticas y realizaban actividades acordes a los roles de género y adecuadas a la presencia de niños.

El lenguaje popular distinguía como «las femeninas» a quienes ocupaban dichas comisiones, etiqueta que aludía más a las estrategias y preocupaciones políticas que adoptaban que a los estereotipos de género reflejados en la vida privada o en la estética. En adelante utilizaré esta distinción en el mismo sentido que la utilizaron las entrevistadas; y artificialmente mencionaré como «no femeninas» a quienes ocupaban espacios mixtos.

Resulta revelador analizar la evolución de las propuestas respecto a las *camaradas* en los Congresos, la máxima instancia del PCU. Durante el XVII Congreso (1958), se manifestó que el Partido debía asumir la responsabilidad inaplazable de fortalecer un movimiento femenino amplio en torno a temáticas como la defensa de la paz, las mujeres, las infancias y las familias. Se conminaba a las *camaradas* a organizar espacios femeninos en sus localidades y organizaciones de base. En 1966, el XIX Congreso redobló la apuesta, señalando la necesidad de ampliar la participación de mujeres en todas las organizaciones de masas, no solo en las femeninas. No obstante, el XX Congreso (1970) fue mucho más radical al sostener que la atención al movimiento femenino y a la organización de las mujeres dentro del PCU era una gran tarea del momento que demandaba promover a miles de mujeres en todas las direcciones partidarias (Arismendi: 1970 [1988], 206); incluso en el Comité Central.

Es probable que este interés creciente por la participación de las *camaradas* y el énfasis puesto en la necesidad de incorporarlas en espacios mixtos, y finalmente jerárquicos, haya tenido que ver con el deseo de encuadrar el aumento de mujeres militantes en general, y de *aggiornarse* a las nuevas pautas, según las cuales las *compañeras* pretendían militar a la par de los varones, despreciando los espacios «femeninos».⁹⁰

Cabe señalar, que el PCU impulsó la creación de comisiones con mujeres variopintas, sobre todo al influjo de la política de Frentes Populares inaugurada por el Comunismo

⁸⁹Estatutos del PCU aprobados en el XVII Congreso (1958), art. 36.º. Publicado en *Revista Estudios* (1963 y 1966).

⁹⁰ De Giorgi (2017) identificó que en el periodo aquí estudiado ya habían culminado los «años dorados» de la militancia en clave femenina en el PCU, el cual había coincidido con las dos legislaturas de Arévalo,

Internacional antes y durante la II Guerra Mundial, según la cual los Partidos Comunistas propiciaron estructuras pretendidamente autónomas dónde generar un efecto derrame de sus principales ideas y luchas (Valobra, 2014 y 2017). Dichas comisiones organizaban eventos y desarrollaban tareas de *ayudismo* en apoyo a los Aliados, (Leibner, 2005; De Giorgi, 2017) convergiendo tras el final de la contienda en la Federación Democrática Internacional de Mujeres (FEDIM)⁹¹ (Valobra, 2010 y 2014; De Haan, 2017; De Giorgi, 2017); a cuyo congreso fundacional concurrió una delegación del PCU encabezada por Julia Arévalo (De Giorgi; 2017).⁹²

Por otro lado, en el marco de la mencionada política de Frentes Populares, y en el afán por lograr la unidad con otras izquierdas, el PCU impulsó la creación del Frente Izquierda de Liberación en 1962.⁹³ El Partido tuvo una clara influencia dentro del FideL, al que incluso derivó militantes orgánicos para dirigirlo. En su seno también se crearon comisiones femeninas que coordinaron actividades con una plétora de organizaciones femeninas surgidas tras la declaración de Medidas Prontas de Seguridad el 13 de junio de 1968, y el asesinato de Liber Arce el 14 de agosto del mismo año. Estas decían congregarse a mujeres sin distinción filosófica, política, religiosa o de clase, contra la gestión de la crisis económica y política⁹⁴ que, al afectar a sus hogares, a sus familias y a la juventud en general, las empujó a convertirse en *actoras*.⁹⁵

Encontramos figuras como Julia Arévalo o Irene Pérez⁹⁶ integrando o acompañando las más diversas actividades de estas agrupaciones, mientras *El Popular* y *Mujeres en*

(1943-1947 y 1947-1951). Así mismo, la investigadora vincula su decadencia con la caída del prestigio del CI en la Federación Democrática Internacional de Mujeres (FEDIM.)

⁹¹ Fue convocada por la Unión de Mujeres Francesas y contó en su primer encuentro con la participación de unas mil mujeres de más de 40 países (Pieper Mooney; 2013 en Valobra 2014 y 2017). Su primera presidenta fue la comunista francesa Eugenia Cotton (1881-1967). No es un dato menor que en 1977 Julia Arévalo fue designada secretaria vitalicia de la FEDIM.

⁹² El proceso de investigación sugiere que la FEDIM debe ser tenidas en cuenta como espacio supranacional que favoreció el trasiego de propuestas políticas y representaciones sobre las mujeres, especialmente en la medida en que, desde *El Popular*, se anunciaron y resumieron todos sus congresos. Sin embargo, resulta innecesario detener el análisis en esas instancias, en la medida en que, en mi periodo de estudio, el PCU mantuvo un vínculo más nominal que real con la FEDIM.

⁹³ El XVI Congreso del PCU (1955), afirmó que la revolución uruguaya tendría una primera etapa democrática en la cual se necesitaría de una alianza con sectores más diversos con el PCU como vanguardia.

⁹⁴ Entre ellas encontramos las coordinaciones de esposas de los detenidos de AUTE o de AEBU, el Comité Femenino de la CNT, Comisiones Femeninas de diversos sindicatos o el Movimiento Nacional Femenino por la Justicia y la Paz Social (MNFJPS).

⁹⁵ *El Popular*, 19 de agosto de 1970, Arévalo, J.

⁹⁶ Obrera textil, miembro del Comité Ejecutivo del PCU y del Secretariado del MFJPS

Lucha sistemáticamente cubrieron sus actividades y resoluciones, lo cual evidencia que estos espacios pretendidamente «apolíticos» tenían estrechos vínculos con el PCU y el FideL.

Cabe señalar que dichas comisiones coordinaron, organizaron y/o acompañaron diversas actividades en el Cerro durante el conflicto frigorífico de 1969.

En 1971, muchas se fundieron creando el Coordinador femenino del Frente Amplio,⁹⁷ coalición que postuló mujeres a espacios típicamente masculinos. En ese año fue electa como concejal del Cerro, una de mis entrevistadas, la militante comunista Mariana.

El gran logro de los espacios femeninos fue ubicar a las mujeres como agentes políticos, y encontrar a las orgánicas con las inorgánicas, propiciar que se politizaran, que sumaran a la estrategia de la izquierda y transformaran sus condiciones cotidianas en la medida en que organizaron debates y movilizaciones.

No obstante, según las entrevistadas, en el PCU/FideL las comisiones femeninas no resolvían nada sin el aval del Comité Ejecutivo, dirigido por los varones. Por otro lado, tal como demostró Navailh (2018) para el caso soviético, los espacios femeninos eludían los debates profundos sobre las desigualdades entre varones y mujeres en la medida en que consideraban a las luchas feministas como desviaciones burguesas que perjudicaban la Revolución. La comunista uruguaya Moriana Hernández señaló así mismo que estos espacios «solían reafirmar el rol clásico de las mujeres, en una estructura clásicamente machista».⁹⁸

Las mujeres se integraron a una lucha dirigida por varones que se definían como «hombres comunes, sencillos, y alegres. [que aman] el pan, el vino, la alegría de vivir, las mujeres y los niños...». Como señala Silva (2009), en estas líneas probablemente hayan buscado mostrarse gustosos de los mismos placeres triviales que «la gente común», pero la frase tiene una potencia radical para pensar a las comunistas, en tanto define al sujeto revolucionario en masculino, consagra la heteronorma, y ubica a las mujeres como sujetos deseables y siempre junto a los niños, consolida el mandato de feminidad para todas las *camaradas* y el lugar subsidiario de las mujeres dentro del modelo androcéntrico.

Tal como demostró Hobsbawm para el CI (2012), pese a las intenciones declaradas de integrar a las mujeres a la lucha, en general ellas no accedieron a las primeras filas, y

⁹⁷ Coalición progresista fundada en 1971 para las elecciones del mismo año, en las que obtuvieron un 18% de aprobación ciudadana.

⁹⁸ Citada por Rico, A. (2021:816)

el PCU no parece haber sido la excepción, resultando que, en la distinción entre cuadros y masas, las mujeres quedaran relegadas al anonimato de las masas.

«Al Partido, *salú*, aquí está la juventud»⁹⁹

Varias de las entrevistadas iniciaron su militancia en la Unión de la Juventud Comunista, reactivada en 1955 como una organización marxista leninista de vanguardia que:

eduque a los jóvenes en la lucha de clases y el internacionalismo proletario, en el ejemplo de la Unión Soviética (...) [atendiendo a] las formas más diversas de la actividad juvenil (la cultura, el deporte, las atracciones propias de los jóvenes, etc.). (Arismendi; 1955:32)

La UJC tenía su sede central en la calle Canelones 1435 (barrio Sur) y seccionales barriales desde donde articularon acciones entre obreros y estudiantes, en cuyas actividades de camaradería convergieron jóvenes de distintos estratos sociales (Leibner; 2011). Como toda organización juvenil, creció exponencialmente hacia 1968. Todo indica que en su seno no hubo agrupaciones estrictamente femeninas y de hecho tienen un discurso mucho más neutro que el elaborado en el PCU,¹⁰⁰ pese a que tempranamente podemos encontrar la presencia de *compañeras*.¹⁰¹

Si bien la UJC se autopercibía como «la savia nueva que renueva constantemente a la humanidad»,¹⁰² lejos de buscar un quiebre drástico con las generaciones adultas, propusieron el encuentro más allá de las diferencias generacionales ya que su prioridad era construir la unidad obrero-estudiantil. El cambio respecto a las generaciones anteriores radica, justamente, en que las muchachas se acercaban a los espacios mixtos, despreciando la militancia femenina (De Giorgi: 2018), como manifestó Teresa: «nosotras (...) queríamos ser revolucionarias, armas, lucha clandestina... Nuestros

⁹⁹ Frase con la que las Juventudes Comunistas del mundo saludan a los Partidos Comunistas.

¹⁰⁰ Ninguno de los documentos relevados (Juventud 65', UJOTACÉ, Estatutos de la UJC, y el documento *UJC escuela del comunismo*, elaborado por el gobierno de facto) mencionan la presencia de comisiones femeninas, o una preocupación por elaborar una agenda femenina.

¹⁰¹ Por ejemplo, al Congreso en Varsovia de la Unión Internacional de Estudiantes, realizado en 1955 concurrieron cinco mujeres y cinco varones.

¹⁰² *El Popular*, 12 de julio de 1968. El debate generacional puede verse en *Marcha*, 4 de setiembre de 1970: 4, 17 de agosto de 1968, p: 5; así mismo fue analizado por Markarian (2012).

modelos eran hombres (...) Si vos preguntabas: “¿Vos a dónde querés ir? ¿A la FDIS o a la Sierra Maestra? No, yo a la Sierra Maestra, ahí está la libertad; allá no”». ¹⁰³

En este sentido, las entrevistadas del Cerro desestimaban los espacios femeninos como lugares donde se preocupaban de «cosas de mujeres, no de la Revolución», ¹⁰⁴ en el entendido de que para hacer la Revolución debían luchar a imagen y semejanza de los varones (De Giorgi: 2015 y 2020).

La agenda de la UJC contempló una serie de reivindicaciones estrictamente público-políticas, centradas en la lucha anticolonialista, y antirepresiva, la defensa de la educación pública y la plataforma de la CNT, sin incorporar los reclamos generacionales que sacudieron con mayor fuerza en otras latitudes. ¹⁰⁵ Recientes investigaciones (Markarian 2011, 2011 b, 2012; De Giorgi 2011), permiten asegurar que en los márgenes de la UJC/PCU había lugar para cierta diversidad cultural y moral; sin embargo, según los testimonios recabados para esta tesis, dichas expresiones no tuvieron resonancia en el Cerro. Puntualmente, la juventud del Cerro romantizaba el mundo obrero, admiraba a los dirigentes, asistían presurosos a sus charlas y acompañaban sus ocupaciones y marchas. No alcanzaba con vender la fuerza de trabajo, había que parecerse a los obreros, tener sus mismas preocupaciones e intereses, el resto era cosa de *burguesitos* y los problemas de índole moral no se resolvían en la arena pública. ¹⁰⁶

Mujer no se hace, se nace¹⁰⁷

El psicólogo Enrique Sobrado ¹⁰⁸ contradujo, con argumentos biológicos, a la feminista francesa Simone de Beauvoir (1949) en *El Popular* sosteniendo que, «“Mujer no se nace, se hace” afirmación totalmente existencial (...) cuando las últimas investigaciones

¹⁰³ Citado por De Giorgi (2018:90). «Teresa» es un seudónimo utilizado por la autora de esta tesis.

¹⁰⁴ Mariana, entrevista realizada por la autora, 2020.

¹⁰⁵ *Juventud 65'*, mayo de 1965: 31; «VII Congreso de la UJC (1969)» en *El comunismo tiene la respuesta* (1984): 11; *UJOTACÉ*, 15 de agosto de 1970: 8; *Marcha* (17 de mayo de 1968: 5).

¹⁰⁶ Ver *Marcha* 17 de mayo de 1968: 5 y 14 de junio de 1968: 8.

¹⁰⁷ Reversión del original «No se nace mujer, se llega a serlo», acuñado por Simone de Beauvoir en su libro *El segundo sexo*. Enrique Sobrado, *El Popular* (mayo, 1972).

¹⁰⁸ Prestigioso psicólogo que escribió varios libros y artículos en *El Popular*, que eran tenidos en cuenta por los lectores preocupados por el desarrollo de los niños y jóvenes, así como de la sexualidad.

endocrinológicas podrían contestarle que es absolutamente al revés».¹⁰⁹ Así mismo, en el cierre del XX Congreso del PCU, Arismendi describió a las mujeres tal cual el modelo hegemónico: tiernas, a la espera y de ojos hermosos, al sostener que los comunistas:

[sienten] la vida en la audacia del joven que desafía la rémora del pasado, en los ojos relucientes y hermosos de las muchachas, en la ternura de la madre que carga a su hijo en hombros en las manifestaciones, o espera al muchacho que vuelve magullado, o no vuelve de la acción callejera. (Arismendi, Congreso 1970 [1988]: 215).

Una y otra vez el discurso que invita a las mujeres a organizarse se encuadra en representaciones que las ubica en un lugar casi pasivo, de espera, lejos de los enfrentamientos callejeros que idealmente debían ser un espacio masculino. La serenidad, la belleza, la generosidad, la suavidad, la humildad y el martirio fueron atributos siempre destacados en los discursos que definían a las *compañeras*.

De todas las edades, provenientes de distintos estratos sociales, abocadas a diversas funciones políticas, madres o no, todas parecían compartir una «naturaleza femenina».

La belleza física, nunca mencionada para los varones, se definía cada semana en la página «Para la mujer y el hogar» como un modelo cuidado y delicado, caucásico y delgado, coincidente con el modelo que mostraba la prensa comercial consumida por los estratos medios; incluso fuera de la página, se cubrieron innumerables certámenes de belleza.¹¹⁰ La intención implícita de esas publicaciones probablemente fuera parecerse al resto, pero generó el mismo efecto que la prensa de moda: estandarizar la belleza, y objetivar los cuerpos.

Como ya fue sugerido, tanto el análisis de documentos, como las entrevistas insinúan que consideraban a las mujeres innatamente inclinadas a los cuidados, cuyo destino manifiesto y función principal era la maternidad, mandato vehiculizado a través de una retórica mesiánica, tal como fue señalado en *El Popular*:

Las leyes de la naturaleza le han dado a la mujer la misión de parir con su sangre el nuevo ser que se engendra en sus entrañas; hay entrega con felicidad, hoy cada

¹⁰⁹ Fragmento de artículo publicado en *El Popular*, 12 de mayo de 1972: 9. Su propuesta refirma la perspectiva que esencializa a las mujeres, confirmando que estarían [estaríamos] determinadas biológicamente, en coherencia con la visión hegemónica y patriarcal del momento.

¹¹⁰ Las nietas de Julia Arévalo fueron miss Uruguay: Julia Möller Roche en 1969 y Cristina Möller Roche en 1972.

vez más la mujer reclama un lugar para una mayor entrega. Aunque esta le traiga dolor no sólo quiere alumbrar un nuevo ser, quiere alumbrar también una nueva humanidad.¹¹¹

La reiterada analogía parir hijos/parir un mundo nuevo subraya que al igual que el parto, la Revolución es dadora de vida; se realiza con sacrificio y dolor, y promete la felicidad de construir un futuro mejor.¹¹² Así mismo, la militancia parece ser el resultado lógico y supremo de las responsabilidades maternas «yo he sostenido que la política constituye para la mujer la culminación de la maternidad, una trascendencia». Un sucinto recorrido por las publicaciones del Partido y afines,¹¹³ nos permite visualizar que, a lo largo del siglo las mujeres fueron invitadas a participar en su rol materno, vinculado siempre a los cuidados, la felicidad de los niños, sus hogares y la defensa de la paz.¹¹⁴ En primera instancia parece que las responsabilidades político-sociales emanadas de la maternidad dotaran de poder a estas mujeres, pero a su vez, su naturalización las encapsulaba en horizontes y deberes limitados a su condición de mujeres/madres, cercadas en la maternidad como lugar político.¹¹⁵

Este ahínco en la maternidad ofrece varias lecturas. En primera instancia era entendida en el CI como un deber social; ya que se consideraba a las madres como el pilar fundamental de las familias, y a las familias como la célula de la sociedad. Si bien los comunistas fueron sistemáticamente acusados de querer terminar con los lazos familiares, siguiendo a Engels (1884), lo que anhelaban era poner fin a la familia como institución burguesa. Sin duda, la familia como ente lequía fue instrumentalizada por las izquierdas y derechas del mundo, al presentarse ambas como sus defensoras. La maternidad era buena auspiciante para una organización acusada de llevarse niños secuestrados a la URSS; por eso, cuando Mariana subía a los escenarios embarazada, de cara a las elecciones de 1971,

¹¹¹ *El Popular*, 29 de septiembre de 1968.

¹¹² En el sentido común de las izquierdas montevidéanas, el sacrificio y el dolor integraban la ética del buen militante, daban autoridad moral y dignidad, mientras prometían conquistar el resultado esperado, a modo de acción/reacción.

¹¹³ Modelo que atraviesa la prensa comunista a lo largo del siglo XX, algunos ejemplos ilustrativos son *Nosotras*, *Justicia*, *El Popular*. Así mismo, *Mujeres en Lucha* y los boletines de UFU, independientes pero cercanos al PCU manejaba el mismo estereotipo.

¹¹⁴ *El Popular*, 23 de marzo de 1971, doctora Corina Sosa.

¹¹⁵ Este proceso no es exclusivo del Comunismo, tal como demostró Peruchena (2021) para el Batllismo.

implícitamente se aclaraba que el Partido no era un peligro para los niños, como el anticomunismo difundía.¹¹⁶

Es probable también, que buscaran el respeto de la opinión pública y persuadir a otras mujeres para quienes el rol materno era prioritario y solían carecer de experiencia política.

No obstante, interpreto que también se autopercebieron principal y sinceramente como madres cuya misión era salvar a los niños y las familias. En este sentido sus argumentos son vertebrados por la naturalización de los atributos y responsabilidades maternas.

Canónico fue el caso de Doña Josefina Restuccia, «la madre de Liber Arce»,¹¹⁷ que «siguiendo los pasos de su hijo», se afilió al PCU en 1970, y llamó a todas las mujeres a unirse como «única forma de legarles a nuestros hijos un futuro venturoso».¹¹⁸ De alguna manera este discurso habla de un nuevo nacimiento —simbólico— en el que el martirio de los hijos pare una nueva madre, esta vez comprometida con las causas de su tiempo.

Si bien, las entrevistadas aseguran que la mayoría de las mujeres jóvenes inauguraron el carnet de afiliación antes que la procreación. «La mujer no solo es madre porque concibe un hijo, sino porque es capaz de crear un mundo que pueda ser habitable. La política es la que crea las condiciones para que el mundo sea habitable».¹¹⁹ Así, la maternidad como emblema podía ser real o simbólica en dos sentidos, por un lado, las jovencitas eran potencialmente madres que estaban exteriorizando sus «cualidades innatas» vinculadas a garantizar la reproducción de la vida de otros. Y, por otro lado, era simbólica en la medida que la construcción del sujeto político implica una generalización abstracta, no importan tanto las madres concretas sino la maternidad como símbolo.¹²⁰

En conclusión, tanto los discursos de los dirigentes, como de *El Popular* y *Mujeres en Lucha*, fueron correas de transmisión de un modelo versátil de mujer militante, en cuyo núcleo compartido podemos encontrar una «esencia femenina» coherente con el

¹¹⁶ Mariana, *op. cit.*, 2020.

¹¹⁷ *El Popular*, 14 de agosto de 1969:12.

¹¹⁸ *El Popular*, *op. cit.*

¹¹⁹ *El Popular*, 23 de marzo de 1971, doctora Corina Sosa.

¹²⁰ Este sentimiento era compartido por otras filas de intención revolucionaria; por ejemplo, la anarquista Ana Amorós recuerda que, en el marco del día de la madre, Ivonne Trías regaló unas pequeñas tarjetas con la leyenda: «Porque madres somos todas, porque madre no es parir, madre es construir un mundo mejor para todos los niños» (entrevista realizada por la autora, junio 2017. Investigación inédita).

estereotipo hegemónico. La maternidad —real o simbólica— define a las mujeres y justifica su militancia, en concordancia con los postulados del CI.

«Por todos los hijos, todas las madres»¹²¹

En este apartado, propongo indagar cómo los comunistas sintetizaron en clave barrial las nociones hasta ahora desarrolladas, a través del análisis de su participación y discursos en torno al Comité Femenino del Cerro (CFC), durante el año 1969.

En los primeros días de agosto de 1968 fue decretado el cierre del Frigorífico Nacional (Frigonal), desde entonces su planta fue asiduamente ocupada por los trabajadores, y los enfrentamientos con la policía y los militares cada vez más violentos. El gobierno suspendió el pago de sueldos y aguinaldos, y decretó la intervención del Frigonal despojándolo del monopolio del abasto de carne, en beneficio de la industria privada. Me interesa señalar que, además de que fue un conflicto realmente grave en el barrio, la industria cárnica era un sector estratégico para el PCU, que reclamaba su nacionalización.¹²²

Durante el conflicto, los friyeros organizaron campamentos y ollas sindicales, ocuparon las plantas frigoríficas, realizaron mitines y movilizaciones casi cotidianamente, que en ocasiones culminaron en violentos enfrentamientos con la policía.¹²³ El neutral masculino «friyeros» omite que algunas funciones las cumplían mujeres —en el sector tripería, conservas, etiquetado, envasado, costura etc.—, con los laudos más bajos de la industria y en pésimas condiciones (Siola; 2019). Muchas de estas *friyer*as estuvieron presentes en el conflicto que atravesó cuatro duros meses, junto a las familias de los obreros y a vecinas solidarias. En este sentido, Rodolfo Porrini (2018) señala, a partir del análisis fotográfico, la presencia de las mujeres en tres niveles: en la retaguardia, en movilizaciones mixtas y en movilizaciones exclusivas de mujeres y niños. Las entrevistadas para la presente tesis, confirman que «en la retaguardia» las cerrenses

¹²¹ Consigna utilizada por las mujeres del Comité Femenino del Cerro durante el conflicto friyero del año 1969.

¹²² Declaración programática del PCU, 1958 y 1963, Ed. Revista Estudios: 17. Ver Gutiérrez (1971) *Los frigoríficos, prontuario para su nacionalización*. Ed Pueblos Unidos.

¹²³ Ver *El Popular* 3 de junio de 1969: 1 y 12 y *El Popular* 16 de junio de 1969: 12.

incursionaron o aumentaron las *changuitas*, acercaron la vianda al marido o al vecino ocupante y se turnaron para cuidar a los niños, como hicieron las madres de casi todas las entrevistadas. También participaron de movilizaciones en apoyo al conflicto, como Juana¹²⁴ quien recuerda el miedo y el orgullo que sintió la tarde que formó parte de una barricada de estudiantes acostados y desarmados, en el afán de cerrar el paso a los tanques militares que nunca llegaron.

Al nombrarlas, Porrini hace un guiño a las mujeres olvidadas de las luchas obreras, pero no destaca que su función reproductiva y solidaria fue una expresión militante fundamental para sostener la participación sindical. Por otro lado, pasa por alto la existencia del CFC, creado un año atrás por el Movimiento Nacional Femenino por la Paz y la Justicia Social (MFJPS),¹²⁵ y apoyado activamente por diversas organizaciones como el Comité Femenino del FideL, y del PCU y la Iglesia Metodista.¹²⁶

A pesar de que no hubo una comisión femenina del Partido con base en la Villa, allí se hicieron presentes las Comisiones Femeninas del PCU y del FideL, sobre todo apoyando el campamento mencionado. Si bien la mayoría de mis entrevistadas no conocieron este campamento, conviene rescatarlo en la medida en que fue explícitamente apoyado por el Partido y por el FideL. Estuvo integrado por mujeres comunistas como Genoveva y Olga Lordón, incluso fue visitado por alguna de las jovencitas entrevistadas como Luisa. Así mismo, condensó representaciones de género permanentemente evocadas en *El Popular*.

En los albores del conflicto frigorífico, el CFC convocó a mujeres de diversos barrios y sindicatos, amas de casa y estudiantes de diferentes filas políticas, a una asamblea en el Cerro, donde resolvieron el apoyo activo a las movilizaciones¹²⁷ y al campamento que las

¹²⁴ Entrevistada por la autora, *op. cit.* Ver nota al pie 52.

¹²⁵ Liderado por la intelectual cercana al PCU Lil Gonella de Chouy Terra e integrado por mujeres del PCU como Irene Pérez. Surgió a partir de la inquietud de mujeres de diversas filas filosófico-políticas que, en el velorio de Liber Arce, comenzaron a intercambiar sobre la necesidad de crear un movimiento desde donde gestionar sus preocupaciones respecto a la represión y la violación a los derechos democráticos. Principalmente fue integrado por mujeres de edad adulta, muchas de las cuales eran madres, condición del epicentro de su retórica. Solían provenir de estratos medios, pese a lo cual, acompañaron siempre las luchas obreras. En 1969 fue la primera organización no obrera en leer una proclama el 1.º de mayo (Terra: 2008). Organizaron una plétora de actividades solidarias y movilizaciones que tuvieron una presencia destacada en *El Popular*, articularon diversas actividades con el Comité Femenino del FideL.

¹²⁶ Una de las carpas incluso era de esta iglesia, según informa *Marcha* (23 de mayo de 1969: 9).

¹²⁷ Esta forma de organización no fue exclusiva de Montevideo, sino que el 5 de junio, por iguales motivos, las mujeres friyeras, esposas de friyeros y otras *compañeras* solidarias de Fray Bentos emprendieron una larga y sacrificada caminata a pie, un día después de que los varones hubieran emprendido el periplo (Archivo personal de Juan Carlos Mechoso).

locatarias del tenían previsto.¹²⁸ Desde entonces, *El Popular* convocó y difundió sus actividades con notorio entusiasmo y entrevistó a sus integrantes frecuentemente evocando un discurso de fuerte raigambre maternalista.

El Comité Femenino del Cerro montó el campamento el 20 de mayo —y atravesó el invierno entero—, en la intersección de Grecia y Perú,¹²⁹ encabezado por la consigna: «Por todos los hijos, todas las madres unidas, junto al gremio de la carne».¹³⁰ Al día siguiente el cantón ocupó la portada de *El Popular*: una veintena de mujeres y niños, acompañados de pocos hombres posan bajo una pancarta con la consigna mencionada, pese a que el Poder Ejecutivo había decretado su disolución.¹³¹ Uno de los hombres lee *El Popular* en el momento exacto que la cámara dispara su *flash*, imagen que revela la correspondencia entre el apoyo del PCU a la medida, tanto como la estima del campamento al Partido.

Allí sostuvieron cotidianamente una olla sindical¹³² para las mujeres y niños hambreados por la crisis,¹³³ y organizaron actividades dedicadas al cuidado, la educación y la alegría de los más pequeños.

La mesa de la olla sindical es, sobre todo, un lugar político; allí se enfrenta el hambre, se discute de política, se reparten tareas y se vive la solidaridad en primera persona.¹³⁴ La olla genera la construcción de nuevos vínculos: «muchas antes no nos conocíamos, ahora somos como de la familia»¹³⁵ señaló una jovencita de 15 años.

Según retrató insistentemente *El Popular*, allí se cruzó quien tenía un discurso político finamente elaborado con quien se mantenía al margen de esos debates, quien tenía trayectoria militante, con quien por primera vez participaba de un proyecto colectivo;

¹²⁸ *El Popular*, 3 de mayo de 1969: 1.

¹²⁹ Según informa *El Popular*, era un terreno privado cedido por una señora para erigir el campamento (21 de mayo de 1969: 12).

¹³⁰ *El Popular*, 21 de mayo de 1969:1.

¹³¹ Había cuatro campamentos más organizados por el Plenario de Organizaciones de la Carne desde donde se organizaban actividades de protesta y se alimentaba a unas 500 personas al día (*Marcha*, 23 de mayo de 1969: 9) Aduciendo que esos espacios generaban desorden y que atacaban la libertad de trabajo, el gobierno decretó su disolución.

¹³² Si bien en ese momento la prensa la consignó como «olla sindical», se asemejó más a lo que hoy denominamos «olla popular», en la medida en que no estaba gestionada por sindicatos sino por un comité que integraba sindicalistas, amas de casa y estudiantes.

¹³³ Según *Izquierda* allí se alimentaban unas 80 personas al día (30 de mayo de 1969: 8).

¹³⁴ Véscovi (2015), explica la importancia de las ollas sindicales como un lugar de intercambio y encuentro entre distintos sectores sociales, que impactó en la vida cotidiana de quienes las integraron.

¹³⁵ *El Popular*, 15 de junio de 1969, por Marisa Cedrés, alumna de la Escuela Industrial: 7.

ávidas lectoras con analfabetas. En este sentido, señala Terra (2008), que esta experiencia fue fundamental para diluir prejuicios entre las mujeres de distintos estratos sociales, que desde entonces comenzaron a encontrar puntos en común. Se estructuraron asambleas y se establecieron comisiones —propaganda, organización y finanzas—, así se instauró el hábito del trabajo colectivo y horizontal en quienes estaban acostumbradas a resolver sus problemas «a su manera» dentro de las puertas del hogar; para algunas puede haber sido la primera vez que tuvieron actividad social lejos del control de su marido y que estuvieron tantas horas fuera de su vivienda.

Las movilizaciones fueron constantes, tanto barriales como extraterritoriales. La primera antecedió al campamento y se citó para el 5 de mayo, a unos doce kilómetros del barrio, en la zona más céntrica y simbólica de la ciudad. Las mujeres cerrenses y las *compañeras* de las organizaciones femeninas mencionadas en el apartado anterior, se dieron cita en la Plaza Libertad, punto emblemático de la ciudad por su nombre y por ser el escenario de innumerables movilizaciones. Marcharon hacia el Palacio Legislativo reclamando la carne, denunciando la rebaja salarial y autorepresentándose como «las compañeras de los trabajadores frigoríficos en pie de lucha».¹³⁶ Así mismo, acompañaron las actividades convocadas por el MJPS, por las esposas de los presos, y por la CNT (Terra; 2008).

En todas estas acciones se destaca la compañía de los hijos, pequeños que aún iletrados cargaban carteles reclamando «quiero mi churrasco», o «viva la huelga».¹³⁷ La presencia de los niños tiene una doble lectura: por un lado, el hecho concreto de que no tenían con quién dejarlos y por otro, el intento de reafirmar que estas movilizaciones eran exclusivamente en defensa de su bienestar, como una responsabilidad inherente a la maternidad, tal como sostuvo Elsa Méndez en *El Popular*:

Gran mérito le cabe a la mujer, que se plantó en defensa de la seguridad de su hogar y el bienestar de sus hijos. La fuerza de las madres, cuando se trata de defender y proteger la vida que gestaron es invencible.¹³⁸

La ausencia de actas y testimonios, no permiten descubrir tensiones y conflictos que probablemente hayan existido, ni charlas íntimas que se puedan haber desarrollado; sin

¹³⁶ *El Popular*, 6 de mayo de 1969.

¹³⁷ *El Popular*, 28 de mayo de 1969: 1 y 11.

¹³⁸ *El Popular*, 1 de junio de 1969, por Elsa Méndez: 7.

embargo, el material disponible en prensa alcanza para considerar que este espacio fue significativo para las mujeres que lo integraron, ya que las movió de sus derroteros tradicionales, tal como confirma Luisa en nuestra entrevista.¹³⁹

Luego de cuatro meses de conflicto sostenido, se logró una compensación de cinco mil pesos en lugar de la carne, tanto para los obreros activos como para los que estaban a la orden,¹⁴⁰ así como préstamos para paliar la situación provocada por la crisis y el conflicto. A partir de esto, se levantó el campamento del CFC. Sin embargo, los acuerdos no fueron respetados y el conflicto fue retomado. Los años entrantes siguieron siendo de miseria y represión para el Cerro, de hecho, el Frigonal fue desarticulado.

Luego de aquel conflicto invernal de 1969, el diario comunista continuó informando sobre las luchas en la industria cárnica, pero misteriosamente no se volvió a mencionar Comité Femenino del Cerro, o a otras mujeres que acompañaron la lucha. De hecho, en el inciso 5 del informe para el XX Congreso del PCU, —que resume las grandes medidas populares del trienio 1968-1970—, ninguna lucha de las mujeres fue mencionada, a contrapelo del protagonismo que recibieron en *El Popular*.

Conviene aclarar que hay una suerte de incoherencia entre las notas que publicó dicho periódico —según el cual *ninguna* mujer quedó al margen de las movilizaciones—, la casi ausencia de notas en otros periódicos¹⁴¹ y las memorias locales,¹⁴² que tal como sostiene Luisa manifiestan que «eran pocas, alguna madre, alguna hermana, noviecita, alguna compañera del barrio, pero no eran muchas, por lo menos las veces que yo fui»,¹⁴³ o directamente no lo recuerdan.

Si bien, la mayoría de las entrevistadas siguieron de cerca y apoyaron activamente el conflicto, no se enteraron de que existía ese campamento, lo que demuestra que la vieja

¹³⁹ Luisa, entrevista realizada por la autora, 2021.

¹⁴⁰ Obreros que eran llamados en caso de que la empresa los necesite, pero no tenían un salario y horario concretos.

¹⁴¹ Fueron revisados *Nuevo Amanecer*, *El País*, *Marcha*, *Izquierda*, *Al rojo vivo*, los últimos tres nombraron solo una vez al CFC, mientras que en *El País* no encontré información.

¹⁴² Además de las entrevistadas fueron consultados el comunista Carlos Lamancha y los anarquistas Juan Carlos Mechoso, Marina Barcia y Jorge Bentancour, quienes a su vez consultaron a sus antiguos compañeros.

¹⁴³ Luisa, *op. cit.*, 2021.

consigna «obreros y estudiantes, unidos y adelante» refiere en los sesenta a obreros de espacios masculinizados.

Una hipótesis es que, como explicó De Giorgi (2015), las iniciativas femeninas eran identificadas por las más jóvenes como espacios de señoras mayores, que no les interesaba ocupar: «pueden haber sido cosas de nuestras madres que nosotras ni bola les dábamos», intuye Rosa.¹⁴⁴

Por otro lado, es probable que la insistencia en destacar la importancia del campamento haya tenido más que ver con la línea política de Elsa Méndez reflejada en sus columnas del periódico comunista. Como sea, este análisis sirve para detectar que había un divorcio entre lo que *El Popular* difundía y la experiencia de muchas *camaradas*.

Sin embargo, sirve también para demostrar la efectiva presencia de mujeres activas durante el conflicto —y no solo acompañando—, para ubicar la actividad de comunistas como las hermanas Lordón, para reafirmar la distancia entre las mujeres de las distintas generaciones y para conocer sus formas de funcionamiento, el vínculo con otras organizaciones y la circulación de lo «femenino» en la Villa.

IV. «La mujer obrera»¹⁴⁵

Para identificar las posibles diferencias entre las mujeres obreras del Cerro, y las jóvenes de estratos medios, propongo comenzar indagando las condiciones de vida de las primeras en tanto trabajadoras asalariadas y amas de casa, los discursos políticos del comunismo

¹⁴⁴ Rosa, *op. cit.*, 2020. Ver nota al pie 53.

¹⁴⁵ En alusión al título del folleto elaborado por Nadezhda Krúpskaya, editado en español por Pueblos Unidos en 1970.

sobre el trabajo femenino, sus reivindicaciones al respecto y las rutas de acceso a los bienes culturales.

El trabajo liberará a las mujeres

Retomando lo expuesto en el apartado sobre el contexto, las jóvenes del sesenta habían crecido en el Uruguay de «las vacas gordas», que —jalonado por el contexto internacional de los años cuarenta y comienzos de los cincuenta, por el modelo de industrialización por sustitución de importaciones (ISI) y por la política social del Neobatllismo—, había permitido el desarrollo de los estratos medios, y de condiciones de vida relativamente dignas para los sectores populares. El impulso industrializador demandó mano de obra femenina,¹⁴⁶ que además de estar disponible, solía ser más barata que la masculina. Fundamentalmente se integraron al sector textil, o al área de limpieza y cuidados —sectores vinculados a las «tareas femeninas»—, mientras aumentaba la matrícula de mujeres en secundaria y la Universidad, incluso desde las barriadas obreras. No obstante, muchas mujeres accedieron a puestos de trabajo prácticamente monopolizados por los varones, aunque solían ser contratadas en las secciones menos calificadas o con menores salarios.¹⁴⁷

Las entrevistadas vendieron su fuerza de trabajo porque lo necesitaban en el marco de la crisis, porque era lo habitual en un barrio obrero y porque estaban convencidas de que el trabajo asalariado las dignificaba como miembros de la clase. Coinciden en haber

¹⁴⁶ Para 1908, el 17,10% de la población económicamente activa eran mujeres, esto ascendió en 1954 al 20,67%, y al 33, 25 % en 1963. Los dos primeros datos corresponden a estimaciones elaboradas por Juan José Pereira y Raúl Trajtenberg y el último dato fue extraído del censo poblacional realizado en 1963. Ambos tomados de Porrini (2005).

¹⁴⁷ La UFU fue una de las estructuras que apuntaló el reclamo de «A igual trabajo, igual salario» (Ver Boletín de la UFU, setiembre de 1949).

crecido respetando y admirando al mundo obrero, sus representaciones y liturgias. Todas rememoraron las marchas en la infancia, pero ninguna mencionó la Navidad o la Pascua.

Por otro lado, consideran que haber crecido en un barrio donde las generaciones precedentes de mujeres trabajaban fuera del hogar, generó el deseo de tener independencia económica, y cierta impronta más aguerrida, como recuerda Raquel:

Eso marcó una identidad de independencia, de poder ir para adelante y hacer. Viene de generaciones anteriores. No era fácil levantarse y cruzar caminando para irse a trabajar a un frigorífico; atravesar el campo e irse a trabajar. Las fortalecía, que se fueran en grupo que entre ellas se apoyaran...¹⁴⁸

Entre mis entrevistadas el acceso al trabajo dependió de diversos factores; en primera instancia mantenían naturalizada la distinción «trabajos de mujeres y trabajos de varones»; en este sentido aun viniendo de familias friyeras, mayormente ingresaron al rubro textil, y en general, una vez casadas, dejaron el trabajo remunerado para criar a los hijos. La edad también parece haber sido un diferenciador, en tanto las mayores —Alba y su hermana— vivieron su juventud en una época de bonanza que les permitió recibir formación terciaria y ejercer como profesionales, aun siendo hijas de familias humildes.

Quienes realizaban trabajo industrial, evocan el agotamiento del esfuerzo físico, los movimientos monótonos y controlados por el capataz, siempre varón. Sus cuerpos debían ser uno con las máquinas, a riesgo de perjudicar la producción, pero sobre todo a riesgo de tener un accidente. El trabajo era fundamentalmente físico y repetitivo, en definitiva, alienado. Recuerdan con orgullo, su motricidad fina, sus habilidades para desarrollar los trabajos más delicados que aumentaban las posibilidades de permanecer empleadas. Allí el poder discrecional de las patronales y capataces también tenía la marca del género, como en Fibratex, la textil en la que trabajaron Isabel y Juana, cuyo jefe de tejeduría e hilandería hacía desfilar a las postulantes y contrataba a las más «lindas».¹⁴⁹ Pero lo que más recuerdan, tal vez por su condición de militantes, son las múltiples formas de resistencias que desarrollaron, desde conversar a escondidas hasta organizar un conflicto, todo era una parcela de dignidad y libertad disputada al patrón.¹⁵⁰ Las charlas jocosas

¹⁴⁸ Raquel, entrevista realizada por la autora, 2020. Ver nota al pie 54.

¹⁴⁹ Isabel, entrevista realizada en su hogar por la autora en marzo de 2018.

¹⁵⁰ Alcoba (2014) cuenta un sinfín de estrategias que desarrollaron sus compañeras textiles en distintas fábricas entre las que hubo desde expresiones ilegales y ajenas a las luchas sindicales como la expropiación y reventas de ropa, hasta la conformación de sindicatos y declaraciones de huelgas. Estos conflictos a veces fueron potenciados por situaciones de violencia hacia las mujeres, como el caso de la trabajadora que en el

sobre algunos aspectos de la sexualidad, las preocupaciones sobre las necesidades no cubiertas, las múltiples formas de ser solidarias y el silencio sobre la violencia privada y las penas de amor, caracterizaron sus ratos libres, sus charlas de camino a la fábrica o al sindicato y fueron habilitando y censurando intercambios de saberes y sentires.

La crisis trajo consigo la inestabilidad laboral, la pérdida del poder adquisitivo y el riesgo de perder el trabajo, todo lo cual agudizó los conflictos sindicales de los que ellas formaron parte y/o acompañaron.

Elena¹⁵¹ recuerda que a su marido le molestaba que ella recibiera más salario que él, mientras el esposo de Rosa¹⁵² le pidió que dejara el trabajo cuando nació su primer hijo. En general, las trabajadoras debieron enfrentar la arraigada convicción de que el trabajo femenino era algo indeseable, necesario como mucho para complementar el salario del esposo.¹⁵³ En el mundo patriarcal el trabajo extra doméstico ha sido uno de los nodos que ha partido las aguas entre la feminidad y la masculinidad: mientras el varón se realiza en el trabajo asalariado y se reafirma en la independencia económica y capacidad de sostener a su prole, el trabajo y el tiempo de ocio extra doméstico hiere la identidad femenina.

Como muestra de estas circunstancias, me interesa destacar un episodio trágico que sucedió en el Cerro, enmarcado en el conflicto frigorífico de 1969: tres esposas de huelguistas fueron detenidas tras rapiñar el expendio de Subsistencias; consultado por *Al rojo vivo* uno de los maridos manifestó: «Mi señora tiene profundas convicciones sindicales. Ha preferido robar un kilo de harina, antes que tengamos que carnear. Pero al pan lo defiende yo. A ella la necesito acá en la casa, con los hijos».¹⁵⁴

Si bien la noticia alude a un robo y no al trabajo, lo que es evidente es el énfasis en el rol proveedor exclusivo del varón, y la *necesidad* de que la mujer concentre todas sus energías en el hogar, aún si acuciaba el hambre. De hecho, «sus profundas convicciones

año 1953 perdió un embrazo tras serle negado el permiso a retirarse. Aunque era un gremio altamente feminizado, la dirigencia sindical siempre fue mayormente integrada por varones.

¹⁵¹ Entrevistada por la autora, 2020. Ver nota al pie 51.

¹⁵² Entrevistada por la autora, 2020. Ver nota al pie 53.

¹⁵³ A partir de un análisis del periódico *¡Lucha!* editado por la Federación Autónoma de la Carne (FOICA), Martínez (2019) demostró que para los años cincuenta el sindicalismo friyero catalogaba negativamente al trabajo de las mujeres, al que entendía exclusivamente como una necesidad para complementar el sueldo del marido. La misma situación detectó Lobato ([2001]2005) para el caso argentino.

¹⁵⁴ Bogarín, obrero del Frigonal en huelga, en *Al rojo vivo*; 3 de mayo de 1969:6.

sindicales», aludían a evitar que él rompa las medidas, pero nada se decía de que ella integre algún espacio de lucha.

Teniendo en cuenta este contexto, me interesa prestar atención a los discursos comunistas en torno al trabajo remunerado de las mujeres, lo cual permite un acercamiento a sus nociones de igualdad entre varones y mujeres y a la connotación política que le conferían al trabajo de ellas fuera de su hogar.

Cuando el documento programático del Frente Amplio de 1971 calificó al aumento de la presencia de mujeres en el mundo del trabajo como una consecuencia negativa de la crisis económica, el dirigente comunista José Luis Massera intervino su copia de dicho documento, preguntando: «¿Está mal [que las mujeres trabajen]?». ¹⁵⁵ Esta acotación en tinta roja, sobre una copia de uso personal, tiene la riqueza de carecer del tamiz demagógico que tiñen a los discursos políticos, y demuestra que al menos algunos dirigentes, creían sinceramente que las mujeres debían tener sus propios empleos.

Desde Marx, el CI reivindicó el trabajo asalariado de las mujeres, en el entendido de que las dignifica, las prepara para la lucha y garantiza igualdad ante el marido, evitando así la dependencia económica (Marx: 1867, ¹⁵⁶ Engels 1884; Krupskaya: 1899 [1970] y Kollontai, 1921). Los citados autores sostuvieron que la plena igualdad de derechos económicos garantiza la igualdad social y familiar; y fortalece la moral de las mujeres y su conciencia respecto a la responsabilidad sobre la construcción de la «nueva sociedad» (Moscú: 1956). ¹⁵⁷

La plataforma programática del PCU respecto a las mujeres contempló el reclamo por mejores condiciones laborales, por «igual salario a igual trabajo», leyes que evitaran los despidos —sobre todo de las mujeres casadas y madres—, que aumentaran la licencia por maternidad a seis meses, que aumentaran los montos de las asignaciones familiares y habilitaran la jubilación a partir de los veinticinco años de trabajo, ¹⁵⁸ así como la

¹⁵⁵ Copia del documento programático del Frente Amplio (1971) perteneciente a José Luis Massera, Disponible en el Archivo Massera del Centro de Estudios Interdisciplinarios Uruguayos, Facultad de Humanidades, UdelaR.

¹⁵⁶ Teniendo en cuenta que *El Capital* (1867) es una de las grandes fuentes del pensamiento marxista, me interesa mencionar que allí existe una idealización sobre el mundo industrial como trampolín revolucionario, lo cual abreva en la insistencia de incorporar a las mujeres como mano de obra e impulsar desde allí su liberación.

¹⁵⁷ *Igualdad de derechos de las mujeres en la URSS* (1956) Ediciones en Lenguas Extranjeras, encontrado en la biblioteca Arismendi-Legaspi.

¹⁵⁸ Declaración Programática del PCU, 1958 y 1963. E. *Revista Estudios*, art. 9 del apartado Plataforma: 22.

construcción de casa cunas, comedores y jardines de infancias. De esta manera hacían propias las banderas que las *camaradas* habían enarbolado, primero desde la Secretaría Internacional de la Mujer en el Komintern y luego desde la Federación Internacional de Mujeres (Arévalo; 1968, Frencia y Gaido; 2016).

Cabe mencionar que, según se repetía frecuente e idealizadamente en *El Popular*, en la URSS los sistemas de cuidados de niños y de servicios para el hogar —comedores, lavaderos etc.— funcionaban perfectamente y habrían logrado la emancipación de las mujeres que entonces podían dedicarse a sus profesiones y vida política, sin dejar de ser excelentes madres. Las entrevistadas creyeron sinceramente en la necesidad de igualar las condiciones laborales entre los sexos —siguiendo el ejemplo soviético—, de alivianar la pesada carga que implicaba para ellas trabajar dentro y fuera del hogar, y de acceder a servicios de salud que aborden específicamente temas vinculados a la maternidad, así que, en ocasiones, llevaron estos planteos a sus sindicatos, como señaló Juana:

Mi padre compraba *La mujer soviética* y todo eso. Que las mujeres dejaban a sus hijos en la casa cuna... Ahora no sé si todo eso era cierto. Pero bueno, yo fui y lo planteé porque había un baldío muy grande al lado de la fábrica, que se podía hacer una casa cuna ahí, que comieran, que todo ahí [sic]. Bueno, yo hice todo un proyecto, pero vino la dictadura.¹⁵⁹

Nuevamente aparece la maternidad como protagonista, en la medida en que los reclamos por derechos laborales de las mujeres suelen presentarse entrecruzados con los derechos maternos. Este vínculo es tradicional del CI en general y del PCU en particular, en un doble sentido: por un lado, busca orquestar dispositivos que las suplanten en las tareas domésticas, habilitándolas a dedicarle más horas al trabajo extra doméstico y a la militancia, y por otro, pretende garantizar a través de ellas, la crianza de niños fuertes, sanos y adeptos a la causa. En la medida en que los *churrinches*¹⁶⁰ significaban el futuro de la Revolución, la intelectualidad política y la mano de obra que debería construir el mañana, puede leerse en las reivindicaciones comunistas cierto halo «eugenésico»; tal como señala Peruchena para el período batllista: «si la niñez constituye el porvenir de un

¹⁵⁹ Juana, *op. cit.*, 2021.

¹⁶⁰ Pequeña ave de pecho rojo que habita el Uruguay. Con este término denominó *El Popular* su página dedicada a los niños.

país, es preciso que esa niñez sea el resultado de maternidades “ordenadas física y moralmente”» (2021: 24).

El trabajo doméstico: una militancia invisible

Todas mis entrevistadas se autoidentificaron como amas de casa,¹⁶¹ aunque realizaran trabajo remunerado, en tanto las responsabilidades domésticas recaían exclusivamente sobre ellas (Oakley; 1974). Sus testimonios coinciden en que, en el Cerro de fines de los sesenta, las jovencitas aún se sentían influenciadas por el modelo de sus madres, a quienes recuerdan con orgullo como amas de casa sumamente minuciosas, con los tendederos siempre llenos de ropa lavada a mano. En general, las entrevistadas no tuvieron acceso a los últimos electrodomésticos, y priorizaron —cuando pudieron— el lavarropas y la cocina; pero el tiempo que les quedó disponibles gracias a dichos artefactos lo utilizaron para realizar otras tareas del hogar, no para el ocio.

Tal como demostró Pérez (2010) para el caso argentino, la mecanización del trabajo doméstico no se tradujo en una liberación para las mujeres, en la medida en que siguieron encorsetadas en el modelo de domesticidad. Esto se debe a que en el Cerro se consideraba natural, digno y resultado del amor, que ellas se encargaran de las tareas del hogar, y a que el PCU, lejos de contrapesar esta postura, la reafirmó, como analizaré más adelante.¹⁶²

Al igual que sus ascendientes, ellas decidían, organizaban y realizaban solas todo lo relacionado a los hijos —la ropa que usarían, el horario de la escuela, actividades extras, visitas al médico—, además de resolver las cuestiones cotidianas referidas al hogar. Pero a diferencia de sus madres ellas seguían militando en la esfera pública, aunque menos que cuando eran solteras.

Solamente Alba, quien tenía formación universitaria y vivía con su hermana y sobrinos, recuerda renegar de estas pautas y dedicarse lo mínimo imprescindible a las tareas hogareñas, como una carga necesaria. La postura de Alba coincide con el

¹⁶¹ Utilizo este concepto respetando el lenguaje nativo, no obstante, comparto con Lagarde (1990 [2005]) que tiene un sentido erróneo en la medida que el término «ama» alude a poder y sin embargo es una tarea que se realiza en condiciones de servidumbre.

¹⁶² Si bien esto no era exclusivo del Cerro, De Giorgi (2011 y 2015) demostró que en los estratos medios intelectualizados del PCU, este modelo estaba siendo cuestionado y las mujeres rechazaban los quehaceres domésticos.

sentimiento de las jóvenes *camaradas* de estratos medios consultadas por De Giorgi (2015) que rechazaban de lleno los quehaceres domésticos, lo que demuestra que en este aspecto hubo notorias diferencias de clase.

Al hurgar en los archivos podemos encontrar un discurso dual. Por un lado, se manifestaba que las actividades domésticas eran una pérdida de tiempo que el socialismo debería evitar estructurando una gran red de servicios, tal como fue mencionado en el apartado anterior (Arévalo; 1968); por otro lado, en *El Popular* y *Mujeres en Lucha* se continuaba representando al interior del hogar como un lugar de orgullo para las mujeres, donde justamente se reforzaba una feminidad basada en el orden, la belleza y los cuidados. Las representaciones de las familias indicaban que la madre y el padre debían garantizar el desarrollo moral, físico e intelectual de los pequeños, pero las tareas de reproducción cotidianas se planteaban como la función principal de las madres. La página «Para la mujer y el hogar» ofrecía *tips* médicos, alimenticios y psicológicos para garantizar el desarrollo de infancias fuertes, sanas, respetuosas y solidarias, replicaba así la división de roles según la cual la madre administradora y amorosa, se encargaba de los cuidados dentro del hogar, y el padre proveedor aseguraba el sostén material. Las imágenes de mujeres felices cocinando, alabadas por sus maridos e hijos, y los dichosos adjetivos que acompañaban las recomendaciones para mantener la limpieza, persuadirían a cualquiera de que los quehaceres domésticos generan satisfacción para el ama de casa y la familia.

Así mismo, el paradigma global, respecto a las infancias y la crianza, se estaba transformando, y se fomentaba paternidades y maternidades más informales, fraternas, cómplices y lúdicas que en las generaciones anteriores (Cosse; 2010). Tal vez los y las comunistas del Cerro no hayan leído las corrientes psicológicas en boga en los estratos medios, pero recibieron su influencia a través de los medios de comunicación y las notas sobre crianza que en *El Popular* redactaban profesionales como el ya mencionado psicólogo Enrique Sobrado. Las entrevistadas recuerdan que esto les implicaba repensar las estrategias de cuidados, por ejemplo, en torno a los rezongos y el alimento, lo que implicaba un gasto extra de energía.

Ambas posturas, sin embargo, son dos caras de una misma moneda, en la medida en que las actividades hogareñas seguían asociadas a lo femenino. Mientras el socialismo no triunfara, ellas eran las encargadas de la reproducción de la vida, y tras el socialismo, las redes de cuidados les permitirían prescindir de cocinar, lavar y estar todo el día con los hijos, pero no se cuestionaba el reparto de roles en términos de género. En este sentido,

el hecho de considerar que el problema se solucionaría estatizando parte del sistema de cuidados ocultó que los roles cumplidos por mujeres y varones estaban jerarquizados.

Nada parece indicar en los discursos del PCU-UJC que haya existido una propuesta política respecto a la coparticipación en las tareas en el hogar. Los modelos de feminidad/masculinidad imperante impidieron así mismo que se dimensionara la función reproductiva como «el complejo de actividades y relaciones gracias a las cuales nuestra vida y nuestra capacidad laboral se reconstruyen a diario» (Federici; 2019:05). Este modelo se sostuvo gracias a la división emocional del trabajo (Heller: 1980; Lagarde: 1990[2005]), según la cual las mujeres se constituyen como las vestales emocionales de los otros, garantizan el bienestar a partir de infinitud de estrategias mediadas por la entrega afectiva y erótica y se reafirman como *madresposas*. En este sentido, Lagarde (1990 [2005]) señala que el cautiverio de la *madresposa* está justamente definido por dos variables: su sexualidad reproductiva y la dependencia vital respecto a sus lazos filiales. Las comunistas del Cerro soñaban con cumplir airosas estas dos condiciones, siguiendo ejemplos como el de Arévalo, «la comunista, que mientras más comunista es, más madre es, más mujer de su hogar».¹⁶³

En este «acto de amor», ellas realizaban gratuitamente todas las tareas que los varones necesitaban para poder trabajar, militar y salir con los amigos, sin preocuparse de su propia comida y ropa sucia. En este sentido, los quehaceres domésticos constituían lo que la teórica feminista y comunista Isabel Larguía denominó en 1977 como «trabajo invisible» en oposición al trabajo visible y pago.¹⁶⁴

Es posible concluir que, amén de las necesidades económicas, las mujeres comunistas eran invitadas a cumplir lo que hoy se denomina «triple jornada», articulando el trabajo doméstico, el trabajo remunerado y la militancia (Sagastizabal y Lagarreta; 2016). Esto redundó en un gran esfuerzo y desgaste vital de estas mujeres y demostró que el viejo principio marxista según el cual el ingreso al mundo laboral era la clave para la liberación femenina era, por lo menos, insuficiente. Con su sueldo a fin de mes, las mujeres

¹⁶³ *El Popular* 3 de julio de 1968, con motivo de los 70 años de Julia Arévalo. Los testimonios de sus hijas en Yaffe (2016), parecen indicar que ella no cumplía los quehaceres domésticos, pero lo que importa es visualizar las representaciones que se proyectaban desde el diario comunista.

¹⁶⁴ Nacida en Argentina, se radicó en Cuba luego de la invasión a la bahía de Cochinos; allí conoció a su compañero afectivo e intelectual John Dumoulin, con quién comenzó a investigar la cuestión de la mujer en Cuba, y a buscar propuestas que pudieran contemplar al marxismo y al feminismo; fueron pioneros en reflexionar sobre el trabajo doméstico desde esta perspectiva. En su obra *Hacia una ciencia de la liberación de la mujer* (1977) desarrollaron el concepto de trabajo invisible, que hasta hoy es referencia dentro del feminismo.

continuaban sobrecargadas con tareas que además eran subestimadas, controladas por sus maridos y demandadas por sus hijos.

«Estaban los intelectuales y estábamos nosotros»¹⁶⁵

El difícil acceso a los bienes culturales.

A inicios del capítulo anterior mencioné que el marxismo representa una ordenación existencial y moral; me interesa mencionar que esta se irradiaba oficialmente desde los órganos de prensa partidaria, los cursos,¹⁶⁶ discursos, el arte y lecturas recomendadas que llevaban impresos valores y aptitudes que *un buen comunista* debía cultivar (Silva, 2009; De Giorgi, 2011; Leibner 2011). Pero estos saberes se gestionaban también —y tal vez con mayor potencia propedéutica entre los sectores obreros— a través de imágenes, costumbres y palabras en su vida cotidiana. En este sentido, a diferencia de lo que demuestran las investigaciones enfocadas en el centro capitalino (De Giorgi, 2011; Markarian, 2012), la mayoría de las militantes cerrenses no accedieron a los bienes culturales que circulaban en espacios más intelectualizados.

Las jóvenes de la Villa, que tempranamente debieron acompañar el trabajo fuera y dentro del hogar con la militancia, no tenían el tiempo, el dinero, ni el hábito de concurrir a actividades artísticas. Tampoco solía ser lo que más les interesaba, ya que les resultaba más significativo participar en algún conflicto obrero o en los enfrentamientos callejeros. Concurrieron a los cines/debate o festivales locales, en general en solidaridad con algún sindicato o con Vietnam, donde el canto popular estaba a la orden del día.

Quienes efectivamente fueron público frecuente y versado sobre las artes escénicas, fueron aquellas mujeres que continuaron una formación profesional en el centro capitalino y quienes estaban familiarizadas con alguna comunidad étnica como la

¹⁶⁵ Elena, *op. cit.*, 2020.

¹⁶⁶Entre los muchos cursos, en 1969 hubo uno sobre la *Mujer Comunista* realizado en el local central del PCU. Sus ejes temáticos fueron: la teoría marxista leninista de la emancipación de la mujer; la mujer en el socialismo; el movimiento femenino en el Uruguay; y el Partido Comunista como elemento emancipador de la mujer. Entre los expositores estuvieron Luis Massera, Selva Braselli, Julia Arévalo y Rita Ibarburu.

comunidad lituana o el Centro Máximo Gorki, que, vinculadas al Comunismo Internacional, reproducían obras de corte político.

En el mismo sentido, si bien el conocimiento del marxismo-leninismo era una pauta «igualmente obligatorio[a] para todos sus miembros, independientemente de los méritos y los cargos que ellos ocupen»,¹⁶⁷ la formación teórica era una condición difícilmente aplicable en el Cerro, donde muchas pertenecían a la primera generación letrada y donde corrían tras los quehaceres cotidianos. Se integraron a las filas comunistas más bien por un sentimiento de justicia y por la influencia de sus adultos, como recuerda Juana:

Nos decían «nos basamos en los libros de Marx y Engels» y la puta que lo parió. Pero, yo en serio no leí los libros de Marx y Engels, yo soy comunista porque veo que hay que cambiar esta sociedad.¹⁶⁸

Así mismo, Elena considera: «estaban los intelectuales, y estábamos nosotros»,¹⁶⁹ sosteniendo así que las diferencias de clase en el PCU se notaban en el acceso a distintas herramientas y hábitos. En el Cerro la militancia era mucho más práctica que teórica, su escuela eran las fábricas, las asambleas y las charlas emergentes en las distintas actividades políticas donde aprendían de hecho las nociones teóricas y morales del comunismo.

V. Entre la cocina y las barricadas

«Las mujeres metíamos para adelante igual que los hombres»¹⁷⁰

Todas las entrevistadas consideran que el sesenta y ocho fue la época más feliz de sus vidas. Días de descubrir el mundo, de enamorarse, de habitar la política y la calle, tan vedada a las mujeres. Pese a que en los ámbitos de militancia ellas tuvieron más

¹⁶⁷ *Estatutos del PCU* aprobados en 1958 y ratificados en 1963, Art. 3.º inciso c.

¹⁶⁸ Juana, *op. cit.*, 2020.

¹⁶⁹ Elena, *op. cit.*, 2020.

¹⁷⁰ Luisa, *op. cit.*, 2021.

prerrogativas que sus antepasadas, Elena recuerda la persistencia de diferencias en las potestades entre los sexos:

Los hombres eran los machos. No te daban ningún lugar (...) Yo creo que eran ellos los que mandaban. No quiero meterlos ahí, porque capaz que no era así. (...) ellos eran *los más inteligentes, los más sabios, los que sabían las cosas*. Nosotras «no entendíamos algunas cosas», nos despreciamos solas me parece.¹⁷¹

El protagonismo masculino se veía con naturalidad en la medida en que ellos eran mayoría y tenían más experiencia política. Eran también quienes estaban más dispuestos a hablar en las asambleas; consecuencia lógica de una sociabilidad que históricamente ha educado a los varones como sujetos del espacio público, apasionados por el debate, ocupados de los temas políticos y dotados de fuerza y vehemencia. Mientras las mujeres, confinadas al hogar y a los sentimientos, recién estaban transitando la experiencia de defender sus posturas ante un auditorio. De hecho, las trayectorias de sus madres hablan de mujeres distantes de la militancia orgánica, o replegadas tras el nacimiento de sus hijos.¹⁷²

No se trata de evaluar si todos los varones aceptaron a las mujeres en las asambleas o no, sino de identificar que los mandatos de masculinidad y feminidad que adquirieron en el proceso de socialización decantaron en la construcción de distintas herramientas y autopercepciones para discutir e incidir en la sociedad. Años más tarde, ya en el exilio, Alejandra descubrió los efectos de esta desigualdad cuando se encontró con mujeres que hablaban y debatían en espacios exclusivos de mujeres, pero se llamaban al silencio en espacios mixtos, ya que se sentían inferiores en el debate frente a los varones.¹⁷³

Si bien, como fue mencionado, en el discurso oficial se aludía a la necesidad de incorporarlas como iguales, no hubo un trabajo colectivo concienzudo capaz de quebrar los prejuicios y jerarquías de género. De hecho, Alba señala que «aquella cosa que no se llevaba a cabo del Centralismo Democrático, que se leían informes y se pasaba por arriba

¹⁷¹ Elena, *op. cit.*, 2020.

¹⁷² No obstante, conocieron otros ejemplos como el de Teresa, una friyera que participaba muy activamente de las asambleas y que, contra la voluntad de Arismendi, se negó a poner crespones en el local del PCU tras la muerte de Stalin (Millán, 2020).

¹⁷³ Alejandra, entrevistada por la autora en su hogar, febrero 2021.

las opiniones de la gente. Eso no funcionaba mucho, porque creo que las opiniones de Arismendi eran bastante tajantes.¹⁷⁴

Es decir que, en la lógica vertical del Partido, las consideraciones de las bases tenían menos peso que las resoluciones del vértice, que justamente era ocupado por un varón, reproductor de una perspectiva masculina de la política.

Hubo algunas mujeres que integraron espacios de mandos medios, pero fueron minoritarias, y debieron lidiar con la hegemonía masculina; Mariana recordó que, en un gesto de resistencia, elegía ir de pantalones a la Junta Departamental o a las asambleas, sabiendo que a muchos varones ese *look* les perturbaba.

Entre las entrevistadas, aquellas que asumieron responsabilidades particulares ocuparon mayormente cargos de finanzas, aunque prefirieran otras actividades, como Alba. En este sentido la actriz comunista Jébele Sand comentó en una entrevista realizada por el periodista Guillermo Pellegrino: «Los comunistas creían que las mujeres teníamos una alcancía en la barriga, porque siempre nos ponían en finanzas en vez de ponernos a trabajar en otras cosas».¹⁷⁵ Sin dudas, la tarea fue fundamental para sostener todo el quehacer de la organización, sin embargo, la presencia constante de mujeres allí se vincula con el supuesto según el cual ellas son las mejores administradoras —idea enclavada en el propio modelo de domesticidad—, mientras las aleja de los debates y decisiones más puramente políticas, que se mantienen mayoritariamente en manos de varones.

En el cumplimiento de las tareas cotidianas también influyeron las formas de ser femenina/masculino, desde la limpieza hasta las pegatinas tuvieron sus marcas de género. Según recuerda Rosa, del aseo se responsabilizaba «quien estaba encargado del local,

¹⁷⁴ Alba, *op. cit.* 2020.

¹⁷⁵ Entrevista realizada a Jébele Sand por Pellegrino publicada en el libro *Jébele: el cálido blues de los mediodías: conversaciones con Jébele Sand, Marieta Caramba y otras mujeres* (2009). Ed. Estuario.

pero si querías entrar al baño a veces tenías que limpiarlo, sino era imposible. Les cuesta [a los varones], siempre les cuesta, no es que se ponen por las suyas a limpiar.¹⁷⁶

Según Luisa, este incumplimiento de parte de los varones generaba que las muchachas les reclamaran el respeto por el reparto de tareas, obligándolos a limpiar.

Sin embargo, la mayoría recuerdan que la limpieza varonil no era muy profunda y terminaba recayendo la responsabilidad en manos de mujeres.

Respecto a las actividades propiamente militantes, hay dos visiones opuestas. Unas recuerdan que las pintadas, volanteadas y seguridad del local las realizaban mayormente varones, quienes hacían explícita la preferencia de que ellas se ocuparan de otras tareas; al contrario, hay quienes sostienen: «siempre fuimos, son divinas las pintadas. Yo fui todo el tiempo, también hacíamos la seguridad del local, la seguridad el 1.º de mayo. Las mujeres echábamos para adelante, igual que los varones»¹⁷⁷ convencidas de que ellos aceptaban sin problema su presencia, y que la proactividad de las mujeres se asemejaba a las prácticas de los *compañeros*. Como demuestra De Giorgi (2017) para las jóvenes comunistas la liberación implicaba replicar las mismas tareas que los varones.

Las actividades de formación y charlas de las que participaron y/u organizaron referían al marxismo y a la coyuntura, cuyo contenido y dictado solía estar a cargo de los *compañeros* de mayor experiencia, es decir los varones. Existían charlas referidas a la familia, el hogar y las luchas específicas de las mujeres, organizadas por los espacios *femeninos*, pero a ninguna de las entrevistadas le interesó participar en ellas. Así mismo, la producción de textos y definición de consignas también solían estar en manos de los *compañeros*.

En otro sentido, la alegría era parte de las actividades cotidianas, al menos hasta 1972, año en que la victoria dejó de parecerles asegurada. Ir a las pintadas en el camión, cantar, tomar algo, tocar la guitarra después de una actividad, ir a las peñas; salir en las noches de forma similar a como lo hacían los varones, con ellos, formaba parte de la juventud militante. Aunque luego los *camaradas* dejaran a las *compañeras* en la puerta de su casa, para ir a cualquier *bolichito* de barrio, a seguir discutiendo y teorizando, partida de cartas mediante. El bar era un reducto masculino y masculinizante, donde las «mujeres de bien» no entraban y donde la política seguía discurriendo; espacio no contestado por las

¹⁷⁶Rosa, *op. cit.* 2020.

¹⁷⁷Luisa, *op. cit.* 2021.

camaradas que aún creían lógico que ellos compartieran ese tipo de espacio, mientras ellas dormían.

Para los jóvenes el baile de la UJC era un clásico infaltable, recordado por el «Afiliate y baila».¹⁷⁸ Siguiendo a Leibner, la necesidad de atraer militantes obligó a la UJC a «tener constantemente en cuenta las “ondas” externas y la interacción con una considerable periferia de simpatizantes, aliados y militantes independientes» (2011:322). Era una tarea militante que garantizaba el acercamiento de nuevos *compañeros*, la consolidación de los lazos afectivos y las finanzas; y era también el espacio digno para divertirse, lejos de la moral —presuntamente— aburguesada y promiscua de las *boîtes*.¹⁷⁹

Según las entrevistadas, las *compañeras* de finanzas tenían responsabilidades en el baile, o si iban al de otra seccional, se encargaban de juntar el dinero para los boletos; y los *compañeros* se encargaban de la seguridad.

Retomando los planteos de Leibner (2011) las actividades de la UJC, incluyendo los bailes, estaban atravesadas por determinados códigos de conducta, que rechazaban el uso de la violencia privada, las actitudes consideradas egoístas o individualistas, y la irresponsabilidad sobre las tareas asignadas. Los límites de su conducta quedaban prescritos en los Estatutos de la UJC, según los cuales «los jóvenes comunistas deben tener un comportamiento sano y correcto en actuaciones públicas y privadas, dando ejemplo de moral comunista» (1959: Art. 3).¹⁸⁰ Así mismo se oponían al uso de drogas, asociado con el mundo capitalista y la enajenación.¹⁸¹

En sintonía con lo visto en el capítulo anterior, acuerdan que las actividades políticas y culturales disminuyeron para quienes eligieron ser madres. Ellas asumieron que implicaba sacrificar los deseos propios y las responsabilidades fuera del hogar a riesgo de perjudicar a los niños o arruinar el matrimonio, como reflexionó Rosa:

Cuando vos partís del momento en que vas a tener un hijo, tenés que olvidarte un poquito de vos, porque pasas a tener una personita que depende de vos. Ahí perdiste tu independencia y tu libertad, porque hay una persona que depende de

¹⁷⁸ Para profundizar al respecto, leer Silva (2009), Leibner (2011) y Markarian (2012).

¹⁷⁹ Para profundizar ver Anónimo *Sexo y amor en Uruguay* (1972).

¹⁸⁰ La distinción entre moral burguesa y moral comunista era mencionada sistemáticamente por los *bolches*, incluso en sus textos; no pretendo en esta investigación analizar en qué aspectos se diferenciaban y en cuáles se acercaban.

¹⁸¹ *UJOTACÉ*, 1 de noviembre de 1969:6; *UJOTACÉ*, 3 de octubre de 1970:11. El rechazo al consumo de drogas era un denominador común en las izquierdas locales (Aldrighi: 2001; Vescovi: 2015).

vos. Sos madre, no podés dejar a tu hijo. No, no es así. Podes ser todo lo que quieras: trabajar, militar, todo lo que quieras. Yo observé mucho la vida de las militantes, abnegadas militantes, difícil la vida de esos gurises, muy difícil. (...). Si tenías familia terminaban con el matrimonio, andá a dejar tirados a tus hijos y rajarte pa' acá y rajarte pa' allá, porque está todo bien, pero a veces a los maridos les cuesta por más buenos compañeros que sean¹⁸²

Así, formar una familia supuso un reparto de tareas en el cual los maridos continuaron cumpliendo los quehaceres militantes «a toda hora» mientras las mujeres debían priorizar el cuidado de los niños y la realización de las tareas domésticas. En algunas ocasiones, el esposo se organizaba para cuidar a los hijos si la madre tenía alguna actividad política durante el día, o en espacios «tranquilos» como las asambleas, pero las pintadas y encuentros nocturnos se terminaron para ellas.

Aquellas madres separadas tuvieron más libertad de movimiento y recurrieron al apoyo de otras mujeres, como la madre de Juana que la cubría en el cuidado de su pequeña hija. Cabe señalar que estas redes espontáneas de mujeres se daban de hecho en la sociedad montevideana y no implicaba una decisión política conscientemente elaborada.¹⁸³

Los bailes también se acabaron, ya que conformar una familia implicaba un paso a la adultez, que dejaba atrás los hábitos juveniles. Ese tiempo de confraternización y diversión se convertía para los varones en el asado o el bar con *los muchachos* y para las mujeres en horas de cuidados, juegos con los niños y espera del marido. Ocasionalmente participaban juntos de actividades como actos de solidaridad internacional donde se incluían espectáculos artísticos.

Al tener en consideración que era incompatible el arquetipo de militante abnegada con las presiones que la sociedad le imponía a las madres, Alba consideró que las exigencias maternas constituían una traba para sus proyectos políticos y eligió no tener hijos, convencida de que: «América era un volcán revolucionario, y yo tenía 25 años, si

¹⁸² Rosa, *op. cit.*, 2021.

¹⁸³ Lagarde ([1990]2005) analiza cómo en el patriarcado las madres suelen ser socorridas por otras mujeres cercanas en las tareas de cuidados.

estabas pensando en tener nenitos, tal vez no podías vivir todas esas cosas sin sentir ningún tipo de presión directa o sanción social».¹⁸⁴

Su experiencia, demuestra que, pese a que los discursos oficiales fomentaban la maternidad, se aceptaban otras opciones, las cuales, de hecho, eran bien vistas entre las jóvenes intelectuales, según demostró De Giorgi (2015).

Las militantes quedaban en una encrucijada, en la que debían elegir entre quitarle tiempo a la militancia o no tener hijos. En general eligieron tenerlos, sabiendo que limitaría su desarrollo político, pero convencidas de que, desde la reproducción y crianza de los niños en los valores comunistas, estarían sumando igualmente a la Revolución. De esta manera se reenvió a las madres/esposas que se preciaran de tal a su hogar, convirtiendo a este arquetipo en una forma de cautiverio (Lagarde: [1990] 2005), aunque sus límites se hayan flexibilizado. Claro que en el PCU hubo cuadros políticos de mujeres con hijos como Julia Arévalo, cuyo marido participaba de las tareas domésticas, o aquellas de los estratos medios que podían pagar una niñera. Pero el primer caso era excepcional y el segundo imposible en el Cerro.

Resulta importante rescatar que las entrevistadas eligieron la maternidad a conciencia, sabiendo los sacrificios que les implicaría, pero con la entera alegría y compromiso de maternar con amor.

Por último, la participación de mujeres en el aparato armado es tan misteriosa como el propio aparato. Las entrevistadas aseguran conocer varones que lo integraron —incluyendo maridos o hermanos—, pero no conocen mujeres que hayan participado en él. En este sentido Leibner sostiene que «el aparato armado restrictivamente entendido, o sea los supuestos militantes con armas, no creo que incluyera mujeres. No tengo ningún caso de mujer que supuestamente iba a portar armas».¹⁸⁵ Sin embargo, como manifiesta el autor, si pensamos en la logística que requiere, esto es, viviendas donde camuflar armas y personas; sanidad, aparatos de información, comunicación y finanzas, resulta evidente que tenía que haber mujeres,¹⁸⁶ en este sentido, el investigador sugiere: «Me parece

¹⁸⁴ Alba, *op. cit.*, 2020.

¹⁸⁵ Leibner, comunicación personal, mayo 2021. Cabe señalar que su padre, León Leibner, participó del aparato clandestino de sanidad.

¹⁸⁶ Algo similar ocurrió en el Movimiento de Liberación Nacional - Tupamaros (MLN-T, organización foquista de guerrilla urbana) y en la Organización Popular Revolucionaria - 33 Orientales (OPR-33, brazo armado de la FAU) donde hubo mujeres en el sector militar, incluso dirigiendo comandos, pero la mayoría quedaron relegadas a funciones consideradas secundarias, como cobertura y logística (*Actas Tupamaros* - s/f: 23 y 24-Aldrighi; 2001 y 2009; Véscovi: 2015; Birriel, inédito).

bastante claro que había una división de roles de género bastante clara y tradicional en las distintas tareas clandestinas, pero para visualizarlo hay que hablar no del aparato armado sino de todos los aparatos clandestinos».¹⁸⁷

Cabe mencionar, no obstante, que no encontré mujeres del Cerro que hayan integrado dicha red, aunque tampoco tengo elementos para garantizar que no hayan existido, ni para explicar los motivos de tal ausencia.

A quienes tuvieron su esposo implicado, les afectó en tanto tuvieron que aceptar el secretismo, como Rosa: «[mi marido] tenía alguna tarea, pero me decía “no preguntes, porque no se puede decir, no se puede hablar, mejor que no sepas nada” y bueno, no había que saber»;¹⁸⁸ postura que se entiende en el marco de la cultura del secreto que desarrolló el Partido (Rico; 2021: 23). También las afectó en tanto corrieron riesgos sin su consentimiento, como Juana, quien varias veces acompañó a su marido a entregar maletas, que luego supo, eran armas.

Debieron tragar los miedos y las dudas y asumir la posibilidad de que el marido pasara a la clandestinidad, con la obiedad de que la madre se quedaría con los pequeños. Cabe mencionar que las izquierdas en general aceptaron la noción de que un verdadero revolucionario debía estar dispuesto a dejarlo todo, incluso su hogar y familia, tal como inmortalizó el Che Guevara.¹⁸⁹ Así quedaba de hecho justificada la ausencia del padre/esposo, sin considerarlo un abandono, mientras su masculinidad se seguía reforzando en el espacio público.

Por otro lado, las mujeres aprovechaban los prejuicios existentes para cubrir *compañeros*, como la madre de Juana quien le mintió a los militares sobre la identidad de su vecino y lo ayudó a escapar. Mentirle a las Fuerzas Conjuntas, armar un dispositivo para ir a avisarle al *compañero* y esconderlo, implicó sin dudas un gran riesgo; las mujeres realizaron acciones de cobertura que permitieron el sostén de la organización política y el mayor bienestar posible de los *camaradas*. Fueron también las que cocinaban para los *compañeros*, las que cuidaban a los hijos de otros militantes durante sus actividades y las que sostuvieron las casas y a los presos, como recuerda Juana: «mi madre me cuidaba a

¹⁸⁷ Leibner, comunicación personal, mayo 2021.

¹⁸⁸ Rosa, *op. cit.*, 2021.

¹⁸⁹ Noción romantizada en su icónica carta publicada en *Marcha* en 1962 «(...) Los dirigentes de la Revolución tienen hijos que, en sus primeros balbuceos, no aprenden a nombrar al padre; mujeres que deben ser parte del sacrificio general de su vida para llevar la Revolución a su destino».

la niña porque yo trabajaba todo el día para poder llevarle las cosas a mi hermano al penal». ¹⁹⁰

Sin embargo, aquellas actividades que las mujeres realizaron desde el hogar fueron catalogadas como simples actos de solidaridad o como expresión de sus responsabilidades domésticas, por más que les implicara gasto de dinero, de energía y de tiempo, y les exigiese una dedicación que sumaba a la causa revolucionaria. Esto se explica, porque el concepto de militancia enraizado en la perspectiva androcéntrica, quedó ceñido a las tareas visibles del mundo público-político, lo que significó que las tareas dirigentes fueran las más valoradas y recordadas, en desmedro de las actividades de base sin cuyo desarrollo es imposible el funcionamiento de cualquier organización política.

La solidaridad en clave masculina

Me interesa detenerme en el concepto de solidaridad que manejaban, ya que influyó en su forma de hacer política, pero también de concebir y procesar los problemas emocionales.

Elena vivió situaciones personales graves; debió cuidar sola a su madre con Alzheimer, sobrevivió a la violencia doméstica y a una depresión muy aguda en el periodo aquí estudiado. Sin embargo, no compartió su dolor con los *camaradas*, en la medida en que consideró que ese tipo de problemas eran secundarios porque:

Estamos hablando del setenta: movilizaciones, muertos, pachecato. No había tiempo, la vida nos empujaba. Ya empezaron las torturas, ya empezaron las personas muertas. ¿Cómo ibas a hablar de lo que vos sentías? No, no tenía importancia ¿me explico? No había tiempo de tener tiempo (...). No importaba que yo me hubiera querido suicidar. No importaba, había que seguir (...). Era la Revolución lo primero. Esa es la dinámica del militante, lo naturalizamos. Éramos

¹⁹⁰Juana, *op. cit.* 2020.

muy idealistas, mis ideales primaban ante todo. Por eso yo creo que pasó lo que pasó, nos olvidábamos de nosotros mismos.¹⁹¹

Convencidos de que la Revolución se dirimía exclusivamente en el mundo público-político desacreditaron los problemas de índole personal y subestimaron sus sentimientos en nombre de «las urgencias». Por ello, Elena comentó la enfermedad de su madre, tal como se comentaba al pasar si había algún familiar preso, la falta de dinero o un nacimiento, sin profundizar en las fibras emocionales que tocaba cada situación. Alba reflexionó al respecto, y rescató la importancia que tenía para los comunistas permanecer fieles al plan establecido en cada actividad: «no podías diversificar porque había un plan. No podías diversificarte hablando de los temas personales de la gente. (...) yo tenía que cumplir un plan, chau. Eso era lo que tenía que hacer. No había tiempo tampoco».¹⁹²

El productivismo político implicó cumplir con el objetivo concreto, siempre garantizando la acumulación político-militante. Además de ser parte de la mentalidad, la necesidad de sujetarse al plan estaba consagrado como «un instrumento de pelea contra el atraso, la adecuación al oportunismo, la rutina, la organización, el aclimatamiento a las dificultades»,¹⁹³ en este sentido se rechazaba toda actividad que debilitara la dedicación total a la militancia. Esta concepción y la aceleración de los tiempos políticos consolidaron un tipo de lucha sumamente activa e inquieta, que, aunque profundamente solidaria, *no tuvo tiempo* para cuidar los aspectos personales, íntimos. La solidaridad remitía a su expresión material, en el sentido de compartir lo poco que se tenía, sacrificar aspectos personales por acompañar un conflicto o poner el cuerpo en una barricada. Esta entrega altruista, se orquestó sobre una lógica que priorizó lo racional y subestimó lo emocional, una lógica propia del mandato de masculinidad y las mujeres se insertaron a la vida militante naturalizando este paradigma androcéntrico.

Esta noción fue propia de una sociedad que aún era muy discreta y hermética con los temas íntimos y familiares, convencida de que los asuntos personales eran privados, y que, por lo tanto, no había que entrometerse; paradigma que inició un proceso de

¹⁹¹Elena, *op. cit.*, 2020.

¹⁹²Alba, *op. cit.*, 2020.

¹⁹³ Resoluciones generales del XX Congreso del PCU, IV sección «Por un grande y poderoso Partido Comunista», en Cuadernos de Estudios s/f: 32.

transformación en Uruguay recién con la llegada de los feminismos que impusieron la consigna «lo personal es político» en la década del ochenta.

Por otro lado, los miedos y dudas se reservaban en secreto, en la medida en que eran considerados debilidades que empañaban el *status* de los y las militantes y los volvía vulnerables ante el posible espionaje del enemigo; de hecho, estatutariamente los y las *camaradas* debían ser «reservados y vigilantes para preservar al Partido de los ataques del enemigo de clase».¹⁹⁴

Por último, en la medida en que las jovencitas crecieron y formaron sus familias, el día se les consumía entre las tareas de la casa, el trabajo y la militancia, el poco tiempo de ocio lo dedicaban a realizar actividades con sus parejas/familia. Esta anulación del tiempo libre como momento de esparcimiento y como encuentro con otras mujeres, propició aún más que los temas personales quedaran atrincherados dentro de los hogares.

Esta entrega altruista y total de la militancia fue posible porque nada les resultaba más importante que colaborar con *la salvación de la humanidad*, convencidas de que el carácter científico del marxismo-leninismo era capaz de asegurar la victoria y conferirle «al Partido un carácter invencible»,¹⁹⁵ a partir de una visión mesiánica y teleológica de verdadera fe secular. Esta idea de sacrificio era vivida con la alegría de saberse entregadas a una causa superior, con esfuerzo, pero sin pesar.

VI. El amor y la familia: cambios y permanencias

Novios y compañeros

Las comunistas del barrio siguieron el mismo guion vital que muchas de sus coetáneas: el *dragoncito*, el novio/compañero, el casamiento, la convivencia y los hijos.

Según mis entrevistadas, las *bandiditas* y los *bandiditos* estaban mal vistos, aunque los había; eran quienes tenían relaciones sexuales sin estar en pareja, en general tenían

¹⁹⁴ Estatutos del PCU, aprobados en 1958, y ratificados en 1963, art. 3, inc. C.

¹⁹⁵ Informe de balance del Comité Central y resumen de la discusión del XVIII Congreso del PCU, por Rodney Arismendi, junio de 1962[1988] p:1.

fama de haberlo hecho con más de una persona y solían ser más demostrativos de su sexualidad en público.

El «dragoneo» es la expresión uruguaya para definir el *flirteo*, es decir el ritual de acercamiento entre chicas y chicos, etapa en la cual se conocían, sin compromisos y sin contacto sexual, calibrando la posibilidad de ser o no ser pareja (Cosse; 2007). Quienes integraban el Partido compartían citas cargadas de contenido político: iban al baile de la UJC, participaban juntos de las movilizaciones y luego el *camarada* acompañaba a la *compañera* a la casa y coqueteaban, pero sin besos, ni acercamiento a la familia.

Recién cuando el vínculo *pintaba en serio*, *se arreglaban* formalmente tras la propuesta del varón; entonces llegaban los besos y el planteamiento en el hogar de que se proyectaban en una relación a futuro, cuya consecuencia implícita era formar una familia. Como novedad, más que pedir permiso, aquellos jovencitos avisaban al padre de la chica que tenía intenciones serias cumpliendo el protocolo de manera más distendida y laxa que unos años atrás, incluso entre risas.

En los casos que el padre era fallecido o ausente, la conversación fue entre mujeres, la «pretendida» le contaba a la madre que tenía pareja, siempre con la seguridad de que la relación tenía futuro. Era un momento bisagra para sus progenitores, que reaccionaron de distinta manera y ponían distintas reglas ante la buena nueva.

Los padres/madres comunistas se mostraron más permisivos en tanto dejaban salir sola a la hija con el chico, ir al cine o a bailar y a veces hasta quedarse a dormir en su casa. Mientras, las hijas de familias más despolitizadas recibían al novio en horarios concretos, un rato a la semana, en alguna parte visible de la casa y a veces hasta con *la chaperona*, tal como recuerda Elena: «nos veíamos martes, jueves y sábados, una cosa así. Pero siempre con la abuela. Cuando yo fui a su casa ya hacía años que éramos novios».¹⁹⁶ La fe cristiana conminó a Elena a respetar esas formalidades, sin embargo, Luisa —quien también venía de una familia cristiana, pero discrepaba de sus principios— recuerda que siempre encontraba formas de burlar el control de los mayores.

La formalización del vínculo fue cobrando forma en el encuentro entre el amor romántico y el amor compañero. Casi todas mis entrevistadas llegaron a la juventud con una noción idealizada del amor y la pareja, y se definían como mujeres en torno al deseo de relacionarse amorosamente con el sexo opuesto y «complementario». A diferencia de

¹⁹⁶Elena, *op. cit.*, 2021.

lo sucedido en los circuitos intelectualizados, varias de las entrevistadas señalaron haber tomado como referencia al matrimonio de sus predecesores, tal como recuerda Juana:

Yo tenía el ejemplo de mis padres, que se amaban mucho, entonces yo creía que en la vida yo también iba a vivir de la misma manera, que iba a conseguirme un novio, como Susanita,¹⁹⁷ que iba a casarme a tener como cinco niñitos. Pero me fue todo mal, no resultó.¹⁹⁸

En general, no tuvieron ojo crítico ante la perspectiva conflictiva y teleológica del amor romántico y asumieron como obvio relacionarse dentro de los parámetros socialmente establecidos, que implicaban reservar el contacto físico/afectuoso o físico/sexual a la pareja monogámica y heterosexual, priorizar los deseos del varón a los propios, asumir que el amor conduce indefectiblemente a la convivencia de dicha pareja, y que su realización se encontraba en la procreación.

Por otro lado, en los sesenta el amor también formó parte de las disputas políticas, y se trasladó la dicotomía ellos/nosotros y explotados/explotadores a los aspectos más íntimos, como expresó Mario Benedetti en su poema «Ustedes y nosotros»:

*(...)Ustedes cuando aman calculan interés
Y cuando se desaman calculan otra vez
Nosotros cuando amamos es como renacer
Y si nos desamamos, no la pasamos bien (...)*¹⁹⁹

Claramente es una visión muy idealizada de los amores pobres —y *zurdos*— que estaba profundamente presente en el acervo cultural de las izquierdas de los sesenta y setenta, y que se expresó en la adopción del concepto de *compañero*, en desmedro del de *novio*. El sentido de este cambio fue la búsqueda de relaciones más fraternas que las de sus antepasados, menos hipócritas, donde la mujer tuviera un rol más activo y libre y

¹⁹⁷ Susanita es un personaje de la tira *Mafalda*, creada en Argentina por el humorista gráfico Quino (Joaquín Lavado). Esta tira representó a los personajes arquetípicos de los sectores medios en Argentina, coincidentes con los montevideanos. Susanita era una niña que soñaba con ser madre y esposa, con tener solvencia económica y ser reina del espacio doméstico (Cosse, 2014). Si bien se diferencia de las comunistas en la medida en que ella no tenía inquietudes políticas, Rosa y Juana se autodenominaron «Susanitas».

¹⁹⁸ Juana, *op cit.*, 2020.

¹⁹⁹ En *Poemas de otros* Ed. Planeta, Montevideo 2010 [1974], :133. Si bien el autor no era comunista y estos no solían leerlo, es retomado en la medida en que ilustra una concepción que atravesaba a las izquierdas en general.

donde se compartieran los intereses políticos (Paris y Ruiz: 1996; Markarian: 2012; Trías y Rodríguez: 2012; De Giorgi 2011, Leibner: 2011).

Puntualmente, en el caso del comunismo la matriz ideológica sobre el amor y la familia, la podemos rastrear en Bebel ([1879] 1976) y Engels ([1884] 2006), según quienes los matrimonios entre los dueños de los medios de producción se llevan a cabo exclusivamente por intereses económicos, con la imposición de la monogamia y la perpetuidad para garantizar la legitimidad de la herencia de la propiedad privada y el poder del *pater familia*. Sin embargo, entre los oprimidos del mundo, carentes de propiedad, las personas se unirían por amor, triunfando la monogamia como una elección fraterna y libre.

En las izquierdas en general, las parejas se integraban por personas de la misma organización política o afines; en la medida en que cada organización creía que su opción ideológica era la correcta, que la mayoría del tiempo solía compartirse con gente que militara en las mismas filas o afines, y que era muy difícil que alguien ajeno a la militancia comprendiera y aceptara los tiempos y prioridades de los y las militantes (París y Ruiz, 1996 Markarian: 2012; Leibner: 2011). Sin embargo, Elena transitó una experiencia distinta, *arreglándose* con un amigo alejado de toda preocupación política, justo a los 15 o 16 años, cuando ella estaba comenzando a militar. Actualmente considera que él representaba el modelo de novio, no el de *compañero*. En todo caso, la biografía amorosa de Elena nos permite pensar que existía la posibilidad de elegir otros caminos, sin que esto afectara la reputación de las *compañeras*, o les implicara un costo político. Parecía más lógico tener una pareja apartidaria, que miembro de una organización cuya estrategia se consideraba errónea; en este sentido, los propios prejuicios clausuraban la posibilidad de construir vínculos amorosos con miembros del MLN-T o la FAU.

Pese al deseo de construir un vínculo compañero, el amor no siempre golpeó la puerta del local partidario, y quedar *solteronas* no era un buen plan. La mayoría de mis entrevistadas no pudieron escapar de los mandatos sociales que las persuadían de tener pareja, aunque no estuvieran enamoradas, como reflexiona Elena:

Porque todas tenían novio. (...) También ayudaba a moverte dentro de la sociedad tener novio. Tenías novio. (...) en mi caso, necesitaba la seguridad del hombre, en el aspecto económico, en que te cuidara en la calle, en que te abrazara y vos te

sentieras como la nenita divina que iba con fulano de tal, en mi caso era la señora de un jugador de fútbol (...).²⁰⁰

Es decir que hubo mujeres que continuaron aceptando vínculos sin amor ni la fraternidad del compañerismo, porque la pareja daba prestigio y reafirmaba la feminidad.

En sus antípodas, hubo quienes, sin desestimar el amor y el compañerismo, se animaron a permanecer solteras y evitaron terminar en relaciones que las dominaran, como manifestó Alba: «Me encantaba tener un compañero, pero ya te digo... ¡Con qué condiciones! No cualquiera. Hay hombres que te vuelven una esclava».²⁰¹ Conviene recordar que ella tuvo formación profesional y la mayoría de sus vínculos integraban espacios más intelectualizados, es probable que esta condición haya propiciado que priorizara su autonomía sobre las convenciones sociales.

Por otro lado, incluso en aquellas parejas que intentaron construir un vínculo compañero, pueden observarse algunos atavismos, como los celos y cierto control discreto del varón sobre la mujer, como recuerda Rosa:

Algunas veces sí, he tenido que convencerlo de que «bueno che, pará un poco». ¿Temor a qué? Si voy a un acto o voy a algo... porque los hombres tienen ese temor de que vos vas a levantar la pata por ahí. ¡No macho, nada de eso! (...) Era un problema de celos. Yo no era celosa para nada, él tampoco. Pero a veces...²⁰²

Los celos no se problematizaban en profundidad, sino que se pivotaba entre una idea difusa y superficialmente manejada, de que eran manifestación de la propiedad privada, (Engels [1884] 2006) y las conductas asimiladas en un mundo donde los celos se consideraban producto del amor y un gesto de virilidad, pese a reivindicar mayor libertad para las *compañeras*.

Es probable que, en la medida en que el Partido buscaba parecerse al *pueblo* para incidir (Silva: 2009; De Giorgi 2011; Leibner 2011), no haya insistido demasiado en modificar aquellos hábitos fuertemente enraizados como parte de la cultura barrial; de hecho, los problemas relacionados al amor y la pareja eran considerados secundarios en la batalla contra el sistema capitalista. Además, es una obviedad que un partido

²⁰⁰ Elena, *op. cit.* 2021.

²⁰¹ Alba, *op. cit.* 2020.

²⁰² Rosa, *op. cit.* 2021.

estructurado sobre lógicas masculinas y dirigido por varones, pecara de miopía para analizar las opresiones que ellos mismos pudieran ejercer, pese a las pretensiones y discursos de igualdad —contradicción compartida por todas las izquierdas sesentistas de Uruguay—.

Finalmente, si bien desde la actualidad se puede considerar que los discursos en torno al amor y la pareja tuvieron sentido de corte liberal-conservador (Leibner: 2011), fueron sumamente rupturistas en su contexto. Sin embargo, es posible observar que para el caso estudiado los discursos se mantuvieron inscriptos dentro del paradigma del amor romántico y de los mandatos sociales que empujaban a las mujeres a realizarse con y para otro, aceptando una cuota mayor o menor de autoritarismo varonil.

Al cotejar las narrativas de mis entrevistadas, con las narrativas presentes en las investigaciones de los sectores medios ilustrados, es posible sugerir que estos últimos adscribieron con mayor apego al nuevo arquetipo de *compañerismo* amoroso.

El ajuar y el casamiento

El matrimonio implica el traspaso de una etapa vital a otra, de toda la liturgia en torno a este ritual, propongo analizar el casamiento en su función social, y el ajuar en su simbolismo íntimo. Son dos facetas de una costumbre cargada de sentidos: una pública, que necesita ser mostrada a través de una celebración y una privada, que necesita ser reservada a la habitación y la pareja.

Entre las entrevistadas, quienes contrajeron nupcias en el quinquenio estudiado, lo hicieron a partir del año 1971, y por diferentes causas, entre las que destaca el deseo de sus familias de origen, como recuerda Elena: «[Me casé] porque fue lo que me pidió mi mamá. Mi suegra me consiguió un vestido de novia prestado de una sobrina de ella. Me casé como una perfecta señorita, toda de blanco, con pestañas postizas».²⁰³

Al igual que Juana, se casó sin amor, a la espera de cumplir en el matrimonio la fantasía de la pareja feliz y a tono con *lo que todas hacían*. Que una fuera atea y la otra cristiana o que una pasara solo por el civil y la otra por la iglesia no evitó que ambas desearan el mismo modelo «Susanita», que las familias de ambas hicieran enormes

²⁰³Elena, *op. cit.* 2021.

esfuerzos para realizar una ceremonia decorosa, y que a pesar de eso tuvieran matrimonios infelices y se divorciaran a causa de ser víctimas de violencia ejercida por sus maridos.

Aquellas que crecieron en familias religiosas juraron amarse y respetarse hasta que la muerte los separe en la Iglesia de Fátima, mientras para las familias comunistas el civil fue un camino intermedio que respetaba el ateísmo, pero sellaba el compromiso.

El casamiento era todo un ritual que los adultos propiciaban y en el que invertían dinero y tiempo, aún en plena crisis; si no podían pagarlo, destinaban energía en conseguir todos los *chiches* para que el casamiento fuera lo más coqueto posible. Estos gastos significaban un gran sacrificio para estas familias trabajadoras que realizaban una celebración de la talla de los estratos medios. Todo parece indicar que las familias católicas invirtieron más dinero y esfuerzos que las ateas y apostaron más enfáticamente a la formalidad.

Luisa, a quien su madre obligó a casarse por iglesia como único camino digno para dejar la casa paterna, recuerda: «Mis padres se rompieron el lomo para que tenga todo el día de mi casamiento. Tuve todo lo mejor, todo como ellos lo planearon, y yo accedí a los caprichos de ellos. (...) Pero no me casé enamorada».²⁰⁴ Rosa fue la única que se casó enamorada, y cuyo matrimonio prosperó, sin embargo, manifestó haber aceptado contraer matrimonio porque era lo esperado, «lo que había que hacer»,²⁰⁵ es decir que fue más una negociación con el mundo adulto que en un deseo en sí mismo.

Durante el casamiento, el centro de las miradas siempre estaba puesto en la apariencia de la novia, vistiera galas blancas —como las novias de familias religiosas— o un conjuntito de color —como las novias de familias comunistas—. Así como el vestido blanco atestiguaba ante los invitados la castidad de la novia, el trajecito sencillo y colorido, se puede traducir como un contramensaje dado a la comunidad, al señalar que las nupcias no eran más que un festejo convencional y al descartar la importancia de la virginidad.

Las tradiciones familiares pesaron más que la ideología; pero el Partido, lejos de oponerse apoyaba la instancia, como un mecanismo más para mostrarse iguales al resto,

²⁰⁴ Luisa, *op. cit.*, 2021.

²⁰⁵ Rosa, *op. cit.*, 2021.

y en muchas oportunidades como fachada de los quehaceres políticos, como recuerda Elena:

[Me casé] con la anuencia del Partido, era lo mejor que me podía pasar. Para ir disimulando cosas que podía seguir haciendo. Era muy bueno lo que me estaba pasando a nivel político; a nivel personal era horrible pero no importaba.²⁰⁶

Ella acudió a la sede central del PCU, a pedir la aprobación del Comité Central para casarse; este gesto no constituía una costumbre comunista, pero ilustra el alcance que tenía la concepción del Partido como «la gran familia».

Según el etnólogo Van Gennep (1986[1909]) el matrimonio le da a la pareja *status* social, y un impulso económico traducido en regalos. Desde una perspectiva de género podemos agregar que los obsequios instan a construir la nueva vida decorosa y «decente» en el hogar y reenvían a la mujer al espacio doméstico. No por casualidad los regalos solían ser comprados en bazares, donde se elegían utensilios que poco importaban al varón, pero decoraban y facilitaban las tareas domésticas de las esposas; de hecho, al referirse a los regalos de bodas, todas las entrevistadas expresaron «*me* regalaron una sopera», no «*nos* regalaron». Estos presentes tampoco tuvieron ningún tipo de relación con su actividad política, sino que fueron ofrendas²⁰⁷ similares —más baratas, más humildes— a las que recibían las mujeres de estratos medios para enrolarse en el arquetipo «Susanita». La idea moderna de confort hogareño, traducida en comodidad, practicidad y salud que circulaba en dichos sectores desde la posguerra (Trochón: 2011), era por supuesto inaccesible a las obreras cerrenses, pero no por ello menos deseado, y menos propagandeado en *El Popular*.

Los obsequios matrimoniales eran la oportunidad de recibir algunos de esos objetos, que incluían desde la novedosa loza de cármica o las finas torteras de vidrio, hasta electrodomésticos pequeños como la tostadora. En tanto ofrenda, el aporte aumentaba en la medida que aumentaba el vínculo afectivo con la pareja y el aval hacia la nueva unión. Por ello las compañeras de trabajo de Rosa, en *El Popular*, le manifestaron con

²⁰⁶ Elena, *op. cit.*, 2021.

²⁰⁷ Utilizo esta expresión en el entendido de que la costumbre de realizar un regalo durante el casamiento contiene el espíritu de la ofrenda al matrimonio como hecho social.

entusiasmo que nunca habían hecho una colecta tan grande como la que hicieron para su casamiento, lo cual configuraba una muestra de lo mucho que la querían.

Tradicionalmente, los recién casados utilizan el ajuar: conjunto de ropa de cama, baño y demás enseres paciente y amorosamente realizados y bordados por la otrora novia como última actividad de soltera.

Todas las entrevistadas se hicieron un momento para ir a comprar la mejor tela de crea de plaza, blanca o rosada, sobre la cual bordar las sábanas; una opción era comprarla directamente en la fábrica La Mundial, para abaratar costos.

Su capacidad de gasto estaba limitada por los bajos sueldos y la crisis económica, y su tiempo pautado por el trabajo fuera del hogar, la colaboración con sus madres en los quehaceres domésticos, la militancia cotidiana y en algunos casos el estudio. No obstante, tanto las enamoradas como las no enamoradas transitaban ese ritual iniciático, en general acompañadas y tuteladas por sus madres. Si lo necesitaban, en la sección «Para la mujer y el hogar» encontraban consejitos para realizar delicados enseres matrimoniales.

La sábana del ajuar está vinculada ancestralmente a la procreación, simboliza la entrega de la mujer en la noche de bodas, supuestamente el momento solemne en que ellas «pierden la virginidad» en busca de la maternidad. Tal vez por esto, Elena, la única de las entrevistadas que llegó virgen al matrimonio, narró el proceso con una alegría entusiasta «¡Aaay! ¡Una cosa preciosa! ¡Divina! ¡Imagínate! Hasta me bordé sábanas, compré diez metros de crea, las cosí a máquina; el bordado a mano...».²⁰⁸

Por otro lado, aquellas jóvenes que rompieron el mandato de la castidad hasta el altar realizaron el mismo ritual sin cuestionarlo, como una convención que debían cumplir por costumbre. Lo recuerdan como una rutina más, sin que les removiera emociones o les implicara una preocupación central, como recuerda Juana:

Aunque te parezca mentira, lo hacía automáticamente, porque yo militaba en la UJC y trabajaba en la fábrica. Mi madre me marcaba las flores o lo que fuera y yo

²⁰⁸Elena, *op. cit.*, 2021.

las bordaba. Pero no me hacía ninguna mala sangre, lo hacía en cualquier momentito que tuviera, para mí no era lo más importante en la vida.²⁰⁹

En definitiva, ninguna cuestionó la realización del ajuar, tal vez, porque despojado de su hermandad con la castidad, el ajuar seguía siendo el primer acto simbólico en que la mujer demostraba su tendencia a la belleza y al mundo íntimo matrimonial.

En conclusión, está claro que el casamiento como acción social no fue cuestionado ni reivindicado por un partido en el cual podían integrarse aquellas mujeres renuentes al matrimonio, que como la artista plástica Leonilda González lo denunciaban como una condena sobre sus congéneres, y aquellas que, como mis entrevistadas, ofrendaban sus ahorros en el altar.

Por otro lado, no resulta menor que, en tanto festividad, el casamiento haya centrado la atención de las familias y parejas en un circuito de disfrute y esperanza, justo en el momento que la efervescencia sesentista estaba siendo oscurecida por el avance represivo.

Los dos momentos aquí analizados —la boda y la creación del ajuar—, tienen la potencia de reafirmar mandatos de género, y de refrescar los lazos con el pasado que se decía querer romper. Esas *muchachitas* no vieron ni contradicción ni anacronismo en protagonizar esta celebración de raíz tan religiosa y burguesa.

Desde el punto de vista antropológico e histórico el casamiento constituye un «ritual de paso» hacia la adultez, cuyo estudio importa no en los detalles *in situ*, sino en su significado (Van Gennep: 1986[1908]). Este acto implica abandonar el lugar que durante años se había ocupado en la sociedad, como joven y soltera, invistiéndose de un nuevo rol, para el cual las mujeres se habían preparado durante todas las etapas vitales previas.

La violencia silenciada

«En el Cerro los varones resolvían los conflictos a lo macho»²¹⁰

La mística del compañerismo y la fraternidad puede llevarnos a creer que los militantes de izquierdas reservaban la violencia para los enemigos de clase, sin embargo, las

²⁰⁹Juana, *op. cit.*, 2021.

²¹⁰ Juana, *op. cit.*, 2020.

entrevistas destaparon historias de golpes, abusos y autoritarismo en el seno de algunas familias comunistas. Y destaparon también la negligencia del Partido frente a ellos y su incapacidad de prevenir o enmendar la situación.

No pretendo indagar por qué estos hombres violentaron así a sus esposas, sino comprender por qué dentro de un partido político que reivindicaba la igualdad entre varones y mujeres, la violencia física hacia ellas permaneció naturalizada y silenciada.

Juana fue golpeada, insultada, celada y firmemente controlada por su marido, miembro del aparato armado del Partido. Tras pedirle ayuda al dirigente Jorge Mazzarovich²¹¹ en 1972, este habló directa e informalmente con el implicado, pero el PCU como tal no cuestionó su actitud, ni le quitó las armas, o lo expulsó. En este sentido, las entrevistadas recuerdan que si un varón agredía a una mujer en público —sea o no su pareja—, aquel era cuestionado en el momento y de forma inorgánica por sus *camaradas* varones «porque a las mujeres no se les pega. Estaba mal visto, punto»;²¹² pero no había mayores sanciones o un cuestionamiento formal; de hecho, ninguna entrevistada recuerda casos concretos que hayan llegado a la Comisión de Control Moral.²¹³ Es sabido que fueron expulsadas aquellas personas que ponían en riesgo el funcionamiento o la imagen de la organización, pero no encontré evidencia de que se hayan sancionado a *camaradas* por violentar a su pareja.²¹⁴ En este orden, la barrera entre el espacio público y el privado pautaba el límite entre los problemas individuales y colectivos.

Luisa y Elena, quienes también fueron brutalmente golpeadas por sus maridos, coinciden en que no consideraron pertinente denunciar orgánicamente la situación, porque lo entendieron como un problema ajeno al Partido, insignificante en el marco de las «urgencias políticas». Así mismo, uno de los factores que les impidió realizar la denuncia penal fue la visión sacrificial de priorizar lo colectivo sobre los aspectos

²¹¹ Jorge Mazzarovich fue secretario general de la UJC, fundador de la CNT y del FA. Desde 1970 fue miembro del Comité Central y del Comité Ejecutivo del Partido Comunista, hasta su detención en 1975. Con su liderazgo político y su familia constituida, llegó a ser un ejemplo de masculinidad para sus camaradas —fuerte pero fraterno, un esposo y marido presente y tierno según recuerdan las entrevistadas—

²¹² Rosa, *op. cit.*, 2020.

²¹³ El artículo 46 del Estatuto del PCU consigna que «Son motivo de sanción: la violación del Programa o los Estatutos, el incumplimiento de las resoluciones de los organismos respectivos; el fraccionalismo y todo atentado contra la unidad del Partido; las infracciones a la moral proletaria (falta de honestidad y sinceridad ante el Partido, difusión de calumnias, disolución en las costumbres) y todo cuanto dañe al Partido o a su autoridad ante las masas».

²¹⁴ No obstante, Leibner (2011) rescata que en esta misma época varios militantes fueron expulsados por ser homosexuales.

personales. En la medida en que Juana, aún dimensionando el peligro en que se encontraba, creyó poner en riesgo al aparato armado del PCU; Luisa se limitó porque su marido la amenazaba con *buchonear* a su hermano comunista y Elena temió perjudicar al Partido si denunciaba a uno de sus miembros de seguridad. Esto permite visualizar el gran desbalance que había entre lo personal y «lo político». Se puede agregar que la vergüenza, el tabú y la convicción de excepcionalidad propiciaron la discreción y la sujeción a las «buenas apariencias» en una época en que «la gente vivía mucho más para adentro, las mujeres se aguantaban cualquier cosa».²¹⁵

En primera instancia, es necesario recuperar el «espíritu de época». Recién en los años ochenta a este tipo de violencia se la caracterizó como violencia doméstica²¹⁶ identificándola como un problema estructural; hasta entonces toda vez que un hombre violentaba a su pareja «se lo consideraba un crimen pasional, categoría respaldada por el discurso médico, especialmente la psiquiatría, que desde el siglo XIX se ocupaba de patologías de origen moral y social, asociadas a la “locura”» (Martínez, L; 2021:59).

En este sentido, pasión y locura eran las responsables de un drama estrictamente personal. Como puede inferirse a partir de la prensa comunista, el PCU hizo eco de la ya explicada perspectiva patologizante sobre la violencia hacia las mujeres, en tanto, aquellas noticias que informaban al respecto ofrecen títulos tales como: «Por celos sexagenario ultimó a su compañera». Titular que merece dos reflexiones: en primera instancia el término «compañera» tan reivindicado por su impronta fraterna, se aplica a una relación violenta que decanta en un asesinato. Por otro lado, desconoce las críticas de Engels respecto a los celos y la opresión de los maridos sobre sus esposas ([1984] 2006), y se admite que el anciano se justifique en ellos. Queda claro que, en armonía con los imaginarios vernáculos —médicos, judiciales y populares—, los y las militantes del PCU creyeron que esta violencia era el resultado de brotes de locura o excesos de amor. Así como el desequilibrio mental daba el derecho al agresor de ampararse en la imputabilidad que le otorgaba su calidad de «loco» (Martínez: 2021), en el mundo militante este tipo de arrebatos no le hacía perder a nadie su investidura de *camarada*. Para los comunistas, la

²¹⁵ Alba, *op. cit.* 2020.

²¹⁶ El concepto de violencia doméstica lo acuñó por primera vez en Uruguay Mabel Simois, (fundadora de la ONG Casa de la Mujer Unión), a su regreso del exilio en España. Fue a partir de 1988 que el concepto cobró legitimidad y visibilidad, a partir de la lucha del movimiento de mujeres y feministas. Ese año se creó la Comisaría de la Mujer y en 1995 se aprobó la Ley 16.707 que modifica el Código Penal creando el delito de violencia doméstica (Martínez L.: 2021).

preponderancia masculina, se explicaba como una «cierta brutalidad para con sus esposas, muy arraigada desde el establecimiento de la monogamia» (Engels, [1884] 2006: 79); y que la revolución socialista prometía subsanar, al abolir definitivamente las desigualdades, cual «varita mágica». ²¹⁷

Claro está que en la cultura comunista los golpes «correctivos» o los gritos intrafamiliares eran desaconsejados como malos hábitos del pasado, y se daba prioridad al diálogo para solucionar las discrepancias. Pero la masculinidad de las militancias de izquierda, reivindicaban tanto la fraternidad, como la fuerza y la dureza (Cosse; 2019).

Así mismo, al repasar la sensibilidad local, resulta evidente que en el proceso de socialización estos varones interiorizaron la violencia como un atributo de masculinidad naturalizado (Segato, 2003), en la medida en que sus mayores solucionaban las discrepancias *a lo macho*.²¹⁸ Ellos crecieron entre sobrevivientes de guerras y masacres u hombres de campo con facón calzado en la cintura y se acostumbraron a trabajos duros, donde el uso de la fuerza era una condición indispensable. No quiero decir que esto haya generado la violencia hacia las mujeres o que la agresividad corra por la sangre cerrense, sino que los conceptos de violencia han ido variando, y es probable que una sensibilidad acostumbrada a la dureza y la fuerza haya sido incapaz de juzgar al golpe marital como algo negativo. Si bien aún no hay estudios al respecto para otras localidades montevidéanas, las entrevistadas coinciden en señalar que posiblemente en los sectores intelectualizados, este tipo de violencia no haya estado tan presente en las conductas de los militantes.²¹⁹

La imposibilidad de pensar este tipo de violencia como un problema con raíces sociopolíticas, coadyuvó a su marginación en las agendas políticas, incluso en las correspondientes a los *espacios femeninos*. Ni en los congresos nacionales e internacionales en que participaban las comunistas, ni en las actividades barriales que organizaban, ni en las publicaciones de «Para la Mujer y el hogar» o *Mujeres en Lucha*,

²¹⁷ Braselli, *op. cit.*, 2020.

²¹⁸ Las entrevistadas enumeraron algunos episodios comunes en la época de su infancia que ayudan a ilustrar la atmósfera en la que se socializaron sus futuros esposos. A modo ilustrativo puedo mencionar al abuelo de Juana que desenvainaba el facón cuando perdía a los juegos de cartas con su familia, o que obligaba a la esposa a caminar detrás de él; los prejuicios que recayeron sobre la madre de Elena por su sexualidad distendida o las trifulcas en los bares y la siempre aplaudida paliza a los *carneros*.

²¹⁹ Esto es solo un supuesto planteado por las entrevistadas; hubiera sido necesario analizar cifras de denuncias para llegar a una conclusión relativamente fundada, pero no posible acceder a esos archivos.

o en las conmemoraciones en torno al ocho de marzo²²⁰, se hacía referencia a la violencia que los maridos ejercían contra las mujeres.

Cuando se recordaba que para Marx «la lucha por el derrocamiento de la sociedad capitalista y la liberación de la mujer era la razón de su existencia»,²²¹ se referían más bien, a terminar con los malos tratos que le propinaban los patrones, a liberarlas de las cadenas que las ataban exclusivamente al espacio doméstico y a limar los márgenes más visibles del autoritarismo de los varones como agredirlas en público.²²²

Volviendo al caso de Juana y la intervención de Mazzarovich, propongo que el hecho de que haya decidido interceder a título personal, en lugar de derivarlo al propio Partido, puede tener que ver con que, como se ha dicho, no se creía que estas situaciones tuvieran vínculo alguno con la vida política, pero también con los vínculos cofrades, según los cuales los varones se protegen a sí mismos.

Cuestionar públicamente el comportamiento de los *camaradas* podía manchar su honor y la pulcritud de la propia organización, empañaría el discurso maniqueo y simplista en el que los burgueses son los malos y los obreros organizados los buenos. En este sentido señala Elena que «en el partido si se sabía que había una infidelidad o violencia, no se metían; “bueno *ta*, labura, milita, ya está, no puede ser perfecto” (...)».²²³ A los militantes se los juzgaba por su potencial político, no por sus actitudes privadas, según continuó explicando Elena «nadie se cuestionaba eso, el tipo se valoraba porque iba al sindicato, e iba a esto o a lo otro, era buen vecino. Pero si era buen padre o buen marido, nadie se lo cuestionaba. Eran dos vidas paralelas». ²²⁴

El silencio que escondió estas situaciones puede ilustrarse en dos círculos concéntricos: en el interno, la individualización del problema y la falta de conceptualización sobre la violencia hacia las mujeres como un problema social generó el desamparo para las violentadas y su silencio, y evitó que los y las *camaradas* supieran que el problema acuciaba en sus propias filas. En el externo, la supeditación de la vida

²²⁰ Según consigna *El Popular*, las comisiones Femeninas del Fidel y de la CNT y el MFJyPS realizaban diversas actividades barriales en conmemoración de esta fecha y reclamaban mejoras condiciones laborales (*El Popular*, 9 de marzo de 1969:7 y 25 de marzo de 1973: 5); incluso en 1969 el Comité Femenino del FideL del Cerro organizó un acto en el local de la calle Grecia y Berna (*El Popular* 8 de marzo de 1969: 7).

²²¹ *El Popular*, 5 de mayo de 1968:7.

²²² Alba, Selva y Luisa, *op. cit.*

²²³ Elena, *op. cit.* 2021.

²²⁴ Elena, *op. cit.* 2021.

privada a las necesidades de la organización y el sentimiento de cofradía entre los *camaradas* hizo oídos sordos, ante la evidencia de las agresiones. Pero esto solo se entiende visualizando que el PCU, hijo de su tiempo, organizó su análisis de las relaciones de poder sobre una perspectiva androcéntrica, incapaz de desmontar la identidad patriarcal de sus miembros. Por el contrario, la imagen del militante sesentista refuerza ese lugar al reivindicar los atributos típicamente masculinos y se sostiene sobre la minorización de las mujeres y sus problemas. Estas incoherencias entre los discursos emancipatorios e igualitaristas del PCU, las actitudes concretas de sus miembros y la negligencia en este tipo de asuntos, se entiende perfectamente cuando recordamos que, en primera instancia, la lucha era estrictamente de clases y se creía que tras la Revolución estos problemas se solucionarían, y en segunda instancia, que los problemas privados no se leían como políticos —salvo cuando consideraban que ponían en peligro el status o seguridad del Partido, como en el caso de la homosexualidad—.

VII. Discursos y prácticas en torno a la sexualidad

En la vorágine de los sesenta, también fueron cuestionadas, reinventadas y reactualizadas las pautas en torno a la sexualidad y la reproducción. En este capítulo pretendo analizar cómo el PCU abordó estas temáticas, a la luz de los debates revolucionarios; y como sus lineamientos influyeron en la vida sexual de mis entrevistadas.

«La Revolución no se hace en la cama»²²⁵

Los testimonios recogidos por el informe *Sexo y amor en el Uruguay*, (Anónimo, 1970) denotan que hasta fines de los sesenta la sexualidad femenina había estado más atravesada

²²⁵ *El Popular*, 12 de mayo 1972: 9, psicólogo Enrique Sobrado.

por el dolor, el pudor y la culpa que por el erotismo y el placer; y aseguraba que esa situación estaba quedando atrás:

Se era esposa con dolor (el desgarramiento del himen), se era madre con dolor, el dolor purificaba los aspectos culposos de una relación que se tenía por medio de órganos socialmente descalificados: las partes bajas, las «vergüenzas», las «inmundicias», las partes «pudendas» y otras denominaciones despreciativas. La mujer entonces padecía la relación sexual, tal vez como castigo por haber sido siempre la tentación del hombre, la culpable de los pecados de la carne, de la pérdida del paraíso. Solo se redimía como madre. (Anónimo, 1970:203)

Tras preguntarle a mis entrevistadas sobre la sexualidad en su juventud, ellas señalaron que se consideraban más libres que sus madres, porque podían tener relaciones sexuales antes del matrimonio. No obstante, en los ochenta pudieron descubrir que las transformaciones habían sido muy pequeñas, sin llegar, en general, a vivir una sexualidad plena, en la medida en que continuaban teniendo relaciones sexuales cuándo y cómo los varones querían. Como explicó Elena: «la mujer siempre tenía que estar disponible»,²²⁶ sin que ellos se preocuparan porque sus compañeras sientan placer porque «no sabían tampoco, no se cuestionaban que estaba mal, era eso».²²⁷

Según se pudo inferir de las entrevistas básicamente la mujer era pasiva y el hombre activo, el encuentro sexual empezaba con las ganas e insinuación de este, continuaba con el coito y terminaba con la eyaculación masculina. Ellas no se animaban a tener la iniciativa o a proponer innovar y no tenían un nivel de educación sexual y autoconocimiento que les permitiese romper con los estereotipos en la cama.

Por supuesto que algunas corrieron con mayor suerte, como recuerda Luisa: «no sabía lo que era un orgasmo, pero creo que yo lo sentía. La segunda o la tercera vez me di cuenta de que era distinto: “acá está pasando algo”».²²⁸ Tal vez este descubrimiento, fue lo que llevó a Luisa a indagar un poco más y a leer a escondidas de su marido un manual

²²⁶ Elena, *op. cit.*, 2021.

²²⁷ Elena, *op. cit.*, 2021.

²²⁸ Luisa *op. cit.*, 2021.

de sexualidad. En sus antípodas, Elena vivió durante años el encuentro sexual como una experiencia espantosa, sin saber que podía ser de otra manera:

Una carnicería, horrible, traumática. Yo no quería saber nada de aquel infierno. Y eso que era una gran contradicción, porque éramos jóvenes, sentíamos cosas, imagínate todo eso acumulado (...) Y cuando llegaste ahí ¡uf! Vos decías: «¿qué sentido tiene todo esto» Porque eso del orgasmo y todo eso fue mucho después que una lo aprendió.²²⁹

Si bien el 95, 7 % de los testimonios citados en *Sexo y Amor en Uruguay* (1970) aseguraron que les resultaba importante que en el encuentro sexual ambas personas gozaran, la experiencia de mis entrevistadas fue en sentido opuesto.

Las palabras «orgasmo», «libido» y «zonas erógenas» les eran tan desconocidas como la prolífica literatura vanguardista del primer mundo. Así, sus cuerpos sexuados no les pertenecían, por más intención revolucionaria que tuvieran.

Por otro lado, en la sociedad sesentista la masturbación aún era un tabú, era considerada como una mala estrategia a falta de una compañera sexual, pero aceptada en los varones cuyos cuerpos deseantes, se asumía, tenían necesidades imperiosas que satisfacer. Sin embargo, los cuerpos de las mujeres, que históricamente han estado asociados a la procreación y al placer del otro, despojados del derecho a desear y excitarse, tenían la masturbación completamente vedada.

Cabe señalar que, según se intuye en *El Popular*, y se confirma en las entrevistas, la experimentación en los años sesenta estaba generalmente reducida a la genitalidad, efecto de un mundo que domesticó los cuerpos y los placeres en aras de la productividad, como sostuvo anticipadamente Marcuse en *Eros y Civilización* en la medida en que «logra la desexualización del cuerpo necesaria: la libido llega a estar concentrada en una sola parte del cuerpo, dejando así, casi todo el resto libre para ser usado como instrumento de trabajo» (1983 [1955]: 69).

Las madres o abuelas callaban lo relativo al placer y el erotismo femenino —tal vez muchas ni lo conocían—, lo cual decantó en una educación que emparentó el cuerpo de las mujeres al dolor, al servicio y la entrega, nunca al disfrute. Las instituciones educativas tampoco les hablaron sobre lo que hoy denominamos «salud sexual y reproductiva»; se dieron cuenta solas y con culpa de que en la juventud los deseos y curiosidades se

²²⁹ Elena, *op. cit.*, 2021.

disparan, que las hormonas arrebatan hasta las mentes más disciplinadas; pero no tuvieron herramientas para canalizar ese torbellino de forma saludable.

El escaso conocimiento que adquirieron sobre educación sexual llegó de la mano de algunos profesionales, que ocasionalmente publicaron en *El Popular* notas que contemplaban premisas políticas de viejo cuño comunista, aunque nada indica que haya existido una postura oficial sobre estos temas (Markarian; 2012). Las firmas personales en las notas del diario indican que no fue el Partido el que se pronunció, pero el mensaje era recibido como si lo fuera, en última instancia era aceptado por el consejo editor del periódico, que seguía la línea del PCU.

Muy circunstancialmente se denunció «la visualización de la mujer como objeto sexual destinado a satisfacer. Es un hecho real que va más allá de la actitud de sectores de vanguardia. La sociedad con sus lacras se impone en términos generales»,²³⁰ frase que denuncia la persistencia de la opresión sobre las mujeres más allá de lo avanzados que pudieran creerse algunos sectores vanguardistas. En esta columna se sostiene que el problema radica en la falta de una correcta educación sexual, omisa en las instituciones educativas y errada en aquellas familias que, dispuestas a enseñar a sus hijos se limitaban a explicarles aspectos fisiológicos de los órganos reproductores. Pese a los esfuerzos de Enrique Sobrado por explicar que los tabúes sexuales condenaban a las mujeres a una vida de frigidez, el orgasmo femenino en Uruguay aún no estaba legitimado.

Los columnistas hicieron un llamado a revalorizar el sexo, considerándolo cardinal para la «supervivencia física y espiritual»,²³¹ pero hipertrofiado por el liberalismo sexual burgués y por el ascetismo religioso. No obstante, sostuvieron que un buen comunista no podía derrochar tiempo en estas discusiones y mucho menos privilegiar la revolución sexual a la Revolución político-económica. En este sentido Enrique Sobrado sostenía que:

Muchas veces la rotura valiente de los prejuicios produce un prejuicio del prejuicio, lo que no hace más que facilitar la canalización de la catarsis fácil, de la rebeldía *snob*, desperdiciando fuerzas pasibles de aplicar a causas más

²³⁰ El Popular, *op. cit.*

²³¹ *Ujotacé*, 8 de agosto de 1970: 8 y *El Popular* 8 de agosto de 1970, anónimo.

fructíferas. Es importante estudiar y desmitificar, denunciando incluso el sexo, pero a no confundirse, porque la revolución no se hace en la cama.²³²

Tal como Lenin había propuesto (Zetkin; 1925),²³³ el psicólogo consideraba que los excesos del sexo desgastaban la energía, la concentración, la fuerza y la salud de los jóvenes, a la vez que continuaba la línea de la moral burguesa, disfrutando del sexo sin amor y los placeres individuales. En un sentido similar, Arévalo (1968) sostuvo que el capitalismo utilizaba al sexo y la pornografía para corromper la moral de los jóvenes, mientras la educación sexual en el bloque socialista permitía formar jóvenes dignos de la sociedad marxista cuyas energías se enfocaran en el trabajo, el estudio y el desarrollo espiritual. Los comunistas reivindicaron el sexo investido de amor, con perspectivas largoplacistas y denunciaron al sexo por deporte, que la moda imponía: «No podemos desligar el sexo del amor. Deben ir estrechamente unidos: el sexo como culminación de un proceso de acercamiento de la pareja, elevada a la perspectiva de la unión definitiva».²³⁴

Sintetizando, la Revolución prometía solucionar también los problemas sexuales, pero en el marco de la apertura sexual de los sesenta, resultaba necesario encauzar la sexualidad sin dejar terreno al «liberalismo sexual». Sin concentrarse demasiado al respecto, es evidente que hubo comunistas con la necesidad de poner paños fríos ante una juventud que recibía estímulos sexuales por todos lados —revistas, películas etc.—. Como es notorio, estas preocupaciones giraron más en torno al lugar que el sexo debía ocupar y el sentido que debía tener en la vida de los militantes, que a sus aristas fisiológicas. A la luz de la bibliografía referida a los espacios intelectualizados (Paris y Ruiz, 1996; De Giorgi, 2011; Markarian, 2012), es posible proponer que allí las jóvenes tenían más derecho al erotismo y al placer sexual que en el Cerro.

Así mismo, estas investigaciones también sugieren que si bien hubo jóvenes que tendieron a liberalizar los placeres carnales, las propuestas de transformación sexual no eran parte de sus prioridades y fueron limitadas, en tanto se mantuvieron apegadas a la heterosexualidad y la monogamia. No obstante, al igual que lo planteado en el capítulo

²³² *El Popular*, 12 de mayo 1972: 9, por Enrique Sobrado. Si bien no es posible asegurar que haya leído las posturas del Lenin al respecto, es notoria la coincidencia en las ideas.

²³³ El texto fue redactado por Zetkin luego de entrevistarse con Lenin, sin grabarlo. Lenin discutió con algunas mujeres líderes que proponían la cuestión sexual como algo urgente, entre ellas Kollontai y Zetkin.

²³⁴ *El Popular op. cit.*

anterior, es posible considerar que estas transformaciones en su momento fueron profundamente rupturistas, se abandonó el mandato de virginidad y el binomio sexo-maternidad.

Por otro lado, la concepción de estar transitando una «liberación sexual» —como parte de un proceso revolucionario más general— se respiraba en Uruguay, pero sin grandes teorizaciones. Este capítulo confirma las conclusiones de Markarian (2012) que plantean que los comportamientos sexuales de los jóvenes de izquierdas estuvieron más determinados por una atmósfera general de flexibilización y cuestionamientos a la moral tradicional, que a reflexiones concienzudas por parte de las organizaciones de izquierda; en un sentido similar Isabella Cosse propone:

colocar las ambigüedades en el marco de un cambio de sensibilidades. La dinámica de este tipo de procesos —de carácter cultural— supone pensar en transformaciones graduales, contradictorias y con marchas y contramarchas, en las cuales no es posible esperar el surgimiento inmediato de patrones por completo articulados, en rápido reemplazo del modelo cuestionado. (Cosse, 2008: 146).

En esta línea, pueden tamizarse las derivas de la llamada «revolución sexual», y pensarse más bien en una «renovación sexual» general, y que así mismo, intentó ser encuadrada por el Partido.

Planificación Familiar: ¿Imposición imperialista o derecho de las parejas?

Los debates sobre la Planificación Familiar (PF), han sido claves a lo largo del siglo XX, en tanto las sociedades modernas, necesitadas de mano de obra dócil y fuerte, han concebido al embarazo, el parto y la infancia como momentos claves de los que depende el futuro.

La mujer fue objeto de consideraciones políticas y médicas en tanto madre, invisibilizada como persona *per se*, y los niños sujetos de derechos que apostaban a configurar adultos útiles. Así mismo, muchas mujeres —se identificaran como feministas o no— reclamaron el derecho a elegir cuándo y cuántos hijos tener, independizando así

al sexo de la procreación.²³⁵ El comunismo internacional y local no estuvo al margen de esta lógica y le disputó a sus «enemigos de clase» la defensa de la maternidad y las infancias.

Sin embargo, estos debates cobraron un impulso inusitado en la década del sesenta, no solo porque las transformaciones culturales apuntaban a disolver el mandato sacrosanto de la maternidad y el binomio sexo-procreación, al aceptar el sexo-placer, sino también porque el *baby boom* de la posguerra y el aumento en la esperanza de vida, proyectaban un incremento poblacional mundial insostenible para el sistema.²³⁶ En este marco se desarrollaron las campañas internacionales por la Planificación Familiar (PF), orquestadas por organizaciones como la Federación Internacional de Planificación Familiar (FIPF); la declaración de la PF como un Derecho Humano,²³⁷ y la encíclica *Humanae Vitae* que prohibía cualquier método anticonceptivo, salvo el del ritmo.²³⁸

Estas discusiones encontraron interlocutores en las izquierdas latinoamericanas, que denunciaron que la FIPF buscaba la reducción familiar en aquellos países con presión demográfica, a fin de evitar problemas económicos y tensiones sociopolíticas que pudieran derivar en movimientos revolucionarios.²³⁹ En nuestro país, profesionales comprometidos con la izquierda se pronunciaron al respecto, como el doctor Buño²⁴⁰ que consideraba que:

Lo que se está viviendo es, en realidad, el miedo a una población que tarde o temprano reclamará sus derechos a todos los goces de la vida, que no aceptará que

²³⁵ A comienzos del siglo pasado las comunistas y anarquistas ya reclamaban educación anticonceptiva, incluso en la Rusia revolucionaria se decretó el derecho al aborto. También hubo movimientos específicos por el control de la natalidad y defensores de los derechos de las mujeres organizados por Margaret Sanger en EE. UU. y María Stopes en Gran Bretaña. En 1952 se fundó la Federación Internacional de Planificación Familiar cuya presidenta fue Sanger; organización cuyo campo de acción fue mundial y que posteriormente fue cooptada por varones preocupados por sus intereses económicos y políticos que ignoraron los deseos, los intereses y la salud de las mujeres.

²³⁶ Incluso 1974 fue el Año Mundial de la Población, en torno al cual se realizaron diversas publicaciones. Ver *¿Año mundial de la población o despoblamiento del tercer mundo?* Assandri, A. et al., Ed. Apoce, 1974, Montevideo.

²³⁷ En el siguiente capítulo se mencionarán los distintos métodos anticonceptivos en boga en el momento, y sus contradicciones.

²³⁸ Los derechos sexuales y reproductivos fueron consagrados como derecho humano de las mujeres en el año 1995 en la IV Conferencia de Beijing.

²³⁹ *La revolución de la píldora* (Felitti, 2012) es una excelente investigación al respecto para el caso argentino.

²⁴⁰ Doctor endocrinólogo, profesor, exrector interino (1969) y exdecano de la facultad de medicina (1963-1966). En el Foro Primario sobre Planificación Familiar, desarrollado en diciembre de 1969 por la Facultad

estos sean para unos pocos elegidos y frente a la explosión demográfica se acude a este recurso, el más fácil y el más inhumano.²⁴¹

Sorpresivamente descubrí que las entrevistadas, pese a estar de acuerdo con todo método anticonceptivo, se mantuvieron al margen de estas discusiones porque consideraban que eran temas de intelectuales. La medicalización de los métodos anticonceptivos se cristalizaba en la posibilidad de tener relaciones sexuales motivadas por la búsqueda de placer y no por la procreación, y, al verlo como un problema individual, eso era lo único que les resultaba relevante. Ellas tuvieron un máximo de tres hijos, lo que demuestra que recurrieron a algún tipo de método anticonceptivo o a la práctica del aborto, como profundizaré en el siguiente capítulo.

Sin embargo, en los circuitos donde efectivamente se discutía sobre PF, el placer o el deseo fueron temáticas omisas en las consideraciones, en la medida en que no fue abordado como un tema de implicancias personales.

Resolví, de todas maneras, indagar en qué términos el PCU gestionó estas discusiones, a fin de evaluar si pueden haber generado una cierta atmósfera entre sus militantes y cómo es posible que las mujeres no se hayan interesado por este tema.

En Uruguay, las diversas propuestas en torno a la PF texturaron los debates entre profesionales y estudiantes de la salud.²⁴² Aunque un breve repaso por la prensa de izquierdas permite concluir que aquí los debates públicos fueron más bien tímidos y limitados, citados marginalmente en periódicos como *El Popular*, *Marcha* y *Al rojo vivo*. Teniendo en cuenta la ausencia del tema en la publicación juvenil *Ujotacé* y en periódicos como *Compañero* o *Izquierda*, propongo que las discusiones al respecto se circunscribían

de Medicina de la UdelaR, integró el grupo que se oponía a la Planificación Familiar, según consignó *Marcha* (12 de diciembre de 1969: 28).

²⁴¹ En *El Popular*, 9 de agosto de 1970.

Entre los comunistas se recomendaba la lectura de *El proceso al control de la natalidad* (1970) de Ricardo Yelpe, Ed. Girón, Montevideo y *Explosión demográfica* (1973), por el Centro Cultural Dámaso A. Larrañaga.

²⁴² Aquí funcionaba una clínica de PF en el Pereira Rossell financiada por la Asociación Uruguaya de Planificación Familiar e Investigación Sobre Reproducción Humana; a cargo del doctor Hermógenes Álvarez y vinculada con la FIPF, y varias clínicas en otros departamentos, según consigna *Marcha* (17 de octubre de 1969: 12).

mayormente a ámbitos universitarios y médicos, y que estaban lejos de ser una preocupación real para las militancias de izquierda ajena a ese *mundillo*.

Aun así, pueden visualizarse dos posturas antagónicas: quienes rechazaban absolutamente la PF por considerarla parte de un plan imperial,²⁴³ y quienes la defendían por considerarla un legítimo derecho de las mujeres a vivir una sexualidad más libre.²⁴⁴ Es importante mencionar entre estos últimos a Hermógenes Álvarez y Juan José Crottogini. El primero fue un médico cirujano y ginecólogo —figura destacada respecto a la salud reproductiva y el nacimiento— que creó el primer centro de planificación familiar y educación sexual de Uruguay, donde se desarrollaron las primeras investigaciones sobre dispositivos intrauterinos (Lippes). En esa clínica trabajó la partera feminista y libertaria Elvira Lutz. Así mismo, Crottogini, fue ginecólogo y obstetra, presidente del Sindicato Médico del Uruguay entre 1950 y 1951, muy cercano al doctor Sacchi.²⁴⁵ Ofició como decano de la Facultad de Medicina entre 1957 y 1963 y fue rector interino de la Universidad de la República entre 1964 y 1966. En otro orden, fue propuesto como vicepresidente de la nación por el Frente Amplio en 1971.

Cabe señalar que el Partido no se pronunció orgánicamente, pero *El Popular* hizo eco de aquellos argumentos intermedios que aprobaban la PF como el derecho de cada pareja a elegir cuándo y cuántos hijos tener, pero que a su vez cuestionaban su instrumentalización imperialista, y además la sujetaban siempre a la lucha por la transformación socioeconómica. En este sentido se abonaba una postura intermedia que respetaba la planificación familiar, pero se oponía a la impulsada por el capitalismo cuyo máximo exponente fue el mencionado doctor Buño.

Esta postura es coherente con el comunismo de vieja estirpe que había criticado al malthusianismo como doctrina, pero había apoyado la despenalización del aborto y la educación anticonceptiva.²⁴⁶ A fin de visualizar los matices dentro de las izquierdas, me

²⁴³ «Esterilización, arma del imperialismo», consignó *Marcha* en su portada del 31 de octubre de 1969, para referir a la PF. Ver misma fecha, página 13 y 14.

²⁴⁴ En *Marcha* (12 de diciembre de 1969: 28), se mapean las distintas posturas entre los médicos y estudiantes de medicina presentes en el Foro Primario sobre PF, convocado por la Facultad de Medicina de la UdelaR.

²⁴⁵ El doctor comunista Hugo Sacchi (1913-1993), fue un referente para las mujeres del PCU en la medida en que importó las técnicas del parto sin dolor desarrolladas en la URSS. Ver capítulo «El parto sin dolor: las pacientes del Dr. Hugo Sacchi» de la presente tesis.

²⁴⁶ Alexandra Kollontai, Clara Zetkin, Inessa Armand, Nadezhda Krupskaya encabezaron esta lucha en la que reivindicaban el derecho a elegir cuándo tener hijos sin concebir la posibilidad de nunca desear tenerlos.

interesa mencionar que *Marcha*, coincide con el reclamo del reparto de riquezas, pero rechaza completamente a la PF, a la que cataloga como un eufemismo malthusiano.²⁴⁷

Por último, aunque las implicancias directas de la *Humanae Vitae* y la PF se imprimieran en los cuerpos de las mujeres, no fueron consultadas ni las *camaradas*, ni las técnicas —como la partera libertaria Elvira Lutz, por ejemplo—, ni fueron mencionadas las consideraciones de las feministas del primer mundo. Sintomáticamente las notas al respecto no fueron publicadas en la página «Para la mujer y el hogar», ni encontré pronunciamientos de los espacios femeninos mencionados a lo largo de esta tesis.²⁴⁸ Así mismo, los argumentos analizados a favor de la PF giraban sobre todo en torno a los derechos de las parejas en general, más que de las mujeres en particular.

El problema no tenía, para la izquierda en general, ni para el Partido en particular, investidura de mujer, ni mucho menos la marca del patriarcado, y empujaba el debate al ángulo puramente económico. Tal vez por esto, y por considerar —como ya ha sido mencionado en reiteradas oportunidades— que lo personal no se vincula a lo político, mis entrevistadas no intervinieron en estos debates.

El uso de métodos anticonceptivos estuvo en sintonía con el cambio en las mentalidades que en los años sesenta implicó dejar de medir a la feminidad por la cantidad de hijos, independizar al sexo de la procreación y tener en cuenta las condiciones a la hora de traer niños al mundo, pero sin posicionar a las mujeres como sujetos activos en el seno de las discusiones.

«No quedar a destiempo»²⁴⁹

Métodos anticonceptivos y el recurso del aborto

En general, los *compañeros* de estas jovencitas, se negaban a usar preservativos y las pastillas eran costosas, de muy mala calidad y solían generar malestar, provocando que algunas utilizaran el método natural o el *coitus interruptus* hasta que accedieron al DIU,

²⁴⁷ *Marcha* 17 de octubre de 1969: 13 y 14; 31 de octubre de 1969: 13; 3 de abril de 1970: 20; 21 de enero de 1973: 21.

²⁴⁸ La misma omnipresencia masculina en los debates encontró Markarian (2020) en el ámbito universitario y profesional, reflejado en los intercambios realizados en *Marcha* en la época.

²⁴⁹ La expresión «quedar a destiempo» la tomé prestada de una entrevista inédita realizada por Ana Laura de Giorgi. Comunicación personal, 2021.

también conocido como «pirulín». Era un método generalmente aceptado en el mundo por su bajo costo, eficacia y reversibilidad, aunque solía generar dolores.²⁵⁰ Otros métodos posibles en la época eran el diafragma, la ligadura de trompas o la ligadura del canal deferente —estas últimas dos irreversibles—.

El método del ritmo y la interrupción del coito solían ser muy utilizados por ser los menos agresivos para el cuerpo, pero no siempre funcionaban. En el primer caso el problema es que los períodos pueden ser irregulares y que la mayoría no sabía que hay un margen de tres días previos y tres días posteriores a la ovulación en que hay riesgo de embarazo.²⁵¹ En el segundo caso, el problema es que desconocían que el líquido preseminal puede contener espermatozoides. Así, algunas tuvieron embarazos no deseados, por lo que eligieron el camino del aborto clandestino, una práctica generalizada en Uruguay.

Existían viejas recetas como el uso del perejil, pero las entrevistadas prefirieron los raspajes que se realizaban en algunas de las clínicas clandestinas del barrio; casualmente una funcionaba frente a la comisaría. Ninguna de mis testimoniante supo decirme si los médicos del PCU realizaban abortos a sus *camaradas*, sin embargo, un testimonio recogido por De Giorgi, sostiene, que —al menos en los estratos medios intelectualizados— existía una especie de red informal, que de hecho se activaba cuando alguna *compañera* «quedaba a destiempo». La hospedaban y cuidaban en hogares comunistas y le gestionaban la interrupción del embarazo sin fines de lucro, con médicos *camaradas*.²⁵²

Las entrevistadas que se realizaron abortos tenían ya familia constituida y deseaban tener más hijos, pero consideraron que en el marco de la crisis no podían alimentar a un niño más. Cabe señalar que ni el avance autoritario, ni las exigencias de la vida militante influyeron en esta resolución. Hoy sostienen no haber sentido culpa, pero si el peso de la clandestinidad y la tristeza de abortar por decisión propia viciada por la necesidad.

La situación no la hablaban entre *compañeras*, sino con alguna amiga de suma confianza, que las acompañaba a la clínica; sus maridos supieron, pero rara vez las acompañaron en el proceso. Al regresar al hogar debieron actuar como si nada hubiera pasado, y cargar con el dolor físico y emocional, el riesgo a padecer una infección o a ser

²⁵⁰ A fines de 1969 la Asociación de Sindicatos Libres donó dispositivos intrauterinos al hospital de Salto, lo cual generó importantes discusiones en tanto que la medida fue denunciada como un avance imperialista (Markarian: 2020).

²⁵¹ Este riesgo fue explicado en el libro *Parto sin dolor*, y en *Marcha* 8 de agosto de 1968, p. 28.

²⁵² De Giorgi, comunicación personal, 2021.

penalizadas y la soledad que implicaba un tema tan tabú como lo era la interrupción de un embarazo en ese momento.

Además de la violencia que en general significaban esos procedimientos, las mujeres que abortaban no tenían conocimientos sobre los cambios hormonales que se procesaban en sus cuerpos, no podían pensar la vivencia desde una perspectiva holística —ya que no tenía lugar en el paradigma médico de la época— ni podían compartir sus sentimientos con otras mujeres que hubieran pasado por la misma experiencia que no culmina con la extracción del embrión.

Desde el PCU la despenalización del aborto no estaba planteada como una reivindicación explícita, sin embargo, implícita y marginalmente la preocupación se proponía en *El Popular* a través del aporte de científicos y con noticias del bloque socialista. Las columnas eran firmadas con profesión, nombre y apellido, así legitimaban con credenciales científicas las opiniones y despojando las conclusiones de un carácter ideológico

En 1970, en la página de, «Aportes a la divulgación científica y cultural» de *El Popular*, el doctor Buño explicó que el aborto era un antiguo método frecuentemente utilizado por ser:

El único posible cuando la imprevisión, la ignorancia o la imposibilidad material condujo a la situación de embarazo, de la cual no se puede salir por otro procedimiento. Debe ser cuidadosamente legislado y autorizado, debe realizarse siempre en un ambiente quirúrgico especializado ya que exige destreza técnica y cuidados especiales que solamente allí se pueden garantizar.²⁵³

Así, se lo presentó como una realidad imposible de evadir, que debía dirimirse como un problema estrictamente médico con las correspondientes garantías sanitarias. Expía las culpas de las mujeres al contemplar la *imprevisión, la ignorancia y la imposibilidad material*, como causas válidas para interrumpir un embarazo, en armonía con una mentalidad que no aceptaba el binomio sexo-placer.

Lo que propone específicamente es la regulación en manos del Estado y los médicos, reforzando la gobernanza de los varones sobre los cuerpos y decisiones de las mujeres en nombre de un derecho para ellas. Esta postura es muy similar al discurso en torno a la

²⁵³*El Popular*, 9 de agosto de 1970.

medicalización, despenalización y gestión estatal del aborto en Rusia (1920)²⁵⁴ mientras retomaban la reivindicación de proteger la salud de la mujer y el desarrollo de los niños.²⁵⁵ Así mismo, la noticia titulada «La decisión por el hijo deseado» califica como un progreso hacia la despenalización de la interrupción del embarazo, y el reparto gratuito de pastillas anticonceptivas en la República Democrática Alemana (RDA), en el año 1972, que sostiene que:

Liberada de contingencias biológicas, las mujeres han sido puestas en condiciones de proseguir con su oficio con serenidad y seguridad, dar término a una comenzada formación profesional sin interrupciones y fundar una familia en la ocasión más favorable para ellas. **Puede tener hijos deseados**²⁵⁶

Esta postura quiebra con el principio de que un niño «siempre viene con el pan debajo del brazo», asumiendo que la crianza puede ser una limitante en determinadas etapas de la vida de las mujeres, le otorga la posibilidad de priorizar pasos vitales estandarizados, comenzando por la formación profesional.

Así mismo, el deseo refiere a elegir el momento adecuado para tener niños, pero asume que bajo condiciones adecuadas toda mujer desea tenerlos. En este sentido, se impugna el fatalismo en la maternidad, pero permanece su naturalización con matriz esencialista. En esta línea, «quedar a destiempo» implica que no es el momento, ya sea por cuestiones personales o políticas, pero jamás negar que la maternidad como proyecto de vida sea una opción.

En la entrevista realizada para esta investigación, Alejandra manifestó que existía la idea de legalizar el aborto, pero para evitar el rechazo generalizado lo planteaban lateralmente, sembrando la semilla a partir de datos «objetivos» de la realidad.²⁵⁷ Tal vez por esto no lo encontramos en sus agendas programáticas ni discursos; no obstante el hecho de que tampoco aparezca en ninguna de las instancias «femeninas», ni en las publicaciones de la UJC, puede estar indicando que, lejos de haber formado parte de las

²⁵⁴ Rusia soviética fue el primer país en legalizar la interrupción voluntaria del embarazo, gratuita y gestionada por el Estado a través de sus hospitales. A la cabeza de estos reclamos estaban las mujeres, fundamentalmente organizadas en Zhenotdel. La medida fue apoyada por Lenin, pero posteriormente fue suprimida por Stalin y decretada nuevamente por el Soviet Supremo en 1955.

²⁵⁵ Ver *Los orígenes del decreto soviético de legalización del aborto* (1920), Frencia, C, y Gaido D. Anuario de la Escuela de Historia Virtual, Año 9, N.º 14, 2018: pp. 26-52.

²⁵⁶ En negrita en el original. *El Popular*, 11 de junio de 1972, Úrsula Eberle.

²⁵⁷ Alejandra, *op. cit.*, 2021.

discusiones orgánicas, la legalización de la interrupción del embarazo, haya sido una idea que circuló entre los profesionales y sectores de vanguardia de forma inorgánica, como parte del sentido común comunista.

Los mensajes implícitos a favor del derecho al aborto evitaron que las entrevistadas hayan sentido contradicción entre el discurso maternalista que primaba y la decisión de interrumpir su embarazo; porque justamente se fomentaban las maternidades capaces de garantizar las condiciones básicas para que los niños crezcan fuertes y sanos. Sin embargo, no alcanzó para que puedan hablar de la experiencia que habían atravesado, o para gestar una red de contención y cuidados, ya que pese al «visto bueno», el tema seguía siendo un tabú recluido como problema personal.

Nuevamente, queda claro que no era parte de las preocupaciones centrales, ya que como todo lo referente a la vida privada, quedaba supeditado a la Revolución.

El parto sin dolor: las pacientes del Dr. Hugo Sacchi

Durante su embarazo, Marisa,²⁵⁸ concurrió al consultorio del doctor Sacchi, un comunista de renombre que trabajaba con técnicas que supuestamente evitaban el dolor durante el parto. Cuando ella le comentó que no podía pagar el acompañamiento, él le respondió «Quédate tranquila que pagan las burguesas que están afuera [del consultorio]»,²⁵⁹ ya que sostenía que la importante función social del método no podía tener fines de lucro o excluir a las mujeres pobres. Luego de recibirla en varias ocasiones en su consultorio, estuvo con ella en la sala de parto dónde la guio con la palabra y la rezongó de manera cómplice ante sus quejas de dolor con frases como: «te meto un zapato en la boca, que sos un paciente de Sacchi, me estás despertando todo el gallinero con los gritos».²⁶⁰ Aunque el comentario era jocoso, recuerda que en cada parto se jugaba el prestigio del método comunista. Finalmente, la prueba más fehaciente del método fue prescindir de la luz celeste o rosa para anunciar el sexo del bebé, lo que invitaba a la recién parturienta a

²⁵⁸ Marisa, vecina del Cerro integrante del FideL, entrevistada por la autora en su domicilio, noviembre de 2020. En la medida en que durante el periodo de estudio se había retirado de la organización y que era bastante mayor que el resto, resolví tomar en cuenta su entrevista solo para este capítulo.

²⁵⁹ Marisa, *op. cit.*, 2020.

²⁶⁰ Marisa, *op. cit.*, 2020.

salir heroica de la habitación, de pie y con el niño en brazos. Performativamente, se mostraba al recién nacido sano y la madre como una mujer fuerte y valiente, superando así la debilidad y pasividad posparto gracias a técnicas comunistas.

Todas las entrevistadas recuerdan este método, aquellas que por distintos motivos no pudieron acceder a su atención, leyeron el manual *Parto sin dolor*, versión taquigráfica de sus clases, y los artículos que publicó en *El Popular*.

La intención de democratizar el método queda clara en el lenguaje sumamente accesible del libro y en sus ejemplos sencillos y claros, cuyo éxito se reflejó en la publicación de ocho ediciones. La obra describe el proceso fisiológico de la menstruación, del embarazo, del parto, del puerperio y del amamantamiento, así como las técnicas de motivación y acompañamiento, respiración, relajación muscular y puje, que minimizarían el dolor durante el trabajo de parto.

La técnica había sido importada del bloque soviético²⁶¹ por el obstetra Dr. Sacchi; y era formalmente conocida como método psico-profiláctico. Proponía medidas racionales para evitar el dolor, en lugar de apaciguarlo con medicación. El objetivo explícito era liberar a las mujeres del «dolor como fenómeno social» (Sacchi; 1975:16), y superar así los prejuicios oscuros heredados del pasado, hacia la conquista de saberes científicos y racionales sobre el nacimiento y la vida. El parto sin dolor suponía un gran beneficio para los bebés, que al recibir más oxígeno y menos tensión «nacen más sanos y robustos, y han de construir, sin duda, una generación en su conjunto mucho más feliz» (Sacchi, 1975:13). Como ya fue mencionado, la preocupación por la fuerza y felicidad de los niños forma parte del ideario comunista.

Así mismo, parece haber influido cierto recelo epistemológico sobre los saberes mítico-religiosos, y se apostó por la ciencia para revertir un legado ancestral que en el dolor femenino consagra la culpa del pecado original. En este sentido Sacchi se preguntó:

¿Es posible que la mujer se libere del sufrimiento que hasta ahora se consideraba parte integrante del parto? ¿Puede el hombre superar con su esfuerzo la maldición

²⁶¹ En enero de 1951 se realizó en Leningrado un Congreso sobre los distintos métodos para erradicar el dolor en el parto. Un mes más tarde el Ministerio de Salud Pública de la URSS decretó el uso del método psico-profiláctico en todas las maternidades.

bíblica de «parirás con dolor», y transformar la maternidad, no en un castigo sino en un acto feliz, agradable, al que se espera y se desea sin temor?²⁶²

Basándose en estudios del fisiólogo ruso Pávlov sobre los reflejos condicionados, Sacchi comprendió que el cerebro juega una función fundamental en la percepción del dolor, y que por ende puede evitarse. Desde esta perspectiva, a la base anatómica del dolor en el parto se le ha agregado un reflejo condicionado doloroso, vehiculizado por los prejuicios que han atravesado a generaciones y generaciones de mujeres. Desandar este camino implicaba enseñar a la mujer encinta y a su entorno todo lo relacionado fisiológica y anatómicamente al embarazo y el parto.²⁶³

El doctor incorporó los factores subjetivos que afectan a las mujeres al dar a luz: «en el trabajo de parto no es un útero que se evacúa, sino que es un ser humano pensante, que actúa. Y este ser humano llega al parto, con todos sus problemas: afectivos, sociales, económicos, psicológicos».²⁶⁴

Esta concepción humaniza a la mujer, se pregunta por ella y sus necesidades, y la posiciona como una persona y no como un cuerpo biológico objetivo, le da herramientas para convertirse en un sujeto activo capaz de comprender y controlar el dolor.²⁶⁵ Tiene, además, la importancia de señalar que el entorno influye en la experiencia, y compromete a la familia y al varón en el proceso; aunque según recuerdan las entrevistadas sus maridos no estaban preocupados por esas «cosas de mujeres». Incluso, a contrapelo de las recomendaciones del doctor, ellas entraron solas a la sala de parto, con médicos desconocidos, o como Marisa en compañía del propio Sacchi, mientras el marido esperaba afuera.

Cabe mencionar que hijo de un tiempo en que el paradigma científico mantenía a las mujeres como objeto y no sujeto de la ciencia, omitió mencionar a las parteras²⁶⁶ y sus

²⁶²*El Popular*, 25 de abril de 1970.

²⁶³Según Sacchi, centrar la atención en la respiración y la relajación, manteniendo alto el nivel de oxígeno en sangre evita que la excitación de las contracciones se convierta en dolorosas en el cerebro; es decir que el parto sin dolor depende de una actividad cerebral consciente.

²⁶⁴*El Popular*, *op. cit*

²⁶⁵Existía el uso de analgésicos para calmar el dolor, pero según Sacchi, estos evitaban que la mujer conecte con el proceso, y a su vez, podían afectar el sistema respiratorio del bebé.

²⁶⁶Los primeros cursos de obstetricia para parteras en Uruguay datan de 1877, en la Facultad de Medicina; el reglamento vigente en el período aquí estudiados fue elaborado en 1934, bajo la dictadura de Gabriel Terra, con requisitos como contar con un *certificado de vida y costumbres honestas*, firmado por cuatro personas con responsabilidad en el Ministerio de Salud Pública. Los cursos duraban tres años y se impartían

saberes, así como rescatar la diversidad de posiciones de parto que las mujeres han elegido en distintas culturas, y asumió como obvia la posición acostada boca arriba para pujar.

Tal vez el logro más grande de esta técnica haya sido lograr que las mujeres se sintieran activas en el parto y que pusieron en acción el razonamiento —tradicionalmente asociado a lo masculino— más que los impulsos —asociados a lo femenino—, para ser ellas mismas quienes calmen el dolor, algo que ha sido tradicionalmente asociado a una supuesta «debilidad femenina». Porque a decir verdad el parto sin dolor carecía de miedo, pero no de dolor, como recuerda Rosa: «mierda que hay un parto sin dolor, no hay parto sin dolor. Pero te ayuda, te alivia, te ayuda a razonar el dolor e irlo manejando; ¡pero joder, que sin dolor no hay parto!». ²⁶⁷

Pese a estas consideraciones, el parto sin dolor tuvo consecuencias importantes para sus practicantes, ya que intentó transformar la relación de la madre con su propio cuerpo, con el nacimiento, con su entorno, con el dolor y el miedo. Como científico militante, apostó a demostrar que el comunismo era bueno para las familias y la sociedad, no solo como doctrina política, sino también en sus alcances médicos.

La Guerra Fría se expresó en las ciencias en tanto los comunistas buscaron demostrar los beneficios que para la salud y la vida tenía el comunismo, que era capaz de hacer más fuertes y sanas a las futuras generaciones.

VIII Conclusiones

«La Revolución se hacía de la puerta de la casa para afuera»

El recorrido de esta investigación permite comprobar las hipótesis propuestas al comienzo de la investigación. En primera instancia, concluyo que los discursos sobre las mujeres

en el Hospital Pasteur; las parteras contaban con permiso del Ministerio de Salud para ejercer con autonomía de los médicos.

²⁶⁷Rosa, *op. cit.*, 2021. Cabe destacar que ella leyó el libro, no hizo la preparación con él, ni parió en su compañía. Según el mismo Sacchi alerta, parir sin el apoyo de médicos especializados en la técnica minimiza la efectividad.

estaban en sintonía con las estrategias y representaciones del Comunismo Internacional, respetuoso de las premisas de Marx, Engels, Bebel, Lenin y Krupskaya, entre otros.

Pese a invitar a las mujeres a sumarse a la militancia, en la medida en que los mandatos de feminidad/masculinidad no fueron cuestionados, y que el paradigma político, y las prácticas del PCU-UJC continuaron siendo androcéntricos, las posibilidades militantes fueron distintas para varones y para mujeres. Así mismo, resulta evidente, que para muchos la participación de las *camaradas* tenía fines utilitarios, mientras otros creyeron sinceramente en el derecho de las mujeres a incorporarse a sus filas.

Aunque se impugnara el principio de inferioridad de las *compañeras*, detrás de las palabras se puede desentrañar un discurso patriarcal, que se pretendía sinceramente igualitario, desconociendo que las diferencias continuaban jerarquizadas. Las mujeres se seguían definiendo como seres carentes, aunque para los comunistas esta condición no tenía una raíz natural sino socioeconómica; «atraso» que se superaría con el proceso de politización.

Los y las *camaradas* creían que toda opresión emanaba de la propiedad privada de los medios de producción, por lo tanto, estaban convencidos de que la Revolución comunista solucionaría todos los problemas que perjudicaban a las mujeres, desde el autoritarismo de los maridos hasta los atavismos en la sexualidad; perspectiva que decantó en la imposibilidad de objetar el *statu quo* heteropatriarcal.

En la medida en que las *compañeras* fueron convocadas a luchar exclusivamente por su pertenencia de clase, no pudieron pensarse a sí mismas en sus particularidades como mujeres, en el caso de las «femeninas» se pensaron reafirmando los mandatos de género. Así mismo, no tuvieron las herramientas conceptuales que nos dan hoy los feminismos para comprender que la simple presencia de las mujeres en los ámbitos masculinos no desmonta las relaciones desiguales entre los géneros.

Las comunistas cerrenses se sentían orgullosas de ser trabajadoras asalariadas, aunque algunos varones aún preferían que se dedicaran exclusivamente a ser amas de casa. Esto se explica tanto por la propia identidad del barrio como por los discursos del PCU enraizados en el marxismo clásico, según el cual el trabajo asalariado libera y dignifica a las mujeres.

Las reivindicaciones de clase fueron especialmente pensadas en relación con los derechos de las madres y las infancias, y se insistió en proponer la legislación soviética y sus redes de cuidados como la panacea de la emancipación de las mujeres. Cuando desde

el Partido se reclamaba la «igualdad plena de los derechos de la mujer y el hombre, y la defensa de la efectividad de esos derechos»²⁶⁸ se referían al reclamo de leyes que mejoraran sus condiciones laborales y sus derechos civiles, y a redes de servicios que las cubran en sus tareas domésticas, sin cuestionar la desigualdad existente producto de la división de género, despreocupándose de las micro-opresiones que pudieran vivirse en el mundo privado.

La novedad de los sesenta fue el aluvión de mujeres en espacios mixtos que renegaban o directamente ignoraban la militancia y agendas consideradas tradicionalmente «femeninas». Las entrevistadas para esta tesis eligieron incorporarse a espacios integrados —dirigidos— por varones, ya que subestimaban a los espacios «femeninos» como ajenos a la Revolución y centrados solo en «cosas de mujeres».

En las comisiones mixtas, los horarios de reuniones eran tardíos, las agendas no incluían luchas vinculadas a las necesidades específicas de las mujeres y a veces se transmitía cierta incomodidad por la presencia de niños en las asambleas. Las dificultades para sostener la militancia en esas condiciones y el modelo de domesticidad que mandataba a las mujeres a hacerse cargo solas de las tareas del hogar implicaron que muchas *camaradas* redujeran el tiempo dedicado a las responsabilidades políticas. En la medida en que el modelo de masculinidad continuó reacio a cumplir los quehaceres domésticos, la asistencia de otras mujeres fue clave para que ellas pudieran continuar con algunas tareas militantes.

Nada prohibía que las *camaradas* cumplieran determinadas funciones u ocuparan lugares jerárquicos, pero los prejuicios, la valorización de formas «masculinas» en cuestiones como la oratoria y la fuerza, la falta de experiencia de las mujeres y los mandatos de feminidad y domesticidad evitaron que ellas cumplan las mismas funciones que los varones y que «ascendieran». Las *compañeras* con cargos fueron minoritarias, y en general tenían formación profesional; sin embargo, seguían estando bajo la égida de los varones.

Mientras las jóvenes comunistas de estratos medios buscaron quebrar con los arquetipos de sus madres y renegaron de las tareas domésticas como forma de encarnar al «Hombre Nuevo» (De Giorgi 2015, 2020), estas jóvenes del mundo obrero se reafirmaban en roles socialmente asignados de maternidad y domesticidad, aun cuando

²⁶⁸ Declaración programática del PCU, 1958 y 1963, Ed. Revista *Estudios*. Artículo 9.º del apartado «Plataforma»: 22.

rechazaban militar en los espacios femeninos. Es decir que coetáneas y copartidarias, desarrollaron distintas identidades de género atravesadas por la cultura de clase y de barrio.

Desde sus hogares las mujeres sostuvieron al Partido, a la militancia y a la vida de los *compañeros*, a partir del trabajo reproductivo y la utilización de los prejuicios a fin de realizar tareas de cobertura; acciones que pese a su importancia fueron subestimadas.

De acuerdo con el enfoque que propongo, pensar las prácticas políticas de las mujeres implica, justamente, ampliar el concepto de política y tener en cuenta no solo aquello que se realiza en el mundo público, sino también todos los quehaceres cotidianos sin los que ninguna organización hubiera podido sostenerse en el periodo estudiado. Así mismo, en las entrevistas se hicieron evidentes pequeños gestos a partir los cuales las mujeres se oponían al poder que sus propios compañeros ejercían por su condición de varones.

El proceso de investigación derivó en la necesidad de recuperar a la «madre comunista» en la casi totalidad de los capítulos, ya que encontré que las mujeres eran definidas en su calidad de madres —reales o simbólicas—, que las agendas vinculadas a las mujeres tenían como centro los derechos de las madres, que la maternidad fue vista como una función social que sumaba a la Revolución, que esta condición fue erigida como lugar político, y que a su vez limitó la participación política de las entrevistadas. Esta figura protagoniza gran parte de la literatura comunista preocupada por la cuestión de la mujer e invita a las *camaradas* a elegir momentos propicios para tener hijos y a criarlos tan fuertes y sanos como comprometidos con la causa. En este sentido, se fomentó el desarrollo de saberes científicos capaces de mejorar la salud de las infancias, como el parto sin dolor. Incluso desde *El Popular* se habilitaron discursos solapados e inorgánicos a favor de la planificación familiar y del aborto. Es probable, que además de no formar parte de las urgencias, la amplitud estratégica que caracterizaba al Partido haya evitado debates —como la legalización del aborto, o la planificación familiar— que, además de ser secundarios, podían alejar camaradas.

Con sus explicaciones y consejos legitimaron determinadas formas de vivir la sexualidad y la maternidad y promovieron nociones de género ancladas en los modelos hegemónicos; las consideraciones reposan sobre principios de orden moral, pero también estratégicas, en el entendido de que las infancias son los futuros constructores —materiales, políticos e ideológicos— de la sociedad.

Aun cuando en los discursos el noviazgo se transformó en *compañerismo*, cuando las jóvenes entrevistadas no esperaron a las nupcias para tener relaciones sexuales, y no las

tuvieron solo para ser madres, las *camaradas* del Cerro siguieron reproduciendo el mismo guion y rituales socialmente aceptados como el casamiento tan cuestionado en los sectores de vanguardia. Sostuvieron antiguos mandatos reivindicados en el altar de la naturaleza y el esencialismo como la heteronorma, la necesidad de tener una pareja y la maternidad como *ethos*. Sin embargo, hubo casos distintos, que como el de Alba, confirman que los mandatos estaban transitando un momento de flexibilización y plasticidad, a nivel general, aceptando, por ejemplo, que algunas optaran por ser solteras, sin que esto las hundiera en la deshonra de ser *solteronas*. Pero estas «disidencias» se aceptaban siempre y cuando se contuvieran dentro de la moral comunista, en este sentido no convenía que variaran de parejas sexuales, que tuvieran encuentros furtivos, o que llevaran la iniciativa para conquistar pasiones. La seducción y el erotismo seguían siendo derecho y deber de los varones. Los cuerpos de las mujeres se mantuvieron, tal como impone la sociedad patriarcal, negados a sí mismas en tanto continuaron priorizando el bienestar y el placer de los demás.

Las jóvenes de los sesenta descubrieron su sexualidad en el marco de los debates sobre planificación familiar y una cierta liberación sexual. Sus conocimientos al respecto eran muy precarios, se basaban en mitos y nociones populares de psicología, ginecología y obstetricia modernas, cuya raíz es la medicina alopática, positivista y androcéntrica.

Al igual que los estudios realizados para los espacios intelectualizados, esta investigación confirma que, si bien hubo transformaciones importantes en la moral sexual, «la revolución sexual» no fue tal para el PCU-UJC que intentó encauzar las transformaciones de época siguiendo la línea de Lenin, según quién lo sexual no era urgente ni podía robarle energía ni atención a la «verdadera revolución». Desde *El Popular*, estos aspectos fueron canalizados por profesionales de la salud, que, con sus títulos como alegato, esgrimieron mandatos, juicios morales y posturas políticas.

Me atrevo a arriesgar que, si bien hubo un corrimiento hacia lugares más fraternos y la mujer pudo haber ganado ciertas parcelas de libertad, el amor sexoafectivo quedó circunscripto a la lógica patriarcal, según la cual el matrimonio y la maternidad son la apoteosis de la feminidad, ya que definían a las mujeres en relación con las necesidades y deseos de los demás.

Más aún, los testimonios parecen demostrar que las transformaciones en el Cerro fueron más tímidas que en los espacios intelectualizados. Es probable que su ubicación periférica y la hegemonía obrera hayan propiciado una forma particular de ser de izquierda y de ser joven, ajena a muchos de los debates vinculados a la sexualidad y el

amor que se desarrollaban en los circuitos profesionales o intelectuales. En este sentido es notorio que el acceso a los bienes culturales tuvo fuertes diferencias de clase.

Por otro lado, pese a que el sentido común comunista cuestionaba la desigualdad en los matrimonios, la autoridad del varón se mantuvo, a veces de forma sutil tras conductas muy arraigadas —como cuestionarle que salga sola de noche—, y otras veces de forma muy directa, en situación de extrema violencia doméstica; siendo probable, según las entrevistadas, que esta situación haya sido más alevosa en el Cerro, donde la sensibilidad local estaba acostumbrada al uso de la fuerza.

Finalmente se puede concluir que desde el PCU-UJC se reprodujeron y mantuvieron naturalizadas aquellas nociones que diferencian y jerarquizan roles a partir de la diferencia sexual. En este sentido, los propios mandatos de feminidad/masculinidad introyectados durante generaciones, la explicación exclusivamente económica de las desigualdades y la exclusión de la política del mundo privado hicieron imposible visualizar el poder que los varones ejercían sobre sus compañeras.

Esta miopía explica la contradicción entre los discursos igualitaristas y los comportamientos cotidianos de aquellos varones cuya masculinidad se seguía midiendo en el espacio público y en el uso de fuerza, y de aquellas mujeres cuya feminidad las devolvía al hogar y los cuidados.

Queda claro, que la revolución social se limitaba a terminar con unas relaciones de producción que consideraban violentas, con un Estado que creían autoritario y con algunos comportamientos cotidianos que veían claramente caducos; pero esta revolución, como testimonió Elena, «se hacía de la puerta de la casa para afuera»²⁶⁹, sin cuestionar la hegemonía de los *compañeros*. Lo cual no quita que el acceso inusitado de las mujeres a la arena política y el comienzo de los cuestionamientos de las pautas sexoafectivas, hayan tenido un sentido profundamente revulsivo y haya generado transformaciones cuyos frutos se comenzaran a ver con el empuje de los feminismos tras la reapertura democrática.

²⁶⁹ Elena, *op. cit.*, 2021.

Bibliografía

- Aharonian, A. et. al. (2002). *De la desmemoria al desolvido*. Ed. Vivencias.
- Alcoba, M. J (2014). *Las mujeres ¿Dónde estaban?* Ed. Primero de Mayo.
- Aldrighi, C (2009). *Memorias de insurgencia. Historias de vida y militancia en el MLN-Tupamaros 1965-1975*. Ed. Banda Oriental.
- Aldrighi, C. (2001). *La izquierda armada. Ideología, ética e identidad en el MLN-T*. Ed. Trilce.
- Anderson, P. (1984). *La historia de los partidos comunistas, en Raphael S. (Ed). Historia popular y teoría socialista*. Editorial Crítica.
- Ándujar, A. et al. (2009). *De minifaldas, militancias y revoluciones. Exploraciones sobre los setenta en Argentina*. Ed. Luxemburgo.
- Andújar, Andrea et al. (2005). *Historia, género y política en los 70*. Ed. Feminaria Editora
recuperado de <http://www.feminaria.com.ar>
- Aries, P. y Duby, G. (1992 [1985]). *Historia de la vida privada*, tomo 1. Ed. Taurus.
- Barboza, et. al. (2006) *Ovillos de la memoria*. Ed. Senda.
- Barrán, J.P. et.al. (1996). *Historia de la vida privada en Uruguay. Entre la honra y el desorden 1780-1870*. Tomo I. Ed. Santillana.
- Barreiro, (1984) *El Cerro de Montevideo*. Intendencia de Montevideo.
- Barrios Pintos, A. y Reyes Abadie, W. (1994). Los barrios de Montevideo VI. El Cerro, Pueblo Victoria (La Teja) y barrios aledaños. Intendencia de Montevideo.
- Barrios Pintos, A. (1968) *Montevideo. Los barrios I*. Ed. Nuestra Tierra.
- Barrios Pintos, A. (1968) *Montevideo. Los barrios II*. Ed. Nuestra Tierra.

- Barrios Pintos, A. y Reyes Abadie, W. (1994). *El Cerro, Pueblo Victoria y barrios aledaños*. Intendencia Municipal de Montevideo, Uruguay
- Bock, G. (1991) La historia de las mujeres y la Historia de Género: Aspectos de un debate internacional. En *Historia Social N. 9*, (pp. 55-77.) (Trabajo original publicado en 1989). <http://www.carlosmanzano.net/articulos/Bock.pdf> en agosto, 2020.
- Braudel, F. (1970) *Historia y las ciencias sociales*. (2 Ed.) Ed. Alianza.
- Broquetas, M. (2014). *La trama autoritaria. Derechas y violencia en Uruguay (1958-1966)*. Ediciones de la Banda Oriental.
- Broquetas, M (2016) La extrema derecha uruguaya y sus redes transnacionales (década de 1960), en Berthona, J. y Bohoslavsky, E. En *Circule por la derecha. Percepciones*

- redes y contactos entre las derechas sudamericanas 1917-1973*. (pp:209-226). Ed. UNGS.
- Broquetas, M. et al. (2021). *Historia visual del anticomunismo en Uruguay (1947-1985)*. Ed. Udelar
- Burke, P. (2008). «The Invention of Micro-history». *Rivista di Storia Economica: Nuova Serie xxiv* (pp:259-73).
- Butler, J. (2001[19990]) *El género en disputa*. Ed. Paidós, España.
- Caetano, G. y Alfaro, M. (1995). *Historia del Uruguay contemporáneo: materiales para el debate*. Ed. Fundación de Cultura Universitaria.
- Caetano, G. y Porzecanski, T. (dirs.), (1998). *Historias de la vida privada en el Uruguay, Tomo 3, Individuos y soledades (1920-1990)*. Ed. Taurus, Uruguay.
- Camou, M. (2010). «Estancamiento productivo y relaciones de trabajo en el frigorífico Swift de Montevideo», 1911-1957. En *Boletín de Historia Económica*, año VIII – N°9 / Diciembre.
- Camou, M. y Maubrigades. S (2006) «El desafío de la productividad en la industria tradicional uruguaya». En *Trabajo e historia en Uruguay. Investigaciones recientes* (pp: 77-102). Udelar- Csic, Uruguay.
- Canoura, C (2021[2001]). «Julia Arévalo de bronce y miel». En Rodríguez, B. *Mujeres uruguayas: el lado femenino de nuestra historia*. (pp:13-48) Ed. Penguin Random House.
- Celiberti, L. (1988). *Mi prisión, mi celda*. Ed. Cotidiano Mujer.
- Ciriza, A. (2015). Construir genealogías feministas desde el Sur: encrucijadas y tensiones. En *MILLCAYAC - Revista Digital de Ciencias Sociales*. Vol. II. N°3. Mendoza. Centro de Publicaciones. FCPyS. UNCuyo. (pp:83-104)
- Concheiro, E. et. al. (2007). *El comunismo: otras miradas desde América Latina*. Ed. UNAM.

- Cosse, *et al.* (2010). *Pareja sexualidad y familia en los años 60*. Ed. Siglo XXI, Argentina.
- Cosse, I, (2006). *Cultura y sexualidad en Argentina sobre los años 60': usos y resignificaciones de la experiencia transnacional*. *EIAL*, V°15, N 1. pp. 39-60
<https://www.aacademica.org/isabella.cosse/3.pdf>
- Cosse, I. (2007). «Probando la libertad: Cambios y continuidades en el cortejo y el noviazgo entre los jóvenes porteños (1950 1970)». Ponencia en la XI Jornada Inter escuelas Departamentos de Historia. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Tucumán.
- Cosse, I, *et al.* (Ed.) (2010). *Los sesenta de otra manera. Vida cotidiana, género y sexualidad*. Ed Prometeo, Argentina.
- Cosse, I (2014). *Mafalda: historia social y política*. Fondo de Cultura Económica.
- Cosse, I (2017). «Infidelidades, moral, revolución y sexualidad en las organizaciones de la izquierda armada en la Argentina de los años 70». *Prácticas de oficio*, V. 1, N. 19.
<https://ri.conicet.gov.ar/handle/11336/76945>
- Cosse, I. (2019) «Virilidad guerrillera: género, clase y política en la guerra fría en Argentina», en *Revista mexicana de sociología*, s/n.
- Crenshaw, K. (1989) «Desmarginalizar la intersección de la raza y el sexo», en Foro legal de la Universidad de Chicago.
- D'Antonio, D. y Eidelman, A. (2020) «¿Qué entendemos por Historia Reciente? Enlazando problemas históricos e historiográficos». En D'Antonio, D. *¿Qué ves cuando me ves? Ejercicios de interpretación con fuentes del pasado reciente argentino*. (pp:13-24). Ed. UBA.
- De Certau, M (1999 [1978]). *La escritura de la Historia*. (Trad. López Moctezuma, J.) Ed. Gallimard, México.
- De Giorgi, A. L. (2017). «Entre las luchas por la carestía y los derechos de la mujer. Las Comunistas uruguayas durante la segunda Mitad del siglo XX». En Valobra. A, y

- Yusta M (Ed.) *Queridas Camaradas. Historias iberoamericanas de mujeres comunistas*. (pp. 215-235). Ed. Miño y Dávila, Argentina.
- De Giorgi, A. L. (2018). *Democracia en el país, en la casa y en la cama. Feminismo de izquierda en el Uruguay de los ochenta*. Tesis doctoral.
- De Giorgi, A. L. (2011): *Las tribus de la izquierda: bolches, latas y tupas en los 60*. Ed. Fin de Siglo.
- De Giorgi, A. L. (2015). «La otra nueva ola Jóvenes mujeres comunistas en el Uruguay de los 60». En *Izquierdas* N°. 22, recuperado de https://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0718-50492015000100009
- De Haan, (2017). «La Federación Democrática Internacional de Mujeres y América Latina, de 1945 a los años setenta». En Valobra. A, y Yusta M (Ed.) *Queridas*

- Camaradas. Historias iberoamericanas de mujeres comunistas.* (PP:17-43). Ed. Miño y Dávila, Argentina.
- Demasi, C. (2019). *El 68 uruguayo, el año que vivimos en peligro.* Ed. Banda Oriental.
- Demasi, C. et al. (2009) *La dictadura cívico-militar. Uruguay 1973-1985* Ed. Banda Oriental.
- Fagián, E. (1997). *Memorias Cerrenses.* (2.^a Edición). Ed. Del Cerro, Uruguay.
- Fagián, E. (2000) *Al oeste de Montevideo. El Cerro y su gente.* Autoedición, Uruguay.
- Farge, A. (1991[1986]). «La historia de las mujeres. Cultura y poder de las mujeres: ensayo de historiografía». *Historia Social* N.º, (pp. 79-101).
- Federici, S. (2018) *Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas.* Ed. Tinta Limón.
- Fontora, C. (1989) *Más allá de la ignorancia.* Ed. El Fogón
- Frencia C. y Gaido. D. (2016). *El marxismo y la liberación de las mujeres trabajadoras: de la Internacional de Mujeres Socialistas a la Revolución Rusa.* Ed. Ariadna, Chile.
- Frencia, C. y Gaido, D. (2018). «Los orígenes del decreto soviético de legalización del aborto (1920)». *Anuario de la Escuela de Historia Virtual, Año 9, N° 14* pp. 26-52
<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=6801510>
- Graña, F. (2019) *La pasión militante. El impulso revolucionario en la generación del 68'.* Ed. Fin de Siglo, Uruguay.
- Gravina, A (1987[1970]) *Julia Arévalo, a los diez años proletaria.* Ed. Problemas.
- Giddens, A. (1986). *The Constitution of Society. Outline of the Theory of Structuration.* University of California Press.
- Gutiérrez, J. (1971) *Los frigoríficos. Prontuario para su nacionalización.* Ed. Pueblos Unidos.

- Haraway, D. (1995[1991]). *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinvención de la naturaleza*. Ed. Cátedra.
- Heller, A. (1977 [1970]). *Sociología de la vida cotidiana*. Ed. Península.
- Hobsbawm, E. (2012 [1995]). *Historia del Siglo XX*. Ed. Crítica.
- James, D. (2004) *Doña María. Historia de vida, memoria e identidad política*. Ed. Manantial.
- Jung, M. E. y Rodríguez, U. (2006). *Juan Carlos Mechoso. Anarquista*. Ed. Trilce.
- Lagarde, M. (2005 [1990]). «Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas». Universidad Nacional Autónoma de México.
- Larguía, I. y Dumoulin, J. (1977). *Hacia una ciencia de la liberación de la mujer*. Ed. Eneagrama.
- Leibner, G. (2005). «“Nosotras” las contradicciones de una revista femenina comunista». En Forgues R. y Flores J.M. *Escritura femenina y reivindicación de género en América Latina*. Ed. Mare & Martin.
- Leibner, G. (2011). *Camaradas y compañeros. Una historia política y social de los comunistas del Uruguay*. Ed. Trilce.
- Levi, G. (2019) *Microhistorias*. Ed. Uniandes
- Lobato, M. ([2001]2005). *La vida en las fábricas: Trabajo, protesta y política en una comunidad obrera, Berisso (1904-1970)*. Ed. Prometeo
- Lobato, M. y Venturoli S. (2013). *Formas de ciudadanía en América Latina*, Ed. Iberoamericana. Ed. Vervuert.
- Malagrabba, JP. (1994). *Mi vida. 68 años ininterrumpidos en la industria (1925-1993) Un ejemplo de «self made man»*. Impresos Vani.

Markarian, V. (1996). «Al ritmo del Reloj». En Barrán, J.P. et.al. (1996). *Historia de la vida privada en Uruguay. Individualismo y soledades, 1920-1990*. Tomo III. Ed. Santillana.

Markarian, V. (2011). «*Ese héroe es el joven comunista*»: *Violencia, heroísmo y cultura juvenil entre los comunistas uruguayos de los sesenta*. EIAL (Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe). http://historiapolitica.com/datos/biblioteca/markarian_comu.pdf

Markarian, V. (2011 b). Sobre viejas y nuevas izquierdas. Los jóvenes comunistas uruguayos y el movimiento estudiantil de 1968. *Secuencia* (N 81). Recuperado en

- Markarian, V. (2012). *El 68 uruguayo. El movimiento estudiantil entre molotovs y música beat*. Universidad Nacional de Quilmes, Argentina.
- Markarian, V. (2020). *Universidad, revolución y dólares*. Ed. Penguin Random.
- Martínez, A [2019?]. «Mujeres, trabajo y control de la fecundidad en el Cerro de los años sesenta (1957-1973)». Inédito.
- Martínez, A. (2019) «Roles y representaciones de la mujer obrera según la publicación sindical ¡Lucha! de la industria de la carne (Uruguay), 1946-1952» en *Claves. Revista de Historia*, Vol. 5, N° 8, pp 153-179.
- Martínez, L. (2021). *Ni muertes ni palizas, las mujeres se organizan. La construcción de la violencia doméstica como problema político*. Ed. Editoras.
- Martínez, P. (2015). *Género, política y Revolución en los años sesenta. Mujeres del PRT-ERP*. Ed. Maipue.
- Mateos, K (2005). *Crece en el Cerro. La Historia, las historias y la gente*. Ed de la Plaza.
- Mechoso, J. C. *Acción directa Anarquista, una historia de FAU*. Tomo IV, Ed. Recortes.
- Millán, M (2020). *Carlos Chasale. Un maestro comunista en el Cerro*. Ed. Sitios de memoria.
- Moia, M. (1981). *El no de las niñas*. Feminario antropológico.
- Morant, I. y Bolufer M. (1998) *Historia de las mujeres e historia de la vida privada. Confluencias historiográficas*. [Editorial?]
- Navailh, F. (2018 [1992]) «El modelo soviético». En Duby, G. y Perrot, M. *Historia de las mujeres. El siglo XX*. (pp. 285-313) Ed. Taurus.
- Oakley, A. (1974). *The sociology of Housework*, Ed. Martín Robertson.

- Oberti, A. (2010). «¿Qué le hace el género a la memoria?» En Pedro J., y Scheibe Wolff (Org.), *Gênero, Feminismos e Ditaduras no Cono Sul* (pp 13-30). Santa Catarina, Brasil: Editora Mulheres.
- Oberti, A. (2015) *Las Revolucionarias. Militancia, vida cotidiana y afectividad en los setenta*. Ed. Edhasa.
- París, J y Ruíz, M (1996) «Ser joven en los sesenta». En Barrán, J.P. *et al. Historia de la vida privada en Uruguay. Individualismo y soledades, 1920-1990*. Tomo III. Ed. Santillana.
- Pellegrino, G. (2009). *Jébele: el cálido blues de los mediodías: conversaciones con Jébele Sand, Marieta Caramba y otras mujeres*. Ed. Estuario
- Pérez, I. (2010). «El trabajo doméstico y la mecanización del hogar: discursos, experiencias, representaciones. Mar del Plata en los años sesenta». En Cosse. I. *et al.*

- Los sesenta de otra manera. Vida cotidiana, género y sexualidades en la Argentina.* (171-205.). Ed. Prometeo.
- Perrot, M. (2009 [2006]) *Mi historia de las mujeres* (Trad. Saúl, M.). Fondo de Cultura Económica.
- Peruchena, L. (2021). «La madre de nosotras». Maternidad, maternalismo y Estado en el Uruguay del novecientos. Tesis doctoral. Inédita.
- Pollak, M. (2006 [1989]). *Memoria, Olvido y Silencio. La producción social de identidades frente a situaciones límite.* (Trad. Gebauer et. al.) Ed. Al Margen.
- Porrini, R. (2004) *Historia y memoria del mundo del trabajo.* Ed FHCE.
- Porrini, R (2006). Experiencia de clase trabajadoras e ideologías en conflicto (1940-1950). En *Trabajo e historia en el Uruguay. Investigaciones recientes.* (pp: 11-38). Udelar - Csic.
- Porrini, R. (2016). «Historiografías militantes y profesionales sobre el movimiento obrero, clases trabajadoras y trabajador». *Hemisferio izquierdo*. Recuperado de <https://www.hemisferioizquierdo.uy/single>
- Porrini, R (2018). «Aproximación al estudio de un barrio de trabajadores: el Cerro (Montevideo) en los años cincuenta y sesenta». En Simonassi, S. y Dicósimo D.

Trabajadores y sindicatos en Latinoamérica. Conceptos, problemas y escalas. (pp: 19-35) Ed. Imago.

Portelli, A. (2016). *Historias orales. Narración, imaginación y diálogo.* FaHCE-UNLP/Rosario. Ed. Prohistoria.

Reich, W. (1984 [1936]). *La Revolución Sexual.* (Trad. Ruiz, A.). Ed. Diable Erotique.

Rico, A. et. al (2021). *El Partido Comunista bajo la dictadura. Resistencia, represión y exilio (1973-1985).* Ed. Fin de Siglo.

Rodríguez Villamil, S. (2006). *Escenas de la vida cotidiana. La antesala del Siglo XX (1890-1910).* Ed. Banda Oriental.

Rodríguez, M. (2012). «La perspectiva latinoamericana de la potencia cultural estadounidense». En Niño, A y Montero J. A. (eds.). *Estados Unidos y su cruzada cultural en Europa y América Latina.* (pp: 279-311). Ed Siglo XXI.

Romero Gorski, S. (1995). «Una cartografía de la diferenciación cultural en la ciudad: el caso de la identidad “cerrense”». En *Miradas urbanas, visiones barriales. Diez estudios de antropología urbana sobre cuestiones barriales en regiones metropolitanas y ciudades intermedias* (pp: 89-122). Ed Nordan.

Sagastizabal, M y Legarreta, M (2016). «La triple presencia ausencia». Una propuesta para el estudio del trabajo doméstico-familiar, el trabajo remunerado y la

participación sociopolítica. *Papeles del Ciec*. N° 151, Universidad del País Vasco. Recuperado de <http://dx.doi.org/10.1387/pceic.15447>

Smaldone, M. y Pérez Buchelli, E. (2021) «Simone de Beauvoir en el Río de la Plata. Primeras lectoras y sus resignificaciones (1940-1950)». En Bellucci, M y Smaldone M. *El segundo sexo en el Río de la Plata* (pp: 195-209) Ed. Marea

Sapriza G. y Rodríguez Villamil S. (1984). «Feminismo y Política. Un análisis crítico del proceso de aprobación del voto femenino en el Uruguay». *Hoy es Historia*. Año I, N 4.

Sapriza, et al. (2016). *El tiempo quieto. Mujeres privadas de libertad en Uruguay*. Csic-UdelaR.

Sapriza, G. y Rogstagnol, S. (2021). «Desde la orilla oriental». En Bellucci, M. y Smaldone M. *El segundo sexo en el Río de la Plata* (pp:235-251). Ed Marea.

Sapriza, G. (1988) *Memoria de rebeldía. Siete Historias de vida*. Ed. Puntosur.

Sapriza, G. (2018) *Notas para la memoria feminista*. Ed Cotidiano Mujer.

Sau, V. (1997). *Del vacío de la maternidad, la igualdad y la diferencia*. Universidad de Barcelona. <http://institucional.us.es/revistas/warmi/9/6.pdf>

Sau, V. (2004 [1995]). *El vacío de la maternidad. Madre no hay más que ninguna*. Ed. Icaria.

Scott, J. (1990[1986]). «El género: Una categoría útil para el análisis histórico». En James A. y Nash, M (Ed) *Historia y género: las mujeres en la Europa moderna y*

- contemporánea*. (Trad. Portela M). Ed. Alfons el Magnanim, Institució Valenciana d'Estudis i Investigació.
- Scott, J (1992). «Experiencia». En Butler J, y Scott J. (Ed.) *Feminists Theorize the Political* (pp: 22-41) Ed. Routledge
- Scott, James (2002), «Los dominados y el arte de la resistencia. Discursos ocultos.» *Reflexión Política*, vol. 4, núm. 8, diciembre, 2002. Universidad Autónoma de Bucaramanga.
- Segato, L. (2003) *Las estructuras elementales de la violencia. Ensayos de género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos*. Universidad Nacional de Quilmes.
- Silva, M. (2009). *Aquellos Comunistas (1955-1973)*. Ed. Santillana.
- Siola, L. (2019). «El adiós al Swift y Armour: crisis y respuestas de los sindicatos friyeros del Cerro frente al cierre de los frigoríficos» (pp: 297 - 327). Claves. *Revista de Historia*, Vol. 5, N° 9.
- Taller de género y memoria de ex presas políticas. (2001, 2002, 2003). *Memorias para armar, Tomos I, II Y III*. Ed. Senda.
- Terra, M. (2008) *Historia y memorias de Lil Chouhy Terra. Una mujer del mañana*. s/e
- Thompson, E.P. (1981[1978]) *La miseria de la teoría*. Ed Crítica
- Thompson E.P. (1989) *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Ed. Crítica.
- Trías, I. y Rodríguez, U. (2012). Gerardo Gatti, revolucionario. Ed. Trilce.
- Trochón, Y, (2011). *Escenas de la vida cotidiana. Uruguay 1950-1973. Sombras sobre el país modelo*. Ed. Banda Oriental, Uruguay.
- Valobra, A (2015). «Formación de cuadros y frentes populares: relaciones de clase y género en el Partido». *Revista Izquierdas*, N° 23, pp. 127-156.

Valobra, A. (2014) «“Mujeres-sombra” y “Barbudas”: Género y política en el Primer Congreso Latinoamericano de Mujeres, Chile 1959». *Anuario del Instituto de*

Valobra, A. (2017). «Las mujeres de los Partidos Comunistas de Argentina y Chile entre los '30 y '60». *Anuario de la Escuela de Historia Virtual*, N 11, pp 23-46.

Van Gennep, A. (1986): *Los ritos de paso*. Ed. Taurus.

Véscovi, R. (2003). *Ecos revolucionarios: luchadores sociales, Uruguay 1968-1973*. Editorial Noos.

Véscovi, R. (2015). *Anarquismo y acción directa: Uruguay, 1968-1973*. Ed. Descontrol.

Yaffe, C. (2017) *El Partido Comunista. Una construcción humana y política cotidiana*. [Editorial?].

Yaffe, C. [2016?] *Julia Arévalo marcha con nosotros. Salud a ti, hecha de bronce y miel*. [Editorial?].

Fuentes

Actas de la comisión sobre mujer y familia del FA (1971), intervenido por Massera.

Actas Tupamaras ([197?] 2008). Ed. Cucaña.

Anónimo, *Sexo y amor en el Uruguay*. (1971) Ed. Alfa.

Arévalo, J. (1968) *La mujer en la RDA*. Ed Pueblos Unidos.

Arévalo, J. Discursos parlamentarios entre 1943-1947 y 1947-1951 (Actas del Parlamento)

Arismendi (1968). Conversaciones con los jóvenes. Algunos temas de debate acerca de nuestra revolución. Ed Pueblos Unidos

Autores varios (1956). *Igualdad de derechos de las mujeres en la URSS* (Moscú). Ediciones en Lenguas extranjeras.

Bebel, A (1976 [1879]) *La mujer y el socialismo*. Ed. Akal.

- Benedetti, M. 2010 [1974]. «Ustedes y nosotros». En *Poemas de otros*. Ed. Planeta. (p:133.)
- Cores, H. (1993) Arismendi; discursos parlamentarios. Tomo 1. S/E.
- Declaración programática del PCU, 1958 y 1963. Ed. Revista Estudios.
- Engels, F. (2006[1884]). *Orígenes de la familia, de la propiedad privada y del Estado*. Ed. Fundación Federico Engels.
- Engels, F. Marx, C. y Lenin, V. (1956). *La mujer y el comunismo*. Ed. Anteo, Argentina.
- Engels, F. y Marx, C. (1999). *El Manifiesto Comunista*. Recuperado de <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1840s/48-manif.htm>.
- Estatutos de la UJC*, aprobados por el V Congreso (1959), publicados en *El Comunismo tiene la respuesta* (1984) Ed. Problemas.
- Estatutos del Partido Comunista del Uruguay*, aprobado por el XVII Congreso, 5-7 de agosto de 1958.
- Guevara, E. (1968). *Diario del Che en Bolivia*. Ed Pueblos Unidos (publicación póstuma).
- Informes y balances del Comité Central para la discusión de los Congresos del PCU (1958-1970) En *Congresos y Documentos* (1988). Comisión Nacional de propaganda del PCU
- Krupskaya, N. (1970 [1899]). *La mujer obrera*. Ed. Pueblos Unidos.
- Lenin (1981[1902]) *Obras completas de V.I. Lenin*. Editorial Progreso.
- Lenin (1924). Entrevista realizada por Clara Zetkin, en 1924. Recuperado de <http://archivo.juventudes.org/clara-zetkin/entrevista-realizada-por-clara-zetkin-vlad%C3%ADmir-lenin-en-1924>
- Lenin, V. (1971 [1913]). *La clase obrera y el neomalthusianismo*. Obras completas (pp. 478-480). Ed. Akal.
- Marcuse, H. (1983 [1955]). *Eros y civilización*. Ed. Sarpe.
- Marx, C ([1867] 2014). *El capital*. Fondo Cultura Económica.
- Ministerio del Interior, UdelaR. [1978?], UJC: Escuela del comunismo.
- Resoluciones Generales del XVII al XX Congreso del PCU.

Roose, J-Rosencof, M. (1994). *La Margarita* (Disco de textos originales redactados por Rosencof durante su presidio (1973-1985).

Sacchi, H. (1975 [1961]). *Parto sin dolor*. Colección tiempo y memoria.

UJC escuela del comunismo [1975?]. Ministerio del interior y UdelaR.

Zetkin, C. (2017[1920]). *Directrices para el movimiento comunista femenino*. (Trad. Gaido, D) Fajardo, J. recuperado de <https://www.marxists.org/espanol/zetkin/1920/0001.htm>

Publicaciones periódicas

Acción, Montevideo ejemplares de 1968 y 1969, disponibles en la Biblioteca Nacional.

Al rojo vivo, Montevideo, ejemplares de 1968 a 1973, disponibles en la Biblioteca Nacional.

Boletín de UFU, Montevideo, ejemplar de 1949 disponible en la Biblioteca Nacional.

Compañero, Montevideo ejemplares desde 1971 a 1973, disponibles en la Biblioteca Nacional.

El País, Montevideo, ejemplares de 1968 y 1969, disponibles en la Biblioteca Nacional.

El Popular, Montevideo, ejemplares de 1968 a 1973, disponibles en la Biblioteca Nacional.

Justicia, Montevideo, ejemplares de 1942-1950, disponibles en el Centro de Estudios Interdisciplinarios del Uruguay, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.

Juventud 65', Montevideo, ejemplares de 1965 y 1966, disponibles en la Biblioteca Nacional.

Marcha, Montevideo, ejemplares de 1968 a 1973, disponibles en la Biblioteca Nacional.

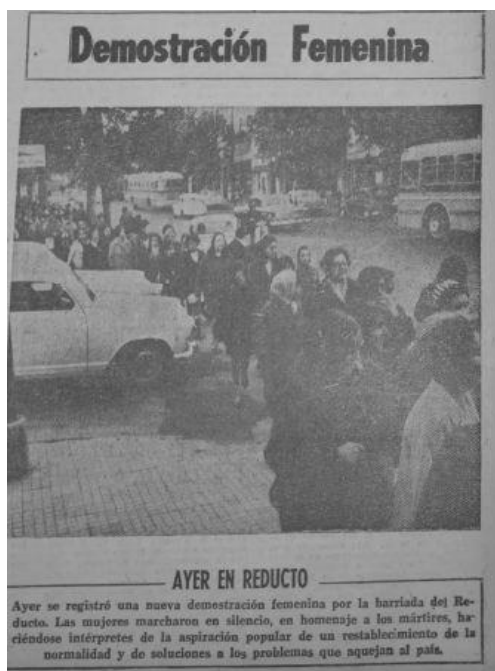
Mujeres en Lucha, Montevideo, ejemplares de 1972, disponibles en la Biblioteca Nacional.

Nosotras. Las mujeres comunistas al servicio de la patria, Montevideo, ejemplares 1945-1952 disponibles en la Biblioteca Nacional.

Revista Estudios, ejemplares 1968-1973, disponibles en la Asociación Rodney Arismendi.

Ujotacé, Montevideo, ejemplares de 1969 a 1972 disponibles en la Biblioteca Nacional.

Anexos



A fines de los años sesenta, las mujeres protagonizaron numerosas movilizaciones en los barrios de Montevideo.

Hasta el año 1968, solían realizarse en las veredas y explícitamente pacíficas, a fin de evitar la represión. Ante la ignorancia del gobierno, y recrudecimiento de la crisis y la represión, tomaron las calles, como puede verse en la imagen inferior.

Movilización femenina en Reducto

(*El Popular*, 15 de octubre de 1968)



Movilización de mujeres por la calle 18 de julio, tras el asesinato de trabajador municipal Arturo Recalde
(*El Popular*, 25 de enero de 1969)



En la fotografía se ve a la delegación del Comité Femenino del FideL, tras entregarle una carta al ministro del Interior Lepro, con un pedido de justicia ante los atentados nazis llevados a cabo contra Olga Vera de Eguren y Sonia y Grisel Guarnieri. (*El Popular*, 9 de abril de 1969).

Del análisis de los registros fotográficos queda claro que tanto las dirigentes como las bases de dicho Comité eran mujeres caucásicas y entradas en edad.

Ante la quita de los dos kilos de carne que recibían los y las trabajadoras de los frigoríficos, las mujeres del Cerro se organizaron tanto para garantizar el alimento a las familias desposeídas, como para realizar movilizaciones de protesta. (*El Popular*, 6 de mayo de 1969)



Movilización de mujeres e infancias desde el Cerro hacia Belvedere, en el contexto de la Huelga Frigorífica de 1969. Puede verse al pequeño aún iletrado, con un cartel escrito en primera persona. (*El Popular*, 28 de mayo de 1969. Disponible en el archivo del Centro de Fotografía de Montevideo. Código de referencia 1595_14FPEP)



Movilización de mujeres y niños desde el Cerro hasta Belvedere. (*El Popular*, 1 de junio de 1969).



Campamento del Comité Femenino del Cerro. (*El Popular*, 21 de mayo de 1969)



Fotografías tomadas en ocasión del homenaje realizado por mujeres al Partido Comunista en sus cincuenta años. La primera nos permite ver la diversidad etaria; mientras la segunda capta la consigna “(Las) mujeres junto al partido conquistaremos la felicidad”, y muestra que la mesa estaba integrada por mujeres y un varón. (*El Popular*, 13 de setiembre de 1970)

Según *El Popular* se realizaron 2000 asambleas de mujeres del Frente Amplio, en las que se escuchó el mensaje radial del General Seregni a las votantes.

Es notorio que algunas de las asambleas fueron en hogares y con niños presentes.



Asambleas de mujeres del Frente Amplio (*El Popular*, 18 de mayo de 1971)

En la página semanal «Para la mujer y el hogar» solían representarse imágenes que reproducen los mandatos de género y el modelo de domesticidad.

En el primer caso puede observarse la felicidad de la chica en sus quehaceres, acompañado de una dulce mirada de amor entre la pareja.

En el segundo caso, se la presenta maravillada con su refrigerador completo (sin desconocer que en esta oportunidad se trata de una propaganda paga).

La vestimenta de la mujer representa al espacio doméstico, mientras la del varón responde al espacio exterior, puntualmente al trabajo de oficina.



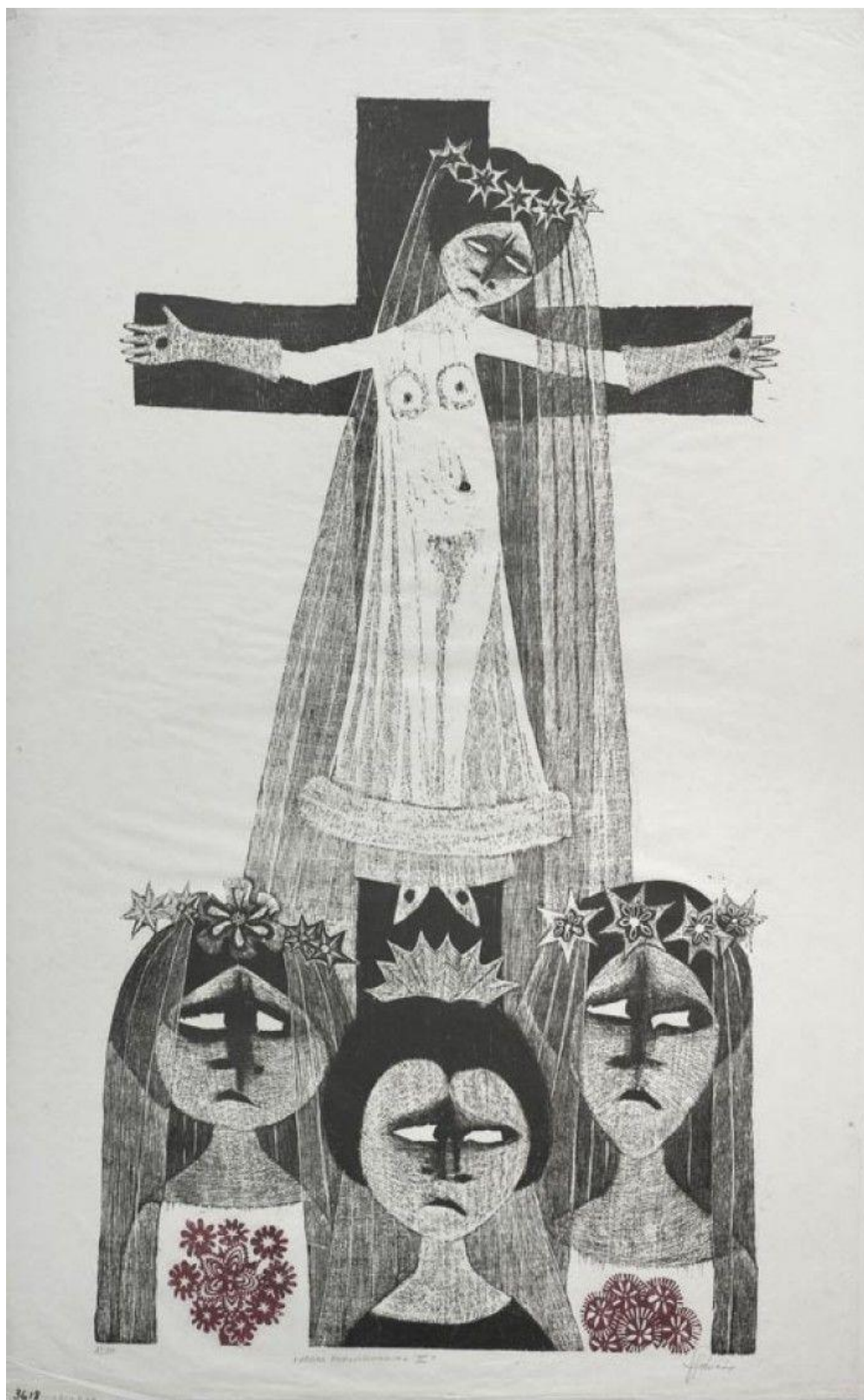
(*El Popular*, 15 de diciembre de 1968 y *El Popular*, propaganda de 1970, respectivamente)

Novias Revolucionarias V.

Leonilda Gonzáles (1923-1917).

Grabado; serie iniciada en 1968.

Repositorio: Artistas mujeres en la colección MNAV



Si bien no fue una tarea central, el PCU destinó esfuerzos en analizar los problemas de las mujeres desde una perspectiva marxista, y en encuadrar las estrategias y tareas del movimiento femenino. (*El Popular*, 16 de noviembre de 1969)

**SEMINARIO DE
MUJERES COMUNISTAS'**

SABADO 29 16 HORAS EN SIERRA 1720

TEMARIO

**1º — La teoría marxista - leninista de la
emancipación de la mujer**

a) La historia de la mujer en las distintas sociedades económico — sociales hasta el capitalismo y el socialismo (breve esbozo histórico).

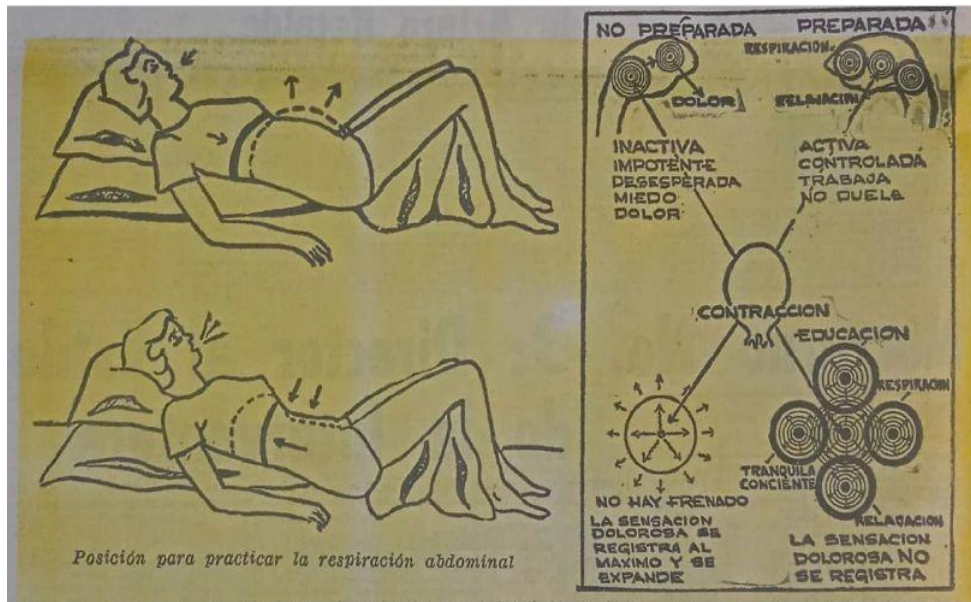
2º — La mujer en el socialismo

3º — El movimiento femenino en el Uruguay

a) Breve reseña histórica.
b) El XVI Congreso, su línea y los cambios derivados en relación a todo el movimiento y dentro de él, el papel creciente de las masas femeninas.

**4º — El Partido Comunista, instrumento de
la emancipación de la mujer**

Sobre estos puntos que serán discutidos con las participantes del Seminario, informarán respectivamente los camaradas José Luis Mazzera, Selva Braselli, Julia Arévalo



Ilustraciones de "El parto sin dolor", del Dr. Hugo Sacchi